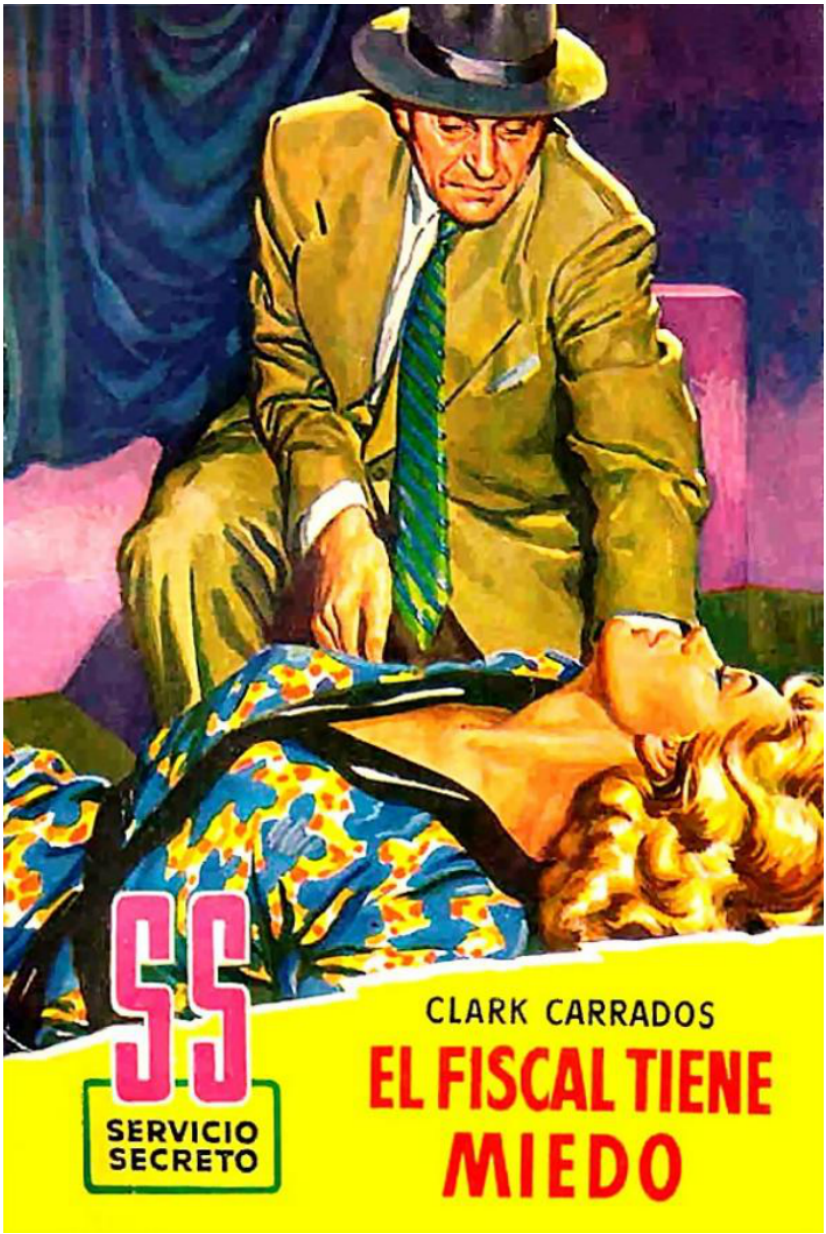


SS

SERVICIO SECRETO

CLARK CARRADOS

EL FISCAL TIENE MIEDO

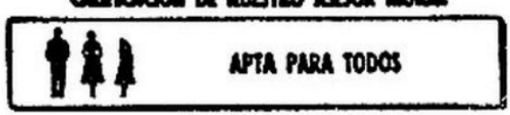
CLARK CARRADOS

EL FISCAL TIENE MIEDO

1.ª EDICIÓN
OCTUBRE-1956

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PRINTED IN SPAIN

© FRANCISCO BRUGUERA - 1956

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2. - Barcelona

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:
302. — Pupila Azul.

En Colección CONGO:
6. — Sahara en rojo.

EL FISCAL TIENE MIEDO

POR CLARK CARRADOS

CAPÍTULO PRIMERO

El ascensor se detuvo y cuando la puerta se deslizó a un lado, cuatro hombres salieron al amplio corredor, brillantemente iluminado. Titubearon un segundo y luego se dirigieron a una puerta situada unos metros más adelante.

Los cuatro hombres llevaban abrigo y sus ojos estaban velados por la inclinada ala del sombrero. Había uno que parecía ser el que, sin hablar, sólo por gestos, dirigía a los demás, con plena aquiescencia por parte de éstos.

Un índice se apoyó sobre el botón de un zumbador. Treinta segundos más tarde, la puerta se abrió y en ella apareció un hombre, con un periódico en la mano, y en la boca, sujeta firmemente entre los dientes, una cachimba. Miró a los recién llegados por encima de las gafas con las cuales corregía su presbicia.

—¿El doctor Connant? —inquirió el que había llamado.

—Sí…; yo soy. Sin embargo, ya no es hora de visitas.

—No importa. A nosotros nos recibirá —y el jefe de aquella pequeña banda lo empujó desdeñosamente a un lado, introduciéndose en el apartamento sin el menor empacho.

Le siguieron sus tres acólitos. El rostro del médico se puso del color de la púrpura. Parecía próximo a estallar, más antes de que pudiera pronunciar una palabra, se le anticipó el intruso.

—Bonito apartamento, ¿eh? —Y siempre fisgando recorrió las habitaciones hasta dar con el consultorio.

El doctor Connant se abrió paso hasta allí, plantándose en jarras delante de aquel hombre.

—¡Oiga! —explotó por fin—. ¿Qué se ha creído? ¿Quiénes son ustedes? ¿Es que no me han oído que ya no visito a estas horas? Váyanse. Váyanse de mi casa o les denunciaré por allanamiento de morada…

—No. Si ninguno de nosotros está enfermo —replicó su interlocutor, entre benévolo e irónico—. No queremos que nos visite… ¡Hum…! Un hermoso consultorio. Muchos instrumentos… ¡Ah! Un espléndido aparato de Rayos X…

Sin cesar de hablar, avanzó un par de pasos, abriendo una puerta:

—¡Caramba! Pero si no falta detalle. Si hasta tiene un pequeño laboratorio… Doctor Connant.

El médico había cesado de protestar. No hacía falta ser muy lince para darse cuenta de que aquellos individuos eran exactamente lo que pregonaba su catadura: unos «gangsters» de lo más selecto de su profesión.

Y un vago sentimiento de aprensión se adueñó de su espíritu.

—Doctor Connant —repitió el jefe de los forajidos—, todo esto le habrá costado muchos años de trabajo, ¿verdad?

—Sí… claro. Pero no comprendo.

—Lo sabrá enseguida. Mickey —se dirigió a uno de sus compañeros—, el teléfono.

—Al momento, Scanton —y medio minuto después el apartamento estaba incomunicado telefónicamente con el exterior.

El llamado Scanton volvió a encararse con el médico:

—Doctor, ¿ya sabe que Harpo Salinaz se está entrenando y reaparece en el Madison la semana próxima?

Los ojos de Connant expresaron con toda claridad su estupefacción.

—¡Imposible! —exclamó—. ¡No está en condiciones…!

—Lo estará, lo estará —replicó, siempre con su tono suave, Scanton—. Y usted, como médico de la Liga Atlética será quien certifique su perfecto estado físico, ¿verdad?

Connant arrojó el periódico que aún tenía en las manos a un rincón. Se quitó las gafas y apuntó con la boquilla de la pipa a Scanton.

—¿Sabe lo que está diciendo? Harpo Salinaz ha sido noqueado dos veces en dos meses. No puede volver al *ring*. En un año al menos. Y ustedes quieren hacerle salir antes de que hayan pasado siquiera tres semanas desde su último K. O. ¿Están locos?

—Eso… se lo preguntaremos a un siquiatra y usted no lo es —arguyo Scanton, ácidamente—. Lo importante es: ¿certifica o no que

Salinaz está útil para volver a pelear?

—No. Otro K. O., y moriría o quedaría demente o ciego o paralítico. No puedo hacer ese certificado… por humanidad —repuso, terco, el doctor.

—Yo creo que sí, Connant. —Scanton se acarició la barbilla, y volvió a mirar en torno suyo—. Qué lástima que tengamos que destrozar todo esto. Con lo bonito que es —suspiró finalmente.

El médico palideció:

—¿Destrozar… mi casa? —articuló al fin.

—Sí, claro. Puesto que usted se niega a dejar que Harpo Salinaz pelee… En fin, ¿qué otro remedio nos queda? Toda una vida de sacrificios y trabajo y al final, ¿para qué?

—Llamaré a la Policía, ¡bandidos! —gritó el doctor, y trató de echar a correr hacia la puerta; pero Scanton extendió el pie y lo hizo caer.

Sonaron unas carcajadas.

—¡Vamos, *doc*! No nos obligue a ello. Firme ese certificado y no le ocurrirá nada —apremió el forajido.

Desde el suelo, semi incorporado, Connant denegó:

—Es enviarlo a la muerte. O a la ceguera. Tiene el cerebro muy dañado…

—¿Y a usted qué le importa si no es quien tiene que salir al *ring*? ¿Qué? ¿Se decide?

El doctor inhaló aire profundamente:

—No —exclamó al fin.

Scanton torció el gesto:

—Muy bien. Usted lo quiso… Muchachos, empezad.

Sonaron ruidos de cristales rotos. El consultorio del doctor Connant estaba en un apartamento, como todos los de aquel edificio, construido a prueba de ruidos. Una silla se agitó, estrellándose contra la pantalla del radioscopio. Otra, movida por las manos de un «gangster», barrió el mostrador del pequeño laboratorio, arrojando al suelo, en confusa mescolanza, tubos de ensayo, probetas, retortas y matraces. El microscopio perdió su prístina forma. Los estantes con instrumentos quirúrgicos fueron devastados.

Diez minutos después, aquel lugar semejaba el rastro de un tifón. Y por los ojos del médico rodaron lentamente sendas

lágrimas, indicadoras de la muda rabia que le devoraba.

—Doctor —dijo fríamente Scanton, encendiendo un cigarrillo—, esto no es más que el preludio. ¿Se ha convencido de la necesidad de acceder a nuestras intimaciones?

El médico se puso en pie:

—Podéis matarme; pero no conseguiréis que acceda…

¡CRAAACK…!

El puño de Scanton chocó contra el rostro del médico. Pero fue un golpe habilidoso. Si le hubiera dado en la mandíbula lo hubiera desvanecido sin la menor duda. Le golpeó en la mejilla, casi junto a la boca.

Connant rodó por el suelo, gimiendo de dolor. Se retorció cuando la punta de un zapato se le clavó en el costado. Aulló al sentir en su indefenso tobillo, la inhumana presión de un pie, cuyo tacón giró con movimiento rotatorio.

—Ponedle en pie —ordenó secamente Scanton, y sus acólitos obedecieron.

Temblando de dolor, Connant quedó frente al forajido:

—Le hemos respetado su despacho —dijo éste—, porque en él guarda las actas de reconocimiento. Nos firmará una en blanco. Nosotros rellenaremos lo demás y…

El doctor insistió en su negativa. Scanton comenzó a perder la paciencia. Esta vez le aplastó los labios deliberadamente, proyectando el puño de tal manera que un anillo con piedras que tenía se le incrustó en ellos.

La sangre brotó en los labios. Connant gritó nuevamente. Quiso echar a correr, pero una vez más le pusieron la zancadilla.

Diez minutos más tarde, un abatido despojo humano se sentaba ante su mesa de despacho.

—Denme un poco… un poco de licor… —jadeó.

—Vamos, chicos, ¿habéis oído?

En el vestíbulo había un mueble bar. Uno de los «gánsters» se fue hacia allí, regresando con una botella y un vaso que puso ante Connant.

Éste hizo una mueca cuando el alcohol le escoció en las heridas. Pero el licor logró reanimarle un tanto.

Desde la puerta, agitando irónicamente la hoja de papel, Scanton miró al médico:

—Doctor Connant, muy agradecidos por sus amabilidades.

—¡Bandidos! ¡Canallas! ¡Les denunciaré…!

Pero solamente le respondió una sardónica carcajada. Y cuando se hubo quedado solo, Clement no pudo evitar el hundir la cabeza entre las manos y llorar como un chiquillo.

El «Madison Square Garden» hervía literalmente. Un confuso rumor, semejante al de mil leones juntos rugiendo a la vez, subía desde el mismo borde del *ring*, rebotando sobre las cabezas de los espectadores de primera fila, hasta los palcos y gradas para, desde aquí, regresar nuevamente al cuadrilátero de lona enmarcado por doce cuerdas, en el que dos semidesnudas figurillas, brillantes sus torsos por el sudor, se agitaban en continua danza, escoltadas por un hombre vestido de blanco que no perdía el menor de sus movimientos.

Sin embargo, los ruidos de la multitud no se debían al interés de la pelea, que estaban contemplando. Eran aullidos, clamores, bramidos de impaciencia. El combate que tocaba a su fin no interesaba. Era un «match» de relleno en el programa de la noche.

Un alarido final acogió el fin de la pelea. El árbitro alzó el brazo de uno de los contendientes. El vencido se retiró a su rincón, con aspecto de resignada filosofía. Estallaron, condescendientes más que especulativos, los fogonazos de las lámparas de magnesio. El triunfador enseñó los dientes en una sonrisa torcida y se retiró. Los ganadores de las apuestas le aplaudieron entusiásticamente. Los perdedores le silbaron encarnizadamente. Para el árbitro también hubo lo suyo.

A veces, el denso vaho formado por la respiración y el humo de miles de cigarros y cigarrillos fumados simultáneamente se agitaba en pesadas oleadas. Las voces de los vendedores de refrescos, maní y bocadillos restallaban agudas contra el fondo general de gritos, silbidos, aplausos e imprecaciones.

Súbitamente, la luz se apagó. La masa aulló, desenfrenada. Un resplandeciente foco se encendió en las alturas. Pero no iluminó el cuadrilátero, contra lo que esperaba el público.

El rayo luminoso se dirigió hacia una de las puertas de la entrada. Los megáfonos ladraron unas palabras del locutor.

—… y en estos momentos, señoras y señores, la genial, la bellísima, la incomparable estrella de la cinematografía Cordelia de

Sitter hace su entrada en este esplendoroso marco del Madison, ansiosa, como todos nosotros, de contemplar la emocionante lucha que tendrá lugar dentro de breves minutos y…

Abriéndole paso por entre la clamorosa multitud, una docena de policías uniformados, hicieron calle para que la estrella de cine pudiera llegar hasta la primera fila, donde tenía reservado su asiento.

Al llegar allí, Cordelia de Sitter, con lentos y deliberados movimientos, dejó que el abrigo de visón que llevaba se deslizara. Sus blancos y curvados hombros quedaron al descubierto contrastando acusadamente con el brillante traje negro que ceñía apretadamente su bien modelada anatomía. Más bramidos y silbidos acogieron el gesto de la famosa, la cual se volvió, sonriendo con aquella expresión que se había popularizado casi más que en la pantalla, en las portadas de revistas y en las innumerables fotografías publicitarias que habían reproducido su imagen.

Pero la gloria de la artista fue efímera, fugaz. Apenas había acabado de saludar al público, cuando los altavoces volvieron a dejar oír su penetrante grito metálico. Anunciaron la salida de los contendientes.

Una tempestad de aplausos acogió la salida de Finney «Gun»[1] Bothwell. El púgil trepó al *ring* y en tanto que correspondía al clamoreo del público, el locutor anunció la presencia de su rival de turno.

—… aquí está, señoras y señores, Harpo Salinaz. ¿Quién dijo que Salinaz, el dinamitero de los cuadriláteros, estaba acabado? Vean, vean su magnífica estampa y…

En tanto que el locutor continuaba con su interminable retahíla, Salinaz, guiñando de vez en cuando los ojos a causa de los incesantes relampagueos de los «*flashes*» se inclinó hacia su cuidador, Al Darnish.

—¿Cómo está Bothwell, Al?

Darnish se echó a reír:

—No te preocupes, Harpo. Y no dejes de mirarle los ojos, más que a los puños. Te amagará el hígado con la izquierda; pero te lanzará un derechazo a la mandíbula. Y te la partirá, si no estás atento a sus ojos. De piernas estás tú mucho mejor; es un detalle que no te conviene olvidar… ¡Anda! ¡Duro con él, Harpo!

Darnish metió en la boca de su «poulain» el protector dental y luego lo empujó hacia el centro de la lona.

¡KLANG…!

La campana sonó y su tañido se impuso al ruido del público. Las luces se apagaron, quedando solo las que alumbraban directamente al *ring*.

Cuatro asaltos más tarde, en el minuto segundo, Salinaz descuidó la vigilancia de los ojos de «Gun» Bothwell y sintió de repente que la lona le fallaba.

Se encontró repentinamente en el suelo. Como si vinieran de muy lejos, las voces del árbitro le llegaron, contando los segundos.

—¡Vamos, chico, levántate! —le gritó Darnish.

Salinaz sacudió la cabeza, tratando de alejar las brumas que se le ponían delante de los ojos. Se levantó casi en el último instante, y el resto del asalto le pareció un infierno. Gracias a unos cuantos trucos de mala ley y al continuo abrazo, cosas que le valieron dos amonestaciones del juez de la contienda, pudo mantenerse en pie.

—¡Eres un idiota, Harpo! —le recriminó su *manager*—. Descuidaste mis instrucciones y…

Pero Salinaz no pareció hacerle mucho caso.

—Oye, Al, ¿por qué apagan las luces si no han tocado la campaña? —inquirió, extrañado.

Más extrañado le miró Darnish:

—¿Qué estás diciendo, muchacho? —exclamó, sin cesar de darle friegas—. ¿Quién te ha dicho que han apagado las luces?

De nuevo resonó la campana. El minuto de descanso devolvió a Salinaz bastantes de sus fuerzas perdidas, más no pudo evitar otro derechazo de Bothwell, que lo arrojó contra las cuerdas. Tuvo suerte ahora, porque, afortunadamente para él, lo vio venir y echó hacia atrás la cabeza, reduciendo notablemente la potencia del golpe. Pero, aun así, le hizo bastante daño.

De todas formas, consiguió algo de alivio en la torturante presión a que era sometido, porque conectó un
uno-dos
al pecho de Bothwell. Lo hizo tambalearse, pero «Gun» era perro viejo y consiguió capear el temporal. La campana puso fin a aquel indeciso asalto.

En el siguiente, Salinaz atacó en tromba. ¿Quién había dicho que

estaba acabado? ¿Los médicos? ¡Bah! Matasanos alarmistas. Se sentía mejor que nunca.

«Toma, "Gun" Bothwell. Para éste si puedes. Y ahora al hígado. Te lo repito. ¡Granuja! Eres un cochino indecente. Conque el codo, ¿eh? Te advierto que si yo empiezo a usar trucos sé también unos pocos. Ahí va eso… ¡Oh! ¡No veo apenas…!».

El puño de Bothwell avanzó irresistiblemente al encuentro del mentón de Salinas. Éste lo presintió, pero ya era tarde.

El movimiento de Bothwell, cuando logró conectar su demoledor derechazo a la mandíbula de Salinaz fue velocísimo. Apenas si duró una centésima de segundo.

Durante tan brevísimo espacio de tiempo, Harpo vio acercarse aquel oscuro guante. Le pareció que crecía y crecía súbitamente hasta convertirse en el guante de algún mitológico gigante. La negrura del puño de Bothwell ocupó todo su horizonte visible. Y todo cuanto rodeaba a Salinaz se volvió negro repentinamente.

Y ya no sintió más. El guante de su rival fue lo último que el amenazado boxeador vio en este mundo. Cayó inerte, tendido cuan largo era, con los brazos y piernas formando macabra equis sobre la leña de la cual, si había entrado en ella por su propio pie, hubo de ser sacado en brazos ajenos.

Dolores Salinaz, su esposa, estaba presenciando el combate desde su domicilio. Cuando en el gris rectángulo de la pantalla de la televisión vio la caída de su marido, un siniestro presentimiento oprimió su corazón como con una mano de hielo.

Un alarido de puro instinto se escapó de sus labios.

Y luego rodó por el suelo, desvanecida. Ya no vio cómo el árbitro levantaba el brazo de Finney «Gun» Bothwell, declarándolo vencedor de la pelea. Nadie sabía aún que Harpo Salinaz no era ya más que un cadáver.

Nadie a excepción del doctor Connant, quien también presintió lo que acababa de ocurrir y, lleno de una irreprimible y resignada amargura, cerró la conexión de su televisor.

Del «New York Herald News», correspondiente al día 22 de abril de 195…:

«¿TIENE MIEDO EL FISCAL?

»¿A qué o, a quién tiene miedo nuestro conspicuo Fiscal Honorable Allan E. Clayden?

»Sabemos que hace ya bastantes días tiene detenido a Tonio Riccioli, sin que, hasta la fecha, haya podido presentar pruebas suficientes para una acusación en firme, más sería que la de llevar armas prohibidas.

»¿Por qué no encuentra esas pruebas nuestro Fiscal? ¿O las tiene y le da MIEDO utilizarlas?

»Demos tiempo al tiempo, pero muy poco, naturalmente, y sabremos lo que hay de verdad en este problema de "¿TIENE MIEDO EL FISCAL?", cosa que se susurra y aún se comenta en voz alta entre los funcionarios de su oficina y los dignos miembros del cuerpo de Policía Metropolitana…».

—¡Cochinos! —masculló Allan B. Clayden, arrojando el periódico hecho una bola al cesto de los papeles.

—¿Por qué no los demandas, papá? —preguntó en aquel momento su hijo y ayudante, Lee, un mocetón de un metro noventa de estatura, revuelto pelo casi rojo, ojos azules que parecían en ocasiones bloques de hielo y una musculatura que hubiera hecho morir de envidia a Milón de Crotona.

Antes de contestar, el viejo Clayden atacó la pipa con furia. Luego la encendió y replicó, entre dos bocanadas de humo:

—Porque no les faltaría más que eso: propaganda, para triplicar el tiraje. —Cogió el teléfono y llamó—. Bridges, ponga en libertad inmediatamente a Riccioli… ¿Cómo?… Sí, que lo ponga en libertad… Sí, eso es… Pero antes exíjale la fianza acostumbrada por el delito de llevar armas sin licencia… ¿Vigilancia?… ¡Qué ilusión!… Él se vigilará solo… Bien, gracias, Bridges.

Lee Clayden miró asombrado a su padre:

—No te comprendo.

Retrepado en su sillón, el fiscal murmuró como si hablara para sí:

—A veces, un anzuelo sin cebo también es capaz de hacer picar un salmón. Yo lo he tirado…; pero el propio Riccioli es el cebo de su anzuelo.

A la salida de las oficinas, la calle Cuarenta estaba repleta de

gente. Todo el mundo se agitaba nervioso en busca de su correspondiente medio de transporte, tratando de regresar cuanto antes a su domicilio, tras la larga y fatigosa jornada cotidiana.

Ercole d'Altea caminaba también presuroso. De vez en cuando se pasaba un húmedo índice por entre el sudoroso cuello y la tela del de la camisa.

Lanzando sordas maldiciones, usó despiadadamente los codos para abrirse paso entre la apiñada masa de gente. Volvió atrás la cabeza, aprensivamente.

Aquel maldito sombrero gris no se le despegaba ni a tiros. D'Altea ya sabía lo que perseguían sus enemigos. Le buscaban a él. Querían aumentarle los gramos de su peso natural, con unos cuantos suplementos de plomo forrados de cobre. Pero, como es lógico, d'Altea estaba decidido a no romper ninguna báscula con un repentino aumento de peso.

¡Qué lejos estaba aún la estación del metro! Y aquel alud de transeúntes que no se aclaraba ni a la de tres.

Juró y renegó en voz baja; pero le hubiera satisfecho mucho más poderlo hacer a grito pelado.

Súbitamente, una mujer tropezó con él. Una muchacha todavía. Alta, esbeltísima, con un delicado cabello negro y unos ojos verdes, esmeraldinos, que contrastaban agradablemente con el natural rojo de sus labios.

En cualquier otra ocasión, Ercole d'Altea le hubiera pedido perdón y, no contento solamente con eso, la hubiera invitado a cualquier cosa.

Ahora, no. No podía. Estaba demasiado preocupado para fijarse en unos ojos más o menos bonitos y en una silueta de mejor o peor contenido escultórico. La apartó a un lado, sin el menor empacho. Con una total ausencia de cortesía.

La mujer lo miró, levemente irritada. Pero no dijo nada. Le extrañó el raro aspecto de aquel hombre con quien tropezara. Le pareció verlo asustado, amedrentado.

Súbitamente, el rostro de D'Altea palideció aún más. Abrió la boca para gritar. La muchacha se alarmó.

—¿Qué le ocurre?…

Pero en aquel momento, oyó un sonido rarísimo. Cuando menos en aquella ocasión. Taponazos de champaña. Varios, muy seguidos,

casi confundidos en uno largo.

Ercole d'Altea aulló estremecido a medida que los proyectiles se le hincaban, quemantes, en la carne. Vaciló y se agarró a la falda de la desconocida, que rasgó con sus dedos engarfiados. Luego, se tendió en el suelo, manchando el gris del asfalto con el rojo de su sangre.

CAPÍTULO II

La Sala de Justicia hervía de gente. El público se apelotonaba en el espacio a él destinado, gruñendo impaciente. El espectáculo tardaba en comenzar.

Súbitamente, un rumor creciente invadió la enorme estancia. Acompañado de unos guardias, escoltado por sus defensores, Tonio Riccioli hizo su aparición en escena. Relampaguearon los «*flashes*» y el acusado sonrió torcidamente.

Al mismo tiempo, por otra puerta, el fiscal Clayden, acompañado por su hijo Lee entró en la sala, yéndose en derechura a su mesa. El jurado ocupó sus puestos. Y el juez Hubble hizo acto de presencia, tras de lo cual, un denso silencio se adueñó del ambiente.

En tanto que el secretario del Tribunal, con voz monótona, leía las actas de la acusación, el fiscal repasaba sus notas. Alguien se le acercó de repente, con un sobre en la mano.

—Para usted, señor Clayden —dijo el ujier, retirándose acto seguido.

Allan B. Clayden miró, intrigado, el blanco rectángulo de papel. Lo rasgó y extrajo de él una sucinta nota.

«LE CONVIENE SEGUIR TENIENDO MIEDO, FISCAL. ES DECIR, SI QUIERE VIVIR LUENGOS AÑOS».

Con nervioso gesto, Clayden estrujó el papel. Pero, no había pedido evitar el que su hijo lo leyera, por encima de su hombro. El rostro del joven se demudó ligeramente.

—Es una amenaza, papá —dijo en voz baja.

—¿Qué te creías que era, Lee? —replicó el fiscal con amargo sarcasmo—. ¿Una entrada para la final de fútbol entre el Ejército y

la Armada?

—Pero… Son unos tipos peligrosos. Recuerda lo que hicieron con D'Altea —adujo el joven.

Clayden lo miró de una forma rara:

—A veces, Lee —murmuró—, me pregunto si eres hijo mío. ¿Para qué te crees que me pagan?

—No para que te asesinen, papá —contestó el muchacho, firmemente.

—Es uno de los riesgos de la profesión, hijo —repuso Clayden. Y ya no habló más del asunto.

Pero, en cambio, sí lo hizo con elocuencia contra Tonio Riccioli, para el cual pidió la pena de muerte por el asesinato premeditado de Ercole D'Altea. No obstante, hasta el último momento, sus esfuerzos fueron baldíos. La defensa desmenuzó implacablemente uno por uno sus argumentos.

—¿Tiene el señor fiscal algún testigo presencial, directo, de la muerte de D'Altea? No. Todos cuantos se han presentado a declarar han dicho que oyeron unos…

—¿Cómo pudieron oír disparos si la pistola que usó Riccioli y que está sobre la mesa, como prueba de convicción, con las huellas del asesino, tenía silenciador?

John Carrick, defensor de Riccioli, quedó momentáneamente desconcertado. Reaccionó al cabo de unos segundos, sintiéndose enormemente molesto ante la burlona sonrisa del fiscal.

—El que la pistola de Riccioli lleve, naturalmente, sus huellas, no presupone el que la usara contra D'Altea.

—Pero si yo no hablo de tal cosa. Si yo lo que digo es: ¿quién oyó los disparos? Señoría —Clayden se dirigió al juez—, ésta es una prueba más de que los testigos han sido intimidados, coaccionados…

«...los testigos han sido intimidados.»

8 — FISCAL.

—¡Protesto! —aulló Carrick—. La fraseología del señor fiscal es improcedente, fuera de lugar. Los testigos declararon libremente.

—Protesta admitida —dijo Hubble—. Y si el señor fiscal no tiene ninguna prueba acusatoria más que presentar, daré la vista por concluida y el jurado se retirará a deliberar.

Una pálida sonrisa de triunfo se dibujó en los delgados labios de Riccioli. Carrick se inclinó hacia él, palmeándole en la espalda.

—Señoría —habló Clayden—, creí que las pruebas presentadas hasta ahora, las huellas de Riccioli; las balas halladas en el cuerpo de D'Altea y que los peritos de la Policía han declarado ser disparadas por la pistola que usó el asesino; serían más que suficientes para obtener una sentencia condenatoria. En vista de que, es muy probable que surjan dudas en el ánimo del jurado, llamaré un testigo que declarará que vio con toda claridad a Riccioli en el momento de hacer fuego sobre D'Altea.

Las palabras del fiscal causaron enorme sensación. Un rumor, prontamente acallado por los enérgicos martillazos de Hubble, se extendió por todos los ámbitos de la sala. Clayden paseó su mirada desafiadora. Carrick frunció el ceño.

—Alguacil —dijo el fiscal—, tenga la bondad de citar a la señora Josephine Millman.

Todos los ojos de los presentes se volvieron hacia la puerta. Siluetada por decenas y decenas de fogonazos, una mujer alta, esbeltísima, vistiendo con un «chic» incomparable, de ojos de un profundo verde y cabellos negrísimos, avanzó sin parecer prestar atención a los continuos murmullos de la muchedumbre que llenaba la sala.

Riccioli se encogió en su asiento al verla. Y su defensor soltó un rotundo taco, apenas audible, al darse cuenta del gesto de su defendido.

Después de prestar juramento, Clayden se acercó a la muchacha; pues lo era, dado lo temprano de su edad. No obstante, su reflexivo aspecto denotaba que, en todo momento, era dueña de sus sentimientos e impulsos.

Tras algunas preguntas sin importancia, Clayden pasó a la ofensiva directa.

—Señora Millman, dígame si reconoce usted a ese hombre. Conteste solamente sí o no.

—Si —repuso Josephine, Su voz era baja, pastosa; pero se expandió suavemente por la sala. Lee parecía embobado mirándola.

—El acusado lo está de haber disparado sobre Ercole d'Altea. ¿Lo vio usted disparar, señora Millman?

—¡Protesto! —chilló, de nuevo, Carrick—. La pregunta está

hecha en un tono deliberadamente intencionado, sugiriendo la respuesta a la testigo.

—Objeción admitida —dijo el juez—. El fiscal hará su interrogatorio en la forma más conveniente sin quebrantar ningún procedimiento de forma.

—Está bien, Señoría —asintió Clayden con falso aspecto de humildad—. Haré mi pregunta…

—¡Un momento! —La voz de Josephine se extendió de nuevo, como una suave marea de sonido, llegando a todos los rincones. Ella no perdió su compostura; únicamente alzó una mano un tanto —. Estoy aquí para declarar sobre una muerte y su autor. No preciso que nadie me haga la menor pregunta. Reconozco al acusado como el hombre que disparó contra D'Altea; tan cerca de mí, que pude verle con toda perfección, no sólo las facciones, sino también la mano armada al hacer fuego. Los fogonazos de la pistola llegaron incluso a chamuscarme el vestido que yo llevaba, el cual fue rasgado por D'Altea al caer, puesto que se asió a mi falda. Estoy dispuesta a traer tal vestido como prueba y…

—No es necesario —la interrumpió el fiscal; pero no pudo continuar.

Las palabras de la testigo desencadenaron un escándalo mayúsculo. Un clamor de exclamaciones y comentarios invadió la sala. Chispearon los fogonazos de los fotógrafos ininterrumpidamente. El juez Hubble se cansó de golpear con el martillo sobre la mesa. El silencio hubo de restablecerse por sí solo.

En su silla, Riccioli estaba semi desmayado, con el rostro del color de la ceniza. Carrick, el defensor, mordía frenéticamente la contera del lápiz. Frente a ellos, Clayden, se dirigió al juez.

—Señoría —dijo—, ¿es necesario que el testigo continúe declarando? Creo que sus aseveraciones son definitivas en el presente caso.

Hubble miró a Clayden por encima de sus gafas:

—Así lo estimo yo, salvo que, naturalmente, la defensa tenga algo que alegar.

Pero Carrick estaba demasiado abatido para replicar. A una indicación del juez, los jurados se retiraron a la sala de deliberaciones. Josephine Millman se levantó y cruzó los estrados con la gracia de su fácil andar. Las cámaras la siguieron, filmándola

y fotografiándola implacablemente.

No obstante, la joven no siguió el camino recto. Se desvió ligeramente al llegar a la mesa en que estaba el acusado, rodeado de sus defensores, con Carrick a la cabeza.

Abriendo el bolso, sonrió ligeramente desafiadora. Extrajo una octavilla de papel que arrojó sobre la mesa. El blanco rectángulo revoloteó un segundo antes de quedarse quieto. Luego, Josephine continuó su camino, hierática, majestuosa, sonriendo levemente sin prestar la menor atención a los constantes murmullos admirativos que provocaba su paso por el pasillo entre las filas del público.

La sentencia no podía, pues, ser más que una: la silla eléctrica. Y Toni Riccioli, el valiente Riccioli, se desmayó como una damisela decimonónica cuando el portavoz del jurado estimó que su culpabilidad estaba suficientemente probada y, en consecuencia, el juez Hubble consideró que no había más que una pena a imponer.

El rostro del joven Clayden estaba muy serio cuando felicitó a su padre:

—Ganaste la partida; pero…

—Pero ¿qué, hijo?

Lee se encerró en un hosco mutismo. Presentía algo siniestro. Algo que no podía explicar y que, sin embargo, aguardaba de inmediato.

La primera prueba de sus presentimientos la tuvo en el momento en que se disponía a arrancar. Un muchacho pasó corriendo y arrojó un papel por la abierta ventanilla del coche.

—¿Eh…? ¿Qué diablos? —Gruñó el fiscal. Pero el jovenzuelo se había perdido entre la muchedumbre que salía densa, apretada, del «Hall of Justice».

Con la mano en la palanca de cambios, Lee palideció al darse cuenta de lo que decía el segundo mensaje que recibía su padre.

«Lástima, fiscal. A última hora se nos mostró valiente.
Pero los valientes, tienen los minutos contados».

Allan B. Clayden era valiente y arrugó el papel, haciendo una pelota y arrojándolo por encima de la ventanilla. Rió:

—¡Qué idiotas: Demasiado melodramáticos! Lee. Anda, vayamos a casa. Tengo ganas de comer.

Antes de detener el coche, Lee escrutó ansiosamente la acera. No vio a nadie sospechoso y ello pareció tranquilizarle. No obstante, metió, por pura precaución, la mano en la axila, oprimiendo nerviosamente la culata de la pistola que allí tenía.

Sus temores fueron infundados. Cruzaron la acera sin el menor incidente y luego, el ascensor los llevó hasta su apartamento. Una vez allí, Clayden padre volvió a reír:

—¿Lo ves, hijo? No ha ocurrido nada de particular. Espero que Griselda nos haya preparado una buena comida y…

Mientras hablaba extraía de su chaleco la llave del piso, y al introducirla en la cerradura ocurrió algo espantoso que cortó en seco sus palabras.

Restallando como feroces golpes de látigo, una serie de lívidos chispazos surgieron apenas el fiscal tocó la puerta.

Durante unos segundos, unos horribles segundos, Lee vio, cómo el cuerpo de su padre se retorcía bajo los efectos de la tremenda descarga eléctrica. Unas volutas de humo se elevaron de las ropas de Allan Clayden, cuyo rostro ennegrecía por momentos, en tanto que de su boca se escapaba una verdosa espumilla. Trepidó el fiscal, que ya no era más que un cadáver de pie, a impulsos de los cientos de voltios que circulaban libremente por su cuerpo, en tanto que de su garganta se escapaba un ronco gemido, que se cortó cuando se desplomó al suelo, electrocutado instantáneamente.

Durante unos momentos, Lee contempló horrorizado el cuerpo de su padre, contorsionado, retorcido, desfigurado. Hubo de apoyarse en la pared incapaz de contener una fuerte náusea.

Pero pronto salió de su estatismo. A riesgo de sufrir otra descarga que lo fulminara, pegó un fortísimo puntapié a la puerta, la cual se abrió con terrible violencia. En el momento en que los dos electrodos se separaron, un cegador relámpago le deslumbró; pero aquello fue suficiente para convencerle que, de momento el peligro de electrocución había pasado ya.

Como un loco corrió hacia el teléfono. Pero antes de asirlo, vio unos pies surgir de la puerta de la cocina.

En dos zancadas se acercó al lugar en que yacía el cuerpo de Griselda, la sirvienta que les atendía, ya que eran dos hombres solos los que ocuparon aquel apartamento hasta la fecha, Un somero examen le convenció de que la mujer estaba únicamente atontada

por un fuerte golpe que la propinaran aquellos que montaron la trampa mortal en que, incautamente, sin preverlo en absoluto, cayera su padre.

Con tardo paso, vacilando, tambaleándose como un borracho, se dirigió de nuevo al teléfono. Dejándose caer sobre un sillón, levantó el aparato y marcó muy despacio el número de la Policía.

Y cuando hubo dado la impresionante noticia, no se pudo contener. Ocultando el rostro entre sus manos, se echó a llorar como un niño.

No hacía frío. Por el contrario, la temperatura ambiente anunciaba una radiante primavera, preludio de un esplendente verano. Lo cual no era obstáculo para que la dama que descendió de un rutilante automóvil en la Quinta Avenida, llevara encima tal cantidad de pieles que por sí solas hubieran bastado para abastecer media expedición de Byard a la Antártida.

Cruzó la acera, taconeando airosamente y provocando más de un silbido a su paso, dirigiéndose en derechura hacia una casa defendida en principio por un jardín.

Lo atravesó como si fuera la propia dueña. Subió ágilmente las escaleras y alargó el enguantado índice para oprimir el zumbador de la puerta. Los diamantes de su pulsera destellaron sobre el negro terciopelo de su guante.

La puerta tardó muy poco en abrirse. Un estirado mayordomo estudió a la recién llegada con inquisitiva benevolencia.

—¿La señora Millman? —inquirió la joven. Era esplendentemente hermosa; pero su belleza era un tanto artificial.

—Ejem… —titubeó el mayordomo—. Veré a ver…

—No se preocupe, hermano —la joven echó a andar, decidida—. Creo que Josephine accederá a recibirme de inmediato.

—Pero, señora… —El servidor comenzó a despedirse de su pingüe empleo, siguiendo a la aparatosa mujer sin atreverse, no obstante, a emplear la fuerza para detenerla. Baptiste Le Troeur, tenía harta educación para hacer un gesto irrespetuoso.

Pero cuando ya, dándose a todos los diablos, no sabía qué hacer ni qué decir, una puerta que daba al enorme y lujoso vestíbulo se abrió. Y una mujer apareció en el umbral.

Cordelia de Sitter se volvió y al reconocer a la dueña de la casa se echó a reír:

—¡Vaya, vaya, con la señora Millman! Joss, veo que has progresado, ¿eh? Menuda cabaña te dejó el difunto Pierce.

Baptiste se adelantó un par de pasos:

—Señora, le ruego mil perdones. Yo…

Josephine Millman agitó blandamente una mano.

—No, se preocupe, Bap. Yo cuidaré de la señora. ¿Quieres pasar a mi estudio, Cordelia?

La actriz de cine, acaparadora constante de portadas de revistas y espacios impresos de los chismosos profesionales de la Prensa especializada —y aun, de la corriente— volvió a reír de nuevo.

—¿Tu estudio? Ah, ya. Recuerdo que cuando éramos pequeñas te pirrabas por manchar las paredes. Es natural que ahora sigas con tu manía.

La dueña de la casa vestía unos pantalones negros, debajo de la clásica blusa de pintora. Echándose a un lado, dejó que la recién llegada penetrara en el estudio.

En el caballete había una tela a medio pintar. Cordelia de Sitter la estudió unos instantes y luego se volvió hacia Josephine.

—A las dos nos dio por el Arte, Joss —rió la actriz—. Claro es que solamente una ha triunfado.

—Ésa no he sido yo —replicó Josephine, secamente.

—No me lo jures. No triunfaste en el Arte, pero lo hiciste con algo infinitamente mejor: el dinero. Dinero a montones, a patadas, sin necesidad de luchar y trabajar como una negra hasta llegar a la cúspide.

—Supongo que no habrás venido aquí para hacerme una elogiosa autobiografía tuya, ¿verdad? —murmuró, irónicamente, Josephine.

Había una mesita junto al enorme ventanal del estudio. Hacia ella se dirigió la estrella de cine, tomando un cigarrillo de una cajita de tabaco colocada encima del mueble. Lo encendió, expeliendo el humo por boca y narices.

—He estado en el juicio contra Toni Riccioli, Joss. Te vi declarar. Estuviste magnífica. Yo misma no lo hubiera mejorado de haberlo hecho ante la cámara.

—No te vi, Cordelia. Y me extraña.

—Es lógico. No hice una de mis habituales entradas llenas de espectáculo y colorido. Un vestidito sencillo y unas gafas oscuras

son la mejor máscara que te puedes imaginar.

—¿Y bien?

Cordelia aplastó el cigarrillo contra el cenicero. Medio inclinada, miró fijamente a la dueña de la mansión.

—Joss, cuando te levantaste del sillón de los testigos, dejaste un papel en la mesa de Carrick. ¿Qué decía? ¿Qué pretendías con aquella acción?

Ahora fue Josephine la que encendió un cigarrillo, mirando divertidamente a la otra.

—¿Tanto te interesa? —preguntó.

Cordelia avanzó un paso, llameantes los ojos.

—Sí. Me interesa muchísimo.

Recostada contra el alto respaldo de un sillón, con los brazos semi cruzados, Josephine parecía sonreír ante la impaciencia de su visitante:

—Cordelia, hemos estado muchísimos años sin vernos. Únicamente hemos sabido la una de la otra a través de las páginas de la Prensa. ¿A qué se debe esa repentina atracción que ejercen sobre ti mis acciones?

Las palabras salieron silbando da los rojos labios de Cordelia:

—Si no se hubiera tratado de ti, Joss, te aseguro que… —se interrumpió de repente, echándose a reír—. ¿Acaso buscabas notoriedad al declarar contra Riccioli? ¿Qué más te da que lo «tuesten» o no? Si no te conociera, Joss, diría que eres tonta de remate. O loca. O sabe Dios qué. Pero ¿no te das cuenta del peligro que corres? Esos «gangsters» son capaces de todo. No se detienen ante nada…

De nuevo Josephine miró detenidamente a Cordelia:

—Parece que los conoces muy bien —repuso con sarcasmo.

La artista se quedó momentáneamente desconcertada. Luego sonrió forzadamente.

—Bueno. Una, a fin de cuentas, lee los periódicos y…

—Yo creí que no pasabas de las portadas —Josephine Millman no abandonaba su tono irónico.

—¡Basta! ¡Basta ya! —exclamó Cordelia con vehemencia—. Quiero saber qué es lo que decía aquel papel.

—¿Por qué no se lo preguntas a Carrick? ¿O a Riccioli? Ellos están muy bien informados y te contestarán con todos los detalles.

—Podría ir…; pero no me conviene —contestó de mala gana, Cordelia.

—Ah, ya… Inconvenientes de la publicidad. A fin de cuentas, lo que me pase no puede afectarte, Cordelia. Tan repentino cariño me escama, dicha sea la verdad.

—¿Te amenazaron, verdad?

Josephine se encogió de hombros.

—Puede ser —replicó indiferente.

—¿Qué te decían? —inquirió la estrella, anhelosa.

—¿Tanto te interesa saberlo?

Cordelia inclinó la cabeza:

—No solamente te harías un favor a ti misma, sino a mí también.

—Cada vez te comprendo menos, Cordelia. Pero, en fin…

Caminando con elásticos pasos, Josephine se dirigió a un secreter que había en un ángulo del estudio. De uno de sus cajones extrajo una cartulina que entregó en silencio a Cordelia.

Ésta contempló la reproducción fotográfica de la nota amenazadora que recibiera Josephine. La leyó un par de veces y luego miró a su anfitriona. El espanto se retrató en los bellos ojos de la actriz.

—¡No! —gimió—. ¡No se atreverán a hacer lo que dicen!

—Puedes quedártela —repuso Josephine tranquilamente—. Tengo más copias. Les entregué el original. ¿Para qué lo quería yo?

De repente, Cordelia echó a correr. Tropezó con un mueble; pero se rehízo. Abrió la puerta del estudio de un brusco tirón y desapareció.

—Su padre —decía el gobernador del Estado de Nueva York—, murió asesinado por cumplir con su deber. ¿Qué piensa usted hacer, Lee Clayden?

El joven inclinó la cabeza. Aún duraba en su ánimo el atontamiento producido por la trágica muerte de su progenitor.

—¿Qué puedo hacer, señor? ¿Cómo hallar a esos criminales? Somos impotentes para luchar con ellos. Están organizados. Atemorizan a todos; los intimidan; los asesinan para impedir que declaren. Estamos inermes en sus manos… Todo cuanto se haga será inútil.

El gobernador parpadeó asombrado. Nunca hubiera creído que

de un valiente y enérgico fiscal no se pudieran heredar tales cualidades. Había esperado del joven un estallido de cólera; una petición inmediata, de libertad de acción para proceder a la búsqueda de los asesinos. Y, en lugar de ello…

—Si no tiene inconveniente, señor gobernador, yo continuaré en la oficina de mi padre. Como hacía cuando él estaba. Pero que sea otro quién se encargue del caso. Y… y si no le agradara… puede disponer de mi empleo… —murmuró, balbuciendo, Lee.

—Muy bien —repuso con sequedad el gobernador—. Usted lo ha querido. Yo no tengo por qué oponerme a ello. Sea, pues, como usted dice. Muy buenos días, señor Clayden.

CAPÍTULO III

Del *New York Herald News*, correspondiente al día 29 de abril de 195…:

«El fiscal Clayden fue valiente; pero lo mataron.

»¿Lo será su hijo?

»No lo creemos. Sabemos que continúa en su puesto, sí; pero el nuevo fiscal es Wyndham McLean, cuyas primeras palabras, al tomar posesión de su nuevo cargo, fueron para prometer una lucha sin cuartel contra el crimen y…».

La habitación estaba sumida en una especie de penumbra. Únicamente se veía un disco de luz en uno de sus ángulos, proveniente de una pantalla cuya lámpara estaba encendida.

Una mano aristocrática, de largos y finos dedos, en cuyos extremos resaltaban, sangrientas, las pulidas uñas, se movió cuando su propietaria marcó un número de teléfono.

Los impulsos eléctricos hicieron sonar el timbre de otro aparato situado a bastante distancia del anterior. Lee Clayden arrojó el periódico, hecho una arrugada pelota, en un rincón y con paso nervioso tomó el auricular.

—¿Quién es? —preguntó, con no muy buen talante.

La lectura del *New York Herald News* le había alterado los nervios.

—¿Qué es lo que desea? —inquirió cuando la mujer hubo aclarado su identidad.

—…

—Lo siento; si leyó la Prensa ya sabe que no tengo a mi cargo el asunto.

—…

—No insista; por favor. Mi resolución está tomada.

—…

—Está bien; no quiero que me tome por un grosero y un descortés. Iré; pero no espere nada de mí en tal sentido. No quiero saber nada del asunto.

—…

—Escuche: si tengo miedo o no, eso es cosa mía y de nadie más. Voy por lo que le dije únicamente. De buena gana la enviaría a… Oh, dispénseme. Estoy que no sé lo que me digo. Llegaré ahí dentro de veinte minutos. Hasta ahora.

Lee Clayden colgó el teléfono, mordiéndose los labios pensativamente. Durante unos segundos permaneció inmóvil, pero no tardó en salir de su aparente atonía.

Metiendo la mano en un cajón extrajo algo que brilló con pavonados reflejos. Comprobó la carga del revólver y luego se lo echó al bolsillo.

Con una sonrisa de satisfacción, Josephine Millman también dejó el teléfono. Se levantó de la mesa y comenzó a pasearse por la estancia.

Vestía unos pantalones negros, ceñidos, y una blusa de estilo japonés, ricamente bordada, de mangas amplias, hasta el codo. Sus manos y muñecas estaban limpias de joyas, a excepción de un minúsculo relojito de pulsera. Encendió un cigarrillo, pensativamente.

No supo el tiempo que había transcurrido, cuando de repente oyó el zumbador de la puerta. Se detuvo, mirando ansiosa en aquella dirección.

Percibió claramente el ruido de la cerradura. Y acto seguido, le llegó un sonido absolutamente inesperado para ella: el de un cuerpo humano al desplomarse en el suelo.

Josephine permaneció estática un segundo. Luego corrió hacia la mesa, de la que extrajo un diminuto revólver, de niquelado cañón, y acto seguido se abalanzó hacia la puerta de su despacho.

La abrió y dos hombres se precipitaron por la entrada. Uno de ellos se apercibió del gesto defensivo de la mujer y su mano veló, golpeándola duramente en la muñeca. El revólver saltó por los aires.

Josephine retrocedió. Pero el individuo que la golpeara, la asió

por los brazos, sujetándola firmemente.

—Una hermosa gata con uñas bien afiladas, ¿eh, Pete? —Gruñó, sonriendo de una manera peculiar.

—Psé… No está mal. ¡Lástima de cara que le va a quedar cuando terminemos!

Los hermosos ojos verdes de la joven se desorbitaron por el espanto al escuchar las palabras del segundo de los intrusos.

—¡No se atreverán ustedes! —exclamó.

Josephine sintió una náusea incontenible, cuando una tufarada de alcohólico aliento le lastimó la pituitaria.

—Pete, dice que no nos atreveremos. ¡Qué divertido!

Ella intentó desasirse; pero las manos del forajido eran fuertes. Sus esfuerzos resultaron baldíos.

—Sujétala bien, Chree —dijo el llamado Pete.

Acto seguido se hurgó en los bolsillos.

Chree arrojó a la dueña de la casa contra un sillón. Sin la menor consideración la inmovilizó merced a una fuerte presa. Los ojos de Josephine se desorbitaron.

Pete sacó de su bolsillo un pequeño rectángulo de papel que rasgó con indolente cinismo, mirando fijamente a la mujer, la cual había apretado los labios para no gritar. El gris acero de una hoja de afeitar destelló un segundo al ser herido por la luz de la lámpara que iluminaba crudamente el pálido rostro de Josephine.

—No pretendemos hacerle macho daño, señora Millman —rió Pete, silenciosamente—. Cómo puede comprender una cuchilla de afeitar solamente es peligrosa si se la aplica a la yugular o a las arterias de la muñeca. Pero nuestros planes son mucho más modestos.

Del bolsillo interior de su americana y con infinito cuidado, Pete sacó un frasquito de vidrio, da forma plana. Lo destapó y apenas lo había hecho, cuando Josephine se estremeció de horror. Una ligera sierpe vaporosa onduló, evanescente, en el aire.

—¿Ve usted, señera Millman? —continuó el «gangster» en el mismo tono intrascendente; como si se tratara de una demostración comercial—. Unos cuantos cortes en ese hermosísimo rostro (fuerza es reconocerlo; sí, señor) no serían de gran efecto. Hoy en día la cirugía estética hace milagros.

Con toda parsimonia, Pete encendió un cigarro y aspiró el humo,

recreándose en el gesto. Josephine permanecía silenciosa.

—Pero si en los cortes echamos unas cuantas gotas de ácido sulfúrico (con todo cuidado; no crea, señora Millman; sería una lástima estropear unos ojos tan bonitos), ¿servirá para algo ésa cirugía estética? Ésa es la cuestión, que dijo no sé quién hace muchos años.

Y ése es su premio, señora Millman; el mostrarse demasiado valiente, le costará la irremediable pérdida de su belleza.

Chree comenzó a impacientarse:

—Oye, Pete —gruñó de mal talante—, ¿no te parece que estaría mucho mejor dejarse de tanta verborrea y obrar cuanto antes?

—¡Je! No tengas miedo, hombre. Ahora mismo vamos a dar comienzo a la función. Lo único que lamento es no haber traído algún anestésico. Sentiré mucho hacerla sufrir, señora Millman.

El forajido dejó el cigarrillo sobre el bordo de la mesa. Después avanzó. Su voz había perdido el tono deliberadamente chancero.

—¡Sujétala bien, Chree! —masculló.

La hoja de acero relampagueó al pasar por debajo del foco de la lámpara.

Josephine intentó, en un supremo esfuerzo, evitar el contacto con el forajido. Pero la tenían demasiado bien sujeta.

La cuchilla continuó aproximándose a su rostro. Una repulsiva sonrisa de satisfacción amplió el rostro de Pete…

A Lee Clayden le extrañó mucho el que la puerta de aquella aristocrática mansión de la Quinta Avenida estuviera medio abierta. No era cosa corriente. Pero cuando, asomando la cabeza, vio a un hombre tendido en el suelo, no le hizo falta ser muy listo para comprender que allí ocurría algo extraño.

Penetró en el espacioso y lujosísimo vestíbulo. No obstante, no prestó la menor atención a las carísimas obras de Arte que allí se exhibían. Inclinándose sobre el mayordomo, le puso la mano sobre el pecho, al mismo tiempo que descubría un fuerte hematoma en su frente.

Frunció el ceño. Aquello no era lógico. Pero no se preocupó por el caído. Calculó que solamente padecía una leve conmoción cerebral de la cual, a no tardar mucho se repondría por sí solo.

Se incorporó, pues había escuchado unas voces no muy lejos de aquel lugar. Trató de orientarse por el oído.

Se aproximó a la puerta de donde partían los sonidos. Acercó su cabeza, aunque no pudo distinguir con claridad las palabras. Durante unos momentos vaciló. Pero luego, metiendo mano al interior de su americana, extrajo el revólver de que se proveyera antes de salir de casa.

Asió el pomo y, súbitamente, lo hizo girar. Al abrir la puerta, una escena que jamás hubiera imaginado, apareció ante sus pupilas.

Los dos «gangsters» estaban vueltos de espaldas a él. Ocultaban totalmente el cuerpo de la dueña de la casa, de la cual solamente podía ver sus piernas enfundadas en los negros pantalones. Adivinó que no lo estaba pasando muy bien. Pero no había que ser precisamente un lince para suponérselo.

Amartilló el revólver.

—¡Suéltenla! —Intimó, sin gritar; pero con la suficiente fuerza para ser oído.

Pete y Chree se volvieron como picados por un áspid.

—¡Levanten las manos! ¡Así! ¡Muy bien! —continuó Lee, encañonando firmemente a la pareja de forajidos.

La cuchilla resbaló de entre los dedos del atónito Pete.

—Lee Clayden… —farfulló, en el colmo de la estupefacción.

—Tú lo has dicho, granuja —replicó con rabia concentrada, el joven—. Soy el hijo del fiscal a quién vosotros u otros sinvergüenzas como vosotros, asesinasteis de una manera inicua. ¡Señora Millman! —Lee se dirigió a la mujer, que aún continuaba sentada—. Lamento tener que decirle que éstas no son las mejores circunstancias para conocerla; pero no hay opción. Hágame el favor de apartarse de ahí.

—Gracias, señor Clayden —repuso ella.

Su voz resultó extrañamente armoniosa, sin la menor discordancia en el tono. No obstante, se la notaba un tanto alterada la respiración.

Lee arrojó una mirada a la cuchilla caída sobre la alfombra y luego sus ojos se abrieron desmesuradamente al contemplar el frasco de ácido que aún continuaba humeando sobre la mesa.

—¡Canallas! —barbotó; y hubo de hacer un soberano esfuerzo para no apretar el gatillo. Había adivinado lo que pretendía la pareja.

Josephine salió de detrás de los «gangsters».

—Llamaré a la Policía —dijo sencillamente.

Cruzó la estancia, dirigiéndose hacia una mesita baja que había al otro lado de la estancia, y sobre la cual se encontraba el teléfono.

Pero al hacerlo cometió un error. Pasó por delante de Lee y aquel movimiento cortó, por una décima de segundo, la línea de tiro del arma de Lee.

Pete y Chree, duchos en tales lides, no dejaron de aprovecharse de la ocasión. Echaron mano a sus armas.

Por su parte, el hijo del fiscal soltó un enérgico reniego, al comprender que la situación acababa de dar un vuelco repentino. Con la zurda apartó a Josephine de un empellón, y tan fuerte fue el impulso, que ella rodó por los suelos.

En el mismo momento, Lee se dejó caer de rodillas, echándose hacia su izquierda. La pesada bala de una «Colt» automática del 44 zumbó rabiosamente sobre su cabeza, hundiéndose con sordo choque en el entrepaño que había tras él.

El revólver de Clayden escupió una llamarada. No estaba dotado de silenciador, por lo que la estancia retembló con el estampido. Chree alzó sus brazos, soltando el arma y, girando convulsivamente sobre la punta de uno de sus pies, trató de buscar un asidero. Su caída fue inevitable.

En el mismo momento, Clayden sintió una agudísima sensación de dolor en el brazo, como si un hierro al rojo blanco le fuera aplicado a la epidermis. El ¡plop!, del silenciador de Pete le llegó al mismo tiempo.

El «gangster», apenas se vio libre de la amenaza, se abalanzó detrás de la pesada mesa de despacho, de la cual hizo seguro baluarte. El revólver de Clayden detonó de nuevo, enviando una bala en aquella dirección.

Todavía flotaban en el aire los ecos de la explosión, cuando un bestial alarido, un grito infrahumano, conmovió la estancia. Y el ruido de unos vidrios rotos, así como el repentino aumento de los vapores del sulfúrico, dio a Lee la explicación del grito de Pete.

La bala que disparara no le acertó directamente, pero hizo añicos el frasco del ácido. El mortífero líquido, esparcido en destructora lluvia, fue proyectado, en su mayor parte, sobre el rostro del forajido que en aquel momento asomaba por detrás de la mesa con objeto de disparar de nuevo.

Quemado, cegado, Pete, sin soltar la automática, se llevó un

segundo las manos a la abrasada cara. Y luego, de repente, enloqueciendo, comenzó a disparar frenéticamente.

Lee se dio cuenta de lo que ocurría. Pete estaba ciego; pero ello no obstaba para que las balas continuaran desconchando las paredes en torno suyo y de Josephine, ésta aún tendida en el suelo. Los proyectiles silbaban al rebotar con estremecedores gañidos, y había grandes probabilidades de ser alcanzados por uno de ellos.

El joven obró con repugnancia; mas no tenía otro remedio. Oprimió el gatillo. Pete se convulsionó, horriblemente y sus dedos, sin fuerza repentinamente, dejaron caer el arma. Él mismo la siguió a continuación.

Durante unos segundos, reinó en la estancia un silencio absoluto. Tanto Lee como Josephine parecían sumidos en un macabro estupor, del cual, el hombre fue el primero en recuperarse.

Saliendo de su abstracción, corrió hacia la joven, aún tendida en el suelo. La ayudó a levantarse, inquiriendo ansiosamente:

—¿Se encuentra usted bien, señora Millman?

—Oh… sí, gracias, señor Clayden —repuso ella, con voz todavía temblorosa por el espanto sufrido.

Sus límpidos ojos se clavaron en los serenos del hombre.

Lee se dio cuenta de la improcedencia de seguir allí.

—Vayamos a otro sitio —dijo, asiéndola del brazo.

Ella no opuso la menor resistencia y se dejó llevar dócilmente.

Al cruzar el vestíbulo, vieron al mayordomo que se incorporaba, aún vacilante. Baptiste tenía la mano en la cabeza.

—Oh —gimió—. Me parece que me va a estallar.

Oyeron ruido de pisadas presurosas, desembocando algunos servidores en el vestíbulo. Lee se hizo cargo de la situación al momento.

—No entren ahí —ordenó, señalando la biblioteca—. Uno de ustedes deberá llamar a la Policía inmediatamente. Preparen café y licor para la señora.

Dos de las doncellas corrieron a cumplir los mandatos de Lee. El resto quedó en el vestíbulo, parloteando excitadamente entre sí, al mismo tiempo que alguien se llevaba al mayordomo a la cocina. Por su parte, Lee y Josephine penetraron en el estudio.

La joven se dejó caer exhausta en una poltrona. Miró a Lee y, de repente, exhaló un gritito de espanto.

—¡Está usted herido! —dijo, poniéndose en pie, alarmada.

Sólo entonces recordó Lee la quemadura que advirtiera en el transcurso de la pelea. Mirándose la manga de la americana, observó pensativamente los orificios abiertos por el proyectil.

—Quítesela —pidió ella.

Corrió hacia un armario del que sacó vendas, esparadrapo y tafetán. Con unas tijeras rasgó sin compasión la camisa.

Suspiró aliviada al ver la levedad de la herida. Lee comprimió los labios al sentir el escozor del alcohol Luego sonrió:

—Extraño modo de conocernos, ¿no le parece, señora Millman?

Rodeándole el brazo con la venda, ella murmuró:

—Todos los años de mi vida no serán suficientes para agradecerle cuánto ha hecho por mí. Sólo de pensar en ello… —Y Josephine se calló, sin concluir la frase, estremeciéndose aún por el horrible recuerdo.

Cuando estuvo curado, Lee volvió a colocarse la americana. Una doncella entró en aquel momento con el servicio de café, y la infusión caliente, aderezada con unas gotas de aromático *brandy*, los reanimó notablemente.

—Usted insistió para que viniera a verla, señora Millman. —Lee hurgó en sus bolsillos, extrayendo el encendedor. Dio fuego al cigarrillo que la joven tenía en la boca y a su vez, inhaló el humo del suyo, con visible placer—. ¿Qué es lo que quería decirme? Ya le advertí que no tengo ya nada que ver con el caso Riccioli.

Levantándose, Josephine empezó a pasear nerviosamente por el estudio. Se detuvo de repente, mirando fijamente a Lee.

—Señor Clayden —empezó a decir—, usted sabe de sobra que gracias a mi testimonio, Riccioli será ejecutado, ¿verdad? Le vi cuando lo juzgaron, en la mesa de fiscalía, junto a su… Oh, perdón. Le ruego me dispense. No debí haberle recordado…

Los ojos de Lee se entristecieron al recordar al autor de sus días. Pero procuró sobreponerse, y agitó una mano esbozando una sonrisa.

—No se preocupe. Siga adelante, señora Millman. Me decía que gracias a su testimonio, Riccioli ha sido condenado a la última pena. Por mi parte, añadiré que jamás hubiera esperado de usted tal valentía; cosa que es muy de elogiar en estos tiempos, máxime cuando se ha sufrido un atentado como el de hace pocos momentos.

¿Qué es lo que la impulsó a declarar tan rotundamente? Porque hubo muchos que vieron a Riccioli disparar sobre D'Altea, tan bien como usted, y todos se abstuvieron de declararlo. ¿Intimidados? ¿Coaccionados? O quizá indiferentes y muy apegados al propio pellejo. Dígamelo, por favor.

Antes de contestar, Josephine aplastó el cigarrillo contra el cenicero. Semi inclinada, fijó sus profundos ojos en los del joven.

—Señor Clayden, usted ya conoce mi estado. No hace falta que se lo repita, Estuve casada con Pierre Millman. Pero en esta casa —y su mano describió un amplio círculo—, nunca fue oro todo lo que relucía, dicha sea la verdad. Pierce Millman no fue únicamente el experto y afortunado hombre de negocios. También tenía otras actividades… de las cuales, por desgracia, me enteré yo cuando era demasiado tarde. ¿Me comprende?

—Voy entendiéndola, desde luego, señora Millman. Pero, prosiga, por favor.

—Gracias. Como iba diciendo…

Josephine se calló. Un gemido lúgubre comenzó a escucharse a lo lejos. Lee se levantó de un salto.

—¡La Policía! —exclamó.

Durante unos segundos vaciló. Luego, miró a la dueña de la casa:

—Cuando la interroguen, no diga nada de lo que me iba a contar. Continuaremos la conversación otro día. ¿Le parece?

Josephine asintió, moviendo los párpados. Sus largas, pestañas aletearon unos instantes.

Horas más tarde, terriblemente pensativo, Lee regresaba a su casa. Había explicado a la Policía cuánto ocurrió y Josephine había seguido sus consejos al pie de la letra. No habían decidido cuándo se entrevistarían de nuevo, pero él pensaba telefonearla a tal efecto. Las interrumpidas frases de la joven habían tentado su curiosidad. Aparte de que… Ejem… Carraspeó para ocultarse a sí mismo su turbación al recordar la sensitiva belleza de Josephine, y se dijo que concertaría una nueva entrevista con ella, tanto por satisfacer sus deseos de continuar la conversación como por volver a recrear sus vista en la contemplación de aquel hermoso rostro, que tanto le había atraído, incluso desde el primer día que la conociera en el estrado de testigos.

Al llegar a la puerta de su apartamento, metió la llave en la cerradura. Pero se extrañó que la puerta estuviera abierta. Era el día de salida de Griselda, más ésta no solía ser tan descuidada.

Antes de que pudiera averiguar lo que ocurría, una voz, sarcástica, le acogió desde el interior.

—Pase, pase, señor Clayden. Está usted en su casa.

Lee dudó un instante; pero su vacilación fue breve. Cerrando la puerta tras sí, se apoyó en ella.

Había dos hombres en el vestíbulo. Ambos saboreaban gruesos habanos y sendos vasos de cristal eran sostenidos en sus manos.

—Se cuida usted muy bien fiscalillo. Habanos de categoría y *Bourbon* auténtico. No de alcohol de patata. ¡Esto es vida! ¿Eh, Mickey?

—Y que lo digas, Scanton —farfulló el otro, mordiendo desconsideradamente el cigarro.

—¿Qué es lo que quieren ustedes? —pidió Lee, tranquilamente.

—Una sola cosa, fiscalillo —replico. Scanton, en el mismo tono intrascendente—. Que se deje usted de hacer el «Pimpinela Escarlata».

—¡Jo, jo! —rió Mickey—. Pero ¡qué gracioso era ese tiparraco!

—Calla, bestia —barbotó Scanton sin alzar la voz, y dirigiéndose de nuevo a Lee—: ¿Me ha comprendido, lo que quiero decirle?

—No. No le he comprendido, si he de decir la verdad.

Scanton se levantó, dejando el vaso a un lado. Con el cigarro entre los dedos, se acercó a Lee.

—Se lo explicaré, joven. La prensa ha dicho que usted no ha querido substituir a su padre. También se ha permitido el lujo de insinuar que usted… ¿cómo se lo diría sin ofenderle?… Bueno; que no tiene ganas de pelea. Así queda mejor. Pero una advertencia, fiscalillo: si cree que con ese truco nos va a engañar, límpiese. No somos párvulos, ¿me entiende? Usted es joven, bien parecido, y a poco que se lo proponga, puede tener éxito con las mujeres. Sería una lástima…

—¿Qué?… —inquirió Lee, anheloso.

Scanton le palmeó el hombro, confianzudo:

—No se haga el tonto, fiscalillo. La vida es dulce y buena de vivir. Háganos caso y deje ese asunto a un lado. El papel de «Pimpinela Escarlata» sólo va bien en el cine, ¿eh?

Lee fingió meditar aquellas sarcásticas palabras. Pero, en realidad, la sangre le hervía en las venas. E, inopinadamente, sin que Scanton pudiera intuir siquiera su reacción, su puño derecho se clavó en el estómago del forajido, que se dobló hacia adelante con un gemido agónico.

Scanton se enderezaba cuando el otro puño se le estrelló en las narices, de las cuales brotó un arroyo de sangre. Y un tercer golpe, lo derribó tan inconsciente como el más perfecto K. O. propinado por Joe Louis.

Mickey gruñó, llevándose la mano a la pistolera axilar. La automática destelló siniestramente.

Pero el pie derecho de Lee golpeó rudamente la mano armada. Mickey aulló dolorido cuando el arma le voló. El cristal de un cuadro saltó en añicos, con chirriante ruido. Y todavía estaba el forajido quejándose, cuando el filo de la mano de Lee le golpeó con dureza detrás de la oreja izquierda.

Diez minutos más tarde, dos abatidos «gangsters» eran expulsados del apartamento, sin demasiadas contemplaciones y con grave detrimento de los zapatos de Lee. Éste les increpó sarcástico:

—Sepan que el periódico dijo la verdad. De todas formas, si tuviera ganas de desempeñar ese papel de «Pimpinela Escarlata», no serían ustedes quienes me lo impidieran.

Tanto Scanton como Mickey lo miraron con profunda cólera. Pero no podían hacer nada.

—¡Ah! —exclamó Lee, sonriendo. Tenía algo en la mano que arrojó violentamente contra la derrotada pareja—. Se les olvidaban sus herramientas de trabajo. De lo contrario, tendrían que inscribirse como parados.

Mickey gritó de nuevo cuando su propia pistola, sin poderlo evitar le golpeó dolorosamente la mejilla izquierda. No pudo hacer nada: tanto la suya como la de Scanton estaban descargadas.

CAPÍTULO IV

Lee Clayden tocó suavemente con los nudillos en la puerta y la abrió cuando le fue concedido el permiso desde el interior.

—Buenos días —saludó cortésmente—. Llegué hace un momento y me dijeron que usted quería verme, señor McLean.

—Siéntese, Clayden —le indicó el fiscal general—. ¿Un cigarrillo?

El joven tomó uno y lo encendió, aspirando el humo. Aguardó a que su superior lo hiciera a su vez.

—Ya me he enterado de su intervención en la casa de la señora Millman, Clayden —declaró McLean—. Y no hay que decir cuánto me alegro de que obrara de tal manera.

—Gracias, señor —repuso Lee, un tanto especulativamente, preguntándose dónde iría a parar el fiscal.

—La señora Millman tuvo mucha suerte con su oportuna llegada, Clayden. De no ser por usted… Bien, creo que lo ocurrido es una cosa que rehúye el comentario, de tan desagradable. ¿No opina usted así?

—Sí, señor.

—Le diré que los muertos se llamaban Peter Marton y Elmer Chree. Dos pistoleros de lo mejorcito en su género, lo cual quiere decir que eran la escoria de la sociedad. Tarde o temprano hubieran acabado en la silla eléctrica, con lo cual, el Estado hubiera tenido una infinidad da gastos. Su acción ha sido infinitamente más práctica, por lo rápida y barata.

—De todas formas, y por lo que a mí se refiere, señor McLean, me hubiera gustado mucho más que los hubieran ejecutado en «Sing-Sing».

La verdad no fue nada agradable el rato que pasé.

—Lo comprendo, Clayden, lo comprendo —asintió, benignamente, el fiscal—. La Policía está ya haciendo indagaciones

sobre el particular aunque, no es necesario decirlo, tropieza con muchísimas dificultades para saber quién o quiénes dictaron tal acto de barbarie contra la señora Millman. Más que personas civilizadas, parecen verdugos de unas hordas asiáticas o algo por el estilo.

—Por si no lo sabe —murmuró, cáusticamente, el joven—, le diré que él o los que pagaron a Marton y a Chree son los mismos que asesinaron a mi padre.

McLean pareció amoscarse ante la observación.

—No hace falta que me lo diga, Clayden. ¿Cree que lo ignoro?

—El caso es que estamos igual que hace un mes. Mi padre murió electrocutado por cumplir con su deber. ¿Hemos adelantado algo? No; francamente no. La policía…

El fiscal alzó una mano.

—La Policía, Clayden, se compone de hombres; es una cosa que conviene tener muy presente.

—Y como tal, sujeta a errores y equivocaciones fáciles de comprender, etc., etc., —le interrumpió Lee con amargo sarcasmo —. Pero dejemos esto, señor fiscal. Creo que usted me había llamado para algo.

McLean pareció no hacer caso de las ácidas frases de Lee. Aspiró con fuerza el humo de su cigarrillo y manifestó.

—Tiene usted que asistir a una reunión. Irá en un plan… ¿cómo diríamos?, de observador o algo por el estilo. Nada oficial, ¿me comprende?

—No mucho, señor. ¿Qué clase de reunión es ésa?

—La Liga Atlética se reúne esta tarde para informar sobre la Unión de Managers de Boxeo. Sabemos, sé, mejor dicho, cuál es ese informe —y McLean alargó la mano, señalando un pesado mamotreto que tenía sobre la mesa—; pero lo que ignoramos es lo que dirá la Unión. Porque el informe la ataca, y de firme.

—¿Por qué razón he de ser yo el elegido? ¿No podía haber enviado a otra persona? —objetó Lee.

—Clayden —el fiscal se echó hacia adelante, juntando las manos sobre su carpeta—, aparte ciertas consideraciones a las que no ha lugar en este momento, le considero a usted el más capacitado de todos mis jóvenes ayudantes. Las autoridades así lo pensaban cuando le ofrecieron el puesto de su padre. El por qué lo rechazó…

Bien, no es preciso comentario. Pero si usted adujo —McLean se interrumpió, carraspeando. Se había metido en un atolladero y no sabía cómo salir de él—… si usted…

Lee sonrió, compasivamente.

—Bueno, ande, dígalo. No quise el cargo porque temía seguir el mismo camino que mi padre, ¿verdad?

McLean se abochornó:

—Hombre, yo…

—Está bien, señor McLean. ¿Terminamos?

—Sí —suspiró el fiscal, aliviado—. Decía que es usted el más capacitado de mis ayudantes y que su falta de valor ha sido más aparente que real. Los hechos acaecidos en casa de la señora Millman así lo demuestran.

—Los hechos acaecidos en casa de la señora Millman —rebatió el joven, fríamente—, no demuestran otra cosa que siento un intenso cariño por mi pellejo. Eso es todo.

Se levantó:

—Le informaré de lo ocurrido en la reunión mañana a estas horas. ¿No es eso lo que quiere de mí?

—Sí, gracias, Clayden —suspiró, una vez más. McLean.

A las cuatro de la tarde, Lee se hallaba en una amplia sala, en cuyo centro había una gran mesa. Varios grupos de personas, charlaban animadamente entre sí. Algunos de los asistentes le arrojaron más de una inquisitiva mirada; pero él no hizo el menor caso. Se sentó modestamente en un rincón, fumando pensativa y tranquilamente.

Alguien se le acercó de pronto.

—El señor Clayden, supongo. ¿De la oficina del fiscal?

—Acertó usted, señor…

—Peyton, Frank Peyton. Presidente de la Liga Atlética del Estado de Nueva York.

—Mucho gusto, señor Peyton. Supongo, a mi vez, que ya sabrá usted por qué estoy aquí, ¿verdad?

El interpelado hizo un gesto afirmativo.

—Desde luego. Vamos a empezar la sesión enseguida. En cuanto llegue una persona a quién estamos esperando. ¿Se encuentra bien aquí o prefiere que le busque un lugar… digamos, más céntrico?

Clayden sonrió, complacido:

—No, gracias. La función se observa mucho mejor desde la sombra del patio de butacas.

—Acertada táctica —murmuró Peyton.

Y en aquel momento, una mujer hizo su aparición en la sala.

La mujer vestía totalmente de negro. Incluso sus facciones estaban ocultas por un espeso velo del mismo color. Pero se la adivinaba joven y bien formada, a pesar de que las ropas que vestía eran la antítesis de toda elegancia.

Frank Peyton se dirigió a la cabecera de la mesa. Golpeó ésta con un macillo. Todos los rostros se volvieron al instante hacia él.

—Señores —anunció—, la sesión va a comenzar. Les ruego tomen asiento.

Desde su observatorio, Lee, con la barbilla apoyada en las manos, estudió aquellas caras. Algunas, las menos, tenían un aspecto normal. Otras, predominando en la reunión, anunciaban típicamente la profesión a la cual se dedicaban sus propietarios.

Rostros desfigurados, cruzados por cicatrices de derecha a izquierda y de arriba abajo; narices ganchudas unas y aplastadas otras; puros sostenidos por los dientes como si fueran durmientes de ferrocarril; ojillos vivos y suspicaces, era la tónica general de aquellos hombres, que se sentían tan a gusto en aquella lujosa sala, como una serpiente de cascabel en un iceberg. Indumentaria más apropiada para ellos sería jersey de cuello alto, y sombrero hongo en lugar de los flexibles que Lee había visto en el guardarropa, a la entrada.

—Señores —continuó Peyton—, tengo el gusto de presentarles a la señora Salinaz, esposa del infortunado Harpo Salinaz, muerto en el *ring* del Madison en las circunstancias que todos ustedes conocen. La señora Salinaz desea hacer unas manifestaciones y, usando el privilegio de su sexo, hablará en primer lugar. Señora… —invitó el presidente de la Liga Atlética.

Dolores Salinaz no se quitó siquiera el velo para hablar. Rígida, erecta, con voz monótona e impersonal, comenzó:

—Señores, reclamé contra el Estado de Nueva York y se me han concedido ochenta mil dólares de indemnización por la muerte de mi esposo. Fue una equivocación permitir que Harpo peleara, sobre todo después de haber sufrido dos K. O., tan próximos entre sí. ¿Por qué saltó al *ring* aquella noche? Si un médico venal no hubiera

firmado un certificado que…

Hundido en un sillón, el doctor Connant no tenía fuerzas siquiera para mirar a la joven viuda. Su primer impulso fue el de levantarse y decir que él no era ningún sinvergüenza, que su venalidad era incierta, que le obligaron a firmar aquel certificado de un modo bestial, salvaje; pero no se atrevió. Metió la mano en el bolsillo y acarició una notita que llevaba.

> «Es probable que esta tarde le llamen canalla o algo parecido; hará muy bien en callar, Dr. Connant. La vida es muy hermosa aun a los cincuenta años, ¿verdad?».
>
> «Soy un canalla. Peor incluso que esos mismos forajidos; algunos, por no decir todos, están sentados alrededor de esta mesa. Pero… Tienen razón. Ellos pueden más que yo. Me matarían. Me…».

Tales eran los pensamientos del médico, en tanto que Dolores Salinaz continuaba hablando.

—Es cierto que me han dado ochenta mil dólares como indemnización. Pero ¿pueden devolverme a mi Harpo? Todo es hablar. Condolencias, recuerdos cariñosos para mi esposo en las secciones de los diarios deportivos… Y yo estoy viuda. Y no seré tampoco la última. Y habrá madres que pierdan a sus hijos e hijos que se queden da repente sin padre. Y todo, ¿por culpa de quién?

La señora Salinaz se detuvo roí punto para tomar aliento. Luego continuó:

—Voy a donar diez mil dólares para la fundación de una Agrupación de Boxeadores Profesionales. Quiero, en memoria de Harpo, que los púgiles se defiendan contra los turbios manejos de sus mentores. Que el boxeo sea un deporte limpio. Que no tengan acceso a él más que las personas decentes y honradas. Hoy día, todo boxeador obedece ciegamente a su *manager*. Éste no debe ser más que su guía en lo deportivo. Sin ninguna conexión con el turbio fango de los bajos fondos, donde se contratan las peleas y donde se deciden, muchas veces, quién ha de ser el ganador; donde se compran jueces; donde se sobornan o intimidan médicos venales, como ya dije antes. Todo esto lo impedirá mi Agrupación. Y «si un boxeador es noqueado, no pisará la lona hasta pasado un límite de

tiempo que sobrepase toda prudencia; por más intereses que se pongan en juego».

Alguien alzó una mano. Todos miraron en el acto en aquella dirección. Walter McFennor era uno de los mejores managers y que más méritos había conseguido.

Para hablar no necesitó alzar la voz ni tampoco descomponer su cómoda postura, arrellenado en su butaca.

—Protesto —dijo blandamente—. Señora Salinaz, mis abogados se entenderán con usted. En lo que a mí se refiere, considero sus palabras como difamatorias. Si usted fuera un hombre, me habría levantado ya y estaríamos liados a golpes. Siendo, como es una dama, el hecho de que le duela la muerte de su esposo no es suficiente para que denigre a una honrada profesión que…

—¡Honrada profesión! —repitió Dolores con infinito desprecio. Se inclinó hacia adelante, apoyando sus manos sobre la mesa—. ¿Sabe usted cuáles son los resultados de esa honrada profesión, señor McFennor? ¿No? Se los diré. Algunos de ellos los conoce usted muy bien. Escuche. Escúchenme, todos: «Pantera» O'Krill no estaría ciego si un reconocimiento médico a fondo hubiera impedido su lucha con Perry Munro. Clark Stevens no hubiera muerto de no someterse a un régimen inhumano para dar su peso en el combate contra Splitt Hanger. Roy «Matador» Scranton no habría sido una víctima más del cuadrilátero si sus cuidadores, su *manager*, Usted, señor McFennor, no le hubiesen permitido pelear durante ocho asaltos, completamente «groggy», contra Kern Q'Leary. ¿Lo recuerda, señor McFennor? ¿Sería, a estas horas, un delincuente (no porque él tuviera tal inclinación, sino porque su cerebro está alterado a consecuencia de los golpes recibidos), Rosset Truham? El árbitro debiera haber parado a tiempo su salvaje pelea con Stebbins Venegas. Y tantos y tantos que andan por ahí «sonados» completamente, víctimas de unos combates o unos asaltos de más que una autoridad firme no impidió, como era su deber, y unos consejeros sin escrúpulos toleraron.

Dolores Salinaz se interrumpió. Necesitaba tomar aliento, después de tan larga parrafada. El silencio era absoluto.

Desde su observatorio, Lee continuó escrutando los rostros de los asistentes. Algunos, los menos, apoyaban firmemente las palabras de la mujer. Había otros a quienes, al parecer, tenía sin cuidado lo

que habían oído, si era que, a juzgar por su indiferente actitud, se habían molestado en escuchar. Y no faltaban las miradas de odio.

De nuevo prosiguió la viuda Salinaz:

—Para eso doy los diez mil dólares. Para fundar la Agrupación. Que los hombres sin escrúpulos, a quienes no les importa la muerte, o la parálisis, o la ceguera, o la locura, de su patrocinado, no tengan cabida en ella.

Que no mangoneen. Que sepan que los boxeadores son personas con derechos, y no solamente con el deber de pegar puñetazos a fin de ganar dinero para sí y para… otros. Que los managers y los empresarios sepan que los púgiles no son gallinas de oro a las que se les puede estrujar impunemente. Si muere una gallina, otra surge al instante. ¿Qué importa?…

Lee salió de la reunión el último. En su fuero interno, y pensando un tanto cínicamente, se dijo que los intentos de Dolores Salinaz eran más bien intencionados que otra cosa y que, de antemano estaban condenados al fracaso. Eran muchos los intereses creados, turbios o limpios, porque, había que reconocerlo, también había managers y empresarios y médicos honrados y decentes y que, a fin de cuentas vivían del boxeo, para que la propuesta de la joven pudiera prosperar.

No obstante, se dio cuenta de que aquella reunión no había gustado poco ni mucho. Los peces pequeños estarían al lado de Dolores, pero solamente por egoísmo. Eran los que no pertenecían a la Unión de Managers. Para ellos eran las sobras; lo que nadie quería. Pero —continuó meditando el joven—, era la eterna canción. El pez chico acaba siendo devorado por el grande… a no ser que hubiera un pescador que cogiera a éste. Y, ¿quién sería el pescador? Sí; se había hablado de poner el cascabel al gato; pero ¿quién se atrevería con ello?

Pensando, pensando, no se dio cuenta de que incluso gesticulaba en su concentrado soliloquio mental. El sonido de un claxon de coche le sacó de su abstracción. Alzó la cabeza.

Josephine Millman le sonreía y agitó su mano. Tenía el convertible rojo cereza parado junto al encintado, Lee se acercó en un par de saltos.

Se quitó el sombrero, saludando:

—Buenas tardes. ¿Cómo se encuentra?

—¿Cómo me encuentra usted? —inquirió ella, maliciosamente. Y luego añadió—: Por poco gasto la batería de mi coche tocando la bocina. Ya pensaba si estaría hipnotizado o se habría vuelto loco. ¡Vaya una manera de pelearse con su sombra!

Lee se había sentado a su lado, y se echó a reír.

—Le ruego me dispense, señora Millman. Estaba tan preocupado que… que…

—Sí; ya sé que sale de una reunión muy importante —dijo ella con simulada indiferencia—. Es lógico que tuviera su mente muy atareada.

Lee giró su cuerpo, apoyándose con el brazo izquierdo en el respaldo del asiento.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió, atónito.

—Oh, me lo dijo un pajarito. —Josephine no le miraba; estaba atenta a la conducción en medio del intenso tránsito rodado.

—Conque un pajarito, ¿eh? ¿Y puedo saber el nombre de esa ave sabía? ¿O es un espía particular a su servicio? Aunque, no me creo tan importante como para hacerme seguir por usted o sus detectives.

La joven frenó. La señal de alto había aparecido.

—Pues… la verdad —contestó Josephine—, no tiene nada de particular, ni misterioso. Ni se envanezca tanto. Me limité a llamar a su oficina. Al dar mi nombre, me pusieron en comunicación con su jefe y eso fue todo. ¿Aclarado?

Lee volvió a recostarse sobre el asiento. Se echó el sombrero hacia atrás y extrajo un cigarrillo que encendió, pensativo.

—Lo cual significa que usted tenía, o tiene, que hablarme. ¿Acierto?

Josephine hizo un gesto vago.

—Puede. O quizá es que estaba un poco aburrida.

Lee soltó una breve carcajada.

—¿Aburrida? ¿Usted? No me diga. Joven, rica, hermosa, ¿qué más le puede pedir a la vida? ¿Dónde están sus adoradores? Una mujer como usted ha de tenerlos forzosamente hasta en la sopa.

—Es probable; pero ninguno me salvó la vida.

—Dejemos eso a un lado. Yo me limité, primero a impedir que la desfigurasen. Aquellos tipos no pretendían matarla. Segundo: también hube de defender mi precioso pellejo. ¿O es que piensa que

organicé el tiroteo por pura diversión?

—Desde luego que no. Pero ¿cree que ese coche que hace rato viene siguiéndonos, también lo hace para no aburrirse?

Lee contuvo sus impulsos de soltar un redondo taco. Alargó la mano y orientó el espejito retrovisor de modo que pudiera enfocar todo cuanto sucedía inmediatamente detrás de ellos.

—Es mi simple taxi —murmuró, al cabo de unos momentos de atenta observación.

—De todas formas —arguyó ella—, no me gusta que me espíen.

Alargó la mano y oprimió un botón. Instantáneamente, entró en funcionamiento el mecanismo automático de la capota y diez segundos después, los dos ocupantes del convertible habían quedado ocultos a la vista de sus perseguidores.

—Así está mejor —comentó Josephine, sonriente.

Y de repente, echó a fondo el pie derecho. La señal roja acababa de encenderse.

La joven frunció el ceño e hizo un mohín de disgusto. Lee pensó cosas muy poco gratas acerca del Código de Circulación.

En aquel momento un coche se detuvo a su lado. Las miradas de ambos convergieron instintivamente en el mismo. Lee se tranquilizó por unos segundos. El conductor del taxi mascaba goma con un legítimo aire de indiferencia y hastío.

Pero de repente, la puerta del taxi se abrió con violencia. Una mujer se arrojó del vehículo al suelo y luego, antes de que Josephine ni Lee tuvieran tiempo de hacer nada, se les coló en el suyo.

—¡Señora Salinaz! —exclamó el joven, atónito.

El rostro de la viuda del boxeador aparecía todavía cubierto con el velo. No se lo quitó.

—¡Por favor! —imploró—. Sigan. Sigan a toda prisa y doblen la primera esquina.

Josephine estaba asombrada.

—¿Quién es usted? —inquirió.

Lee adivinó algo grave.

—No se preocupe, señora Millman —indicó—. Yo respondo por ella. Haga lo que le dice.

En aquellos instantes, el paso se abrió. Josephine arrancó de nuevo y pisó el acelerador a fondo, hasta el límite permitido, al

mismo tiempo que hacía girar el volante hacia su derecha. Continuó a toda velocidad, sorteando habilísimamente los obstáculos del tránsito.

—Señor Clayden —dijo Dolores—, tengo que hablar con usted. Es muy urgente.

Medio vuelto en el asiento. Lee la contempló pensativo. Dolores no hacía más que arrojar frecuentes miradas hacia atrás, con una expresión harto temerosa.

—¿Puedo saber quién es mi inesperada pasajera? —interrogó Josephine, con una leve nota de impaciencia en la voz.

—Señora Millman —exclamó Lee—, tengo el gusto de presentarle a la señora Salinas.

Y luego hizo lo mismo; pero a la inversa. Las dos mujeres se saludaron con triviales fórmulas de cortesía.

—¿Cómo me ha conocido usted, señora Salinaz? —interrogó Clayden, apenas terminada la ceremonia.

—Sabía que estaría presente un funcionario de la oficina del fiscal en la reunión de esta tarde. Alguien me dijo su nombre al salir.

—¿Frank Peyton?

—Sí —confirmó ella—. Pensaba ir mañana a verle, a su despacho; pero al salir, ya en el taxi, me di cuenta de que me seguían. Como lo vi a usted meterse en el coche de la señora Millman, decidí darles el esquinazo en cuanto pudiera.

Una vez más, Dolores se volvió, observando por la estrecha ventanilla posterior.

—Creo que conseguí despistarlos —opinó, suspirando aliviada y recostándose en el coche.

Lee meditó durante unos segundos.

—Dijo que quería hablarme, ¿no? —preguntó.

—Sí, Donde nadie pueda escucharnos.

—Está bien. ¿Tiene alguna cosa que objetar respecto de mi domicilio particular?

Dolores asintió:

—Quizá sea el sitio más seguro. Vayamos allá.

Lee miró a Josephine.

—¿Quiere usted hacerme ese favor, señora Millman?

La joven se volvió ligeramente, con una rara expresión en el

semblante.

—Muy bien, señor Clayden. Usted manda. Dígame la dirección de su domicilio.

CAPÍTULO V

Josephine no quiso subir. Se quedó en el coche y Lee adivinó en su lindo rostro una sensación de disgusto por la repentina intromisión de la viuda del boxeador. También él se sintió molesto por la interrupción que le suponía el hecho, más no podía hacer nada.

Desde el mismo coche, y antes de salir, exploró la calle. No encontrando nada sospechoso, dijo:

—Señora Salinaz, cruce la acera rápidamente. Métase en el ascensor y aguárdeme. Voy con usted al instante.

Dolores asintió e hizo lo que la ordenaban. Después, Lee se volvió hacia Josephine.

—¿Podré verla de nuevo? —quiso saber.

—¿Por qué no? —replicó ella. Pero su tono era muy frío.

Lee no insistió y, estrechándose la mano, salió del coche. Éste arrancó al instante, y el joven se metió en su casa, llevándose una desagradable sensación que le hizo soltar un par de tacos en voz apenas audible por otro que no fuera él mismo.

Su ama de llaves. Griselda, salió a recibirle. Hizo un gesto de sorpresa al ver a la mujer enlutada.

—Griselda —se le anticipó Lee—, no piense mal de mí. La señora y yo tenemos que hablar de graves asuntos. Lo haremos en el *living*. ¿Querrá servirnos unos combinados?

—Al momento, señor —repuso Griselda con voz perfectamente natural, retirándose al santuario que era para ella la cocina.

Dolores se sentó en un diván. Lee le ofreció una caja de cigarrillos, uno de los cuales fue encendido por la viuda Salinaz con gestos nerviosos.

Cuando Griselda hubo dejado sobre una mesita la bandeja con el servicio y los dos se quedaron solos, Lee miró a Dolores inquisitivamente.

Ésta apuró su cóctel. Rehusó con un ademán otra dosis y comenzó a hablar.

—Señor Clayden, no pienso entretenerme en nada. Iré directamente al grano.

—Me parece una excelente idea —aprobó Lee—. Veamos.

—Señor Clayden, hay algo que no quise exponer esta tarde en la reunión. Es tan grave y tan peligroso expresarlo, que sólo puede decirse con amplitud de pruebas. Y no creo que podamos reunirías.

—¿Se refiere a la muerte de su marido, señora Salinaz? —inquirió Lee, súbitamente interesado.

Dolores asintió.

—Exacto. Pero lo correcto sería llamarlo asesinato. Harpo murió asesinado.

—Eso es imposible —opinó el ayudante del fiscal—. Pase que un médico venal, sobornado, o como quiera llamársele, firmara un certificado falso. Pero, en cierto modo, su marido también tuvo su parte de culpa. Él sabía que no se hallaba en condiciones de encerrarse entre doce cuerdas. No debió subir al cuadrilátero.

Dolores se inmovilizó en el momento de aplastar su cigarrillo en el cenicero.

—Harpo, aun hallándose en inferioridad de condiciones, podía derribar a media docena de hombres como Finney «Gun» Bothwell juntos, sin hacer grandes esfuerzos.

Lee pensó que aquellas palabras eran proferidas a impulsos de un lógico y despechado orgullo. Sin embargo, se dijo que lo mejor era seguir la corriente.

—Pues entonces —murmuró—, no lo entiendo.

—Yo sé lo aclararé. ¿Ha oído usted hablar de la belladona?

Lee se encogió de hombros.

—No sé qué tiene que ver…

—Tiene que ver. Y mucho. Porque «Gun» Bothwell tenía sus guantes impregnados de dicha substancia, con la cual provocó una momentánea ceguera de mi marido. Así pudo aplicarle aquel directo a la mandíbula, que lo derribó para siempre.

Lee se puso en pie de un salto, estupefacto, asombrado ante tan increíble revelación.

—¡Imposible! —exclamó, con toda sinceridad.

Pero Dolores subió y bajó la cabeza repetidas veces.

—Cierto, señor Clayden, cierto. Y Al Darnish, su cuidador, podrá confirmárselo. Pregúntele qué le decía mi marido segundos antes de recibir el último golpe. Ninguno de los que le había propinado su antagonista con anterioridad había sido lo suficientemente fuerte; ni siquiera para atontarle. Pero si no hubiera estado ciego…

—¿Cómo fue que los médicos no se dieron cuenta de tal detalle en la autopsia? Porque rastros de la belladona…

—No. ¿Cómo se lo iban a suponer ellos? Únicamente se preocuparon de la lesión cerebral.

—Podemos ordenar la exhumación. —Sugirió Lee.

Dolores volvió a mover la cabeza, denegando.

—Tampoco cabe el recurso. Incineramos su cadáver.

Lee se levantó, golpeándose la palma de la mano con el puño.

—Entonces no podremos acusar a «Gun» Bothwell de homicidio.

—Aunque tuviera pruebas, tampoco podría hacerlo —arguyó Dolores—. Estoy segura de que él lo ignoraba. Fue cosa de su cuidador y de Walter McFennor. Bothwell pertenecía a la «cuadra» de éste. Las apuestas estaban en proporción de ocho a tres a favor de mi esposo. ¿Comprende ahora la jugada?

El joven asintió. Abrió la boca para hablar; pero en aquel momento sonó él. Teléfono. Se dirigió a él, cogiendo el auricular.

Al cabo de unos segundos tuvo algo que objetar:

—¿Tan urgente es, señor McLean? Tengo una visita que me está haciendo importantísimas declaraciones y…

—Bien, bien. Iré enseguida. En media hora estoy ahí.

Lee colgó el aparato con un gesto de disgusto.

—Lo siento —miró a Dolores—. El fiscal me llama con urgencia. No sé qué me querrá; aunque me ha asegurado que me entretendrá muy poco. Hágame el favor de quedarse aquí y no se mueva por nada del mundo. Griselda la atenderá en lo que precise. Se lo diré ahora mismo.

Pero en la oficina del fiscal no había nadie a excepción de una mecanógrafa que lo miró con asombro al verlo entrar a una hora tan intempestiva.

—¿Dónde está el señor McLean?

—¿El señor McLean? —repitió la joven—. Pero… ¡si hace más de tres horas que se marchó! Yo me quedé porque había un trabajo urgente que terminar y…

—Pues el fiscal me llamó hará cosa de media hora. El tiempo que he tardado en llegar hasta aquí. Me dijo que me esperaba con impaciencia. ¿Cómo se explica usted eso, Dottie?

—Mire, señor Clayden —opinó la mecanógrafa—. Cosas de algún bromista que habrá querido divertirse a costa suya.

—Pues el primero de abril[2] ha pasado ya; de modo que…

Lee se interrumpió de repente. Su rostro tomó una expresión alarmada, tanto, que también la estenógrafa se asustó.

—¿Qué le ocurre ahora, señor Clayden? —preguntó, temerosa.

Pero en lugar de contestar, él se abalanzó sobre el teléfono. Cogiendo el aparato, disco apresuradamente un número.

Dos minutos más tarde, colgó. Miró a la empleada:

—Dottie, soy el imbécil mayor del mundo. Llame a la Policía. Dígales que vayan a toda velocidad a mi casa.

—¿Cómo ha dicho?

Lee ya estaba en la puerta.

—Haga lo que le he ordenado, Dottie. No pierda un segundo. Y luego continúe marcando mi teléfono…; aunque dudo que esto sirva ya para algo. A estas horas hay por lo menos un muerto en mi propio domicilio.

Y desapareció con la velocidad de un relámpago. Durante unos segundos, la mecanógrafa contempló la puerta como hipnotizada. Pero muy pronto salió de su abstracción.

Lee se metió en su coche y arrancó a una velocidad suicida. Algunos conductores comenzaron a pensar, y aun decir, cosas muy poco gratas para aquel loco del volante que conducía frenéticamente, sin tener en cuenta para nada las señales del tránsito.

Esquivó milagrosamente un pesado camión de transporte, cuyo chófer se vio obligado a frenar en seco, clavando las seis ruedas en el asfalto. La imprevista maniobra cogió desprevenido al coche que le seguía, el cual se incrustó con enorme ruido de hierros machacados en la zaga del enorme vehículo. Los ecos del accidente llegaron a Lee, más éste no hizo el menor caso. Una sirena policíaca surgió repentinamente de entre el rumor de la circulación. Lee hundió más todavía su pie en el acelerador.

El bramido de la sirena aumentó de tono. Lee no hizo el menor caso. Por el contrario: le convenía que le persiguieran. Así tendría el

paso libre y podría avanzar con mayor velocidad.

Conduciendo con una mano, llevó la otra al salpicadero. Todas las luces del coche comenzaron a oscilar. Los demás automóviles se apartaban o frenaban al verlo venir. El coche policíaco le seguía implacable; mas no podía alcanzarle.

Llegó a su domicilio en un tiempo récord. El clamor de la sirena decreció bruscamente, cuando el coche patrullero viró, cerrándole el paso. Pero ya la maniobra era innecesaria.

Un agente salió, mirándole con muy malos modos:

—¡Oiga, amigo! ¿Sé que ha confundido las calles de Nueva York con las Quinientas Millas de Indianápolis?

En aquel momento, el ruido de otra sirena sonó a lo lejos.

«Buena chica esa Dottie», pensó Lee, Luego se dirigió al guardia.

—Me llamo Lee Clayden. Vengan conmigo. Tengo vivas y fundadas sospechas de que en mi casa se ha cometido un asesinato.

—¿Un asesi…? —La mandíbula, le colgó repentinamente al asombrado guardia—. ¿Usted es el hijo de Allan B. Clayden?

—El mismo; pero aquí estamos perdiendo un tiempo precioso. Síganme. ¡Pronto! —Les acució.

Sugestionados por las palabras del joven, dos de los agentes echaron a correr tras él. El otro coche se acercaba más y más.

Lee hubiera querido empujar el ascensor: tal era su impaciencia. Abrió la puerta con un tremendo ímpetu y atravesó el corredor en dos saltos.

Apenas penetró en su apartamento, un típico olor le llegó inmediatamente a la pituitaria.

—¡El gas! —gritó, y se arrojó hacia la cocina.

Procurando no respirar, saltó por encima de la desvanecida Griselda, tumbada al pie del horno. No perdió tiempo en abrir la ventana. Con el codo hizo saltar los cristales.

Uno de los agentes estaba en la puerta.

—¡Ayúdeme! —le pidió Lee.

También el segundo policía les echó una mano. Griselda era sumamente pesada; pero al fin fue depositada en el diván. Una de las ventanas fue abierta y el aire puro y fresco penetró a torrentes en el «*living*». El joven regresó a la cocina y cerró las espitas del gas, totalmente abiertas. Regresó junto a su ama de llaves.

—Parece que respira, señor —dijo uno de los agentes.

Lee, impaciente, tomó una de las muñecas de Griselda. El pulso era débil, más perceptible y regular. Suspiró aliviado.

Pero, de repente, arrojó una mirada en torno suyo.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¿Dónde está quien, señor Clayden?

Lee no contestó. Dando media vuelta, se dirigió a grandes zancadas a su dormitorio. Sin necesidad de entrar, supo que estaba vacío. El de Griselda igualmente, así como el resto de las habitaciones.

Sólo quedaba una por mirar y ya desde la puerta Lee adivinó cuál había sido el desdichado fin de Dolores Salinaz.

El guardia que le siguiera, en tanto el otro atendía a Griselda, miró por encima de su hombro y vio unos pies sobresalir de la bañera.

—¡Cielos! —exclamó, estupefacto.

Lee dio un par de pasos lentos, adentrándose en el baño. En aquel momento se oyeron voces en el «*living*».

—Salga a recibirlos, agente —ordenó Lee—, y dígales que el cadáver está aquí.

—Sí, señor.

Pasos rápidos sonaron cuando los recién llegados acudieron.

—¿Qué es esto, Clayden?

El joven se volvió. Conocía al teniente Staunton, de la Brigada de Homicidios.

—Ah, ¿es usted? Pase, pase, y verá la nueva forma de asesinar a la gente.

Staunton renegó al ver el cadáver, casi totalmente sumergido en el agua que llenaba la pileta.

—¡…! —Y cuando se hubo desahogado, inquirió—: ¿Quién es? O, mejor dicho, ¿cómo se llamaba?

Pero Lee no contestó directamente. Musitó, como si hablara consigo mismo:

—Un modo muy original de asesinar. La víctima apenas si tiene defensa. Basta un simple, rápido y enérgico empujón, para hacerla caer dentro de la bañera. Luego el criminal la coge por los tobillos y la sostiene así durante unos minutos, los suficientes para producir la muerte por asfixia. Y no es preciso ser muy fuerte. La víctima queda encajonada literalmente, sin posibilidad alguna de salir por sus

propios medios. Sencillo, ¿eh?

El teniente Staunton se echó hacia atrás el sombrero, y en su voz había una leve nota admirativa:

—Confieso que he visto morir a mucha gente y de las maneras más disparatadas posibles. Pero, a decir verdad, jamás se me hubiera ocurrido tal idea. Siempre que vi un asesinato dentro de la bañera, el criminal había inmovilizado la cabeza de su víctima por el método clásico: sujetándola por la garganta. Pero así, nunca. Uno pensaría inmediatamente si se trata de un accidente. La señora Salinaz vino aquí a rehacer su tocado, resbaló, perdiendo pie y… Bueno, señor Clayden, ¿cómo se le ocurrió a usted?

Lee apoyó su mentón en una mano y miró al techo.

—Ahora no lo recuerdo bien —contestó—. Pero en Londres, hará un par de años más o menos, hubo un individuo que se deshizo de un par de sus esposas por este mismo método. Durante el juicio, el defensor sostenía que se trataba de meros accidentes. Pero ¿sabe qué hizo el fiscal? Mandó traer ante el tribunal (allí mismo, sí, no lo dude, Staunton) una bañera de las mismas características que aquélla en que habían muerto las dos o tres esposas del fulano aquel, porque ahora no recuerdo si fueron dos o tres, dicha sea la verdad. La bañera fue llenada, de agua y después el fiscal mandó venir a una matrona de la Policía, previamente advertida, claro está. Un rápido empujón, una firme presa en los tobillos y… Bueno, la tuvieron que sacar más que aprisa, porque si no la pobre mujer se ahoga allí mismo, a la vista de todos: juez, fiscal, defensor, acusado, público y jurado. Naturalmente, el veredicto no podía ser más que uno y no es preciso que le diga cuál fue[3], ¿verdad, Staunton?

—Es usted un tío de una vez —ponderó el policía con admiración—. Le juro que a mí no se me hubiera ocurrido otra hipótesis que la del accidente.

—Cuando venga el forense, fíjese en la cara de la muerta. Verá que tiene un golpe o dos. Claro, así pierde el conocimiento y muere ahogada. Un vulgar accidente doméstico, ¿comprende?

—Ahora sí, la verdad sea dicha. Pero ¿por qué la mataron, señor Clayden?

—Se lo diré más adelante. En la oficina del fiscal. Ahora procure buscar todas las huellas posibles y mande venir al forense y a los fotógrafos.

En aquel momento, un policía se asomó a la puerta:

—Señor Clayden, la otra mujer ha recuperado el conocimiento.

—Gracias. Llame por teléfono y pida una ambulancia. Le vendrán bien un par de días en el hospital. Voy allá.

—Sí, señor Clayden.

Lee se arrodilló al lado de Griselda, tomándola una de sus manos. Ya hacía mucho tiempo que la tenían a su servicio y la consideraba, casi como de la familia.

—¿Cómo se encuentra, Griselda? —inquirió.

—Mejor, mucho mejor —contestó el ama de llaves con voz muy débil:

—¿Puede contarme cómo ocurrió la cosa? Si no se siente con fuerzas, déjelo para otro rato. Hemos pedido una ambulancia y la llevarán al hospital para que se reponga del todo.

—¿Por qué? Dentro de unas horas me encontraré bien. No era preciso que…

—Vamos, vamos. Su vida es muy preciosa para mí, Griselda. Si usted muriera, ¿quién me haría los pasteles de manzana? No encontraría otra sustituía igual. Ande, cuénteme cómo fue.

—Pues… Si casi no lo sé… Llamaron a la puerta al cuarto de hora de haberse ido usted. Abrí y… ¿quién se lo iba a suponer? Entró un tipo que, antes de que pudiera decirle nada, me golpeó la mandíbula con el puño. ¡Cielos! Parecía la coz de una mula… Bien, ya no sé nada más hasta que me desperté en el diván. ¿Qué… qué pasó después?

—Pues que el tipo aquel abrió la espita del gas, Griselda. Por poco no lo cuenta usted.

—¡Oh! ¿Y… la señorita Salinaz? ¿Ha… ha muerto?

Lee inclinó la cabeza:

—Pues, sí —repuso apesadumbrado. Luego miró a la mujer—. Pero no se preocupe. Usted a descansar y a reponerse. Es lo más importante. Por la otra ya no podemos hacer nada.

—¡Pobre! —se lamentó Griselda—. Parecía tan simpática.

En aquel momento, Lee recordó algo de súbito. Se levantó y, sin decir nada más, volvió a donde estaba el teniente Staunton investigando.

—Necesito saber una dirección. ¿Quiere telefonear para que me la averigüen?

El policía lo miró inquisitivo:

—¿Es muy urgente?

—Tan urgente —contestó Lee, firmemente—, que es muy probable que esta misma noche se cometa o haya cometido otro asesinato.

—¡Cuernos! —Gruñó Staunton—. Pues sí que… ¡Vamos al teléfono!

En tanto que el policía hablaba, siguiendo las indicaciones del joven, éste permanecía a su lado, visiblemente impaciente. Al fin llegó la respuesta y Lee se dispuso a salir.

—¿Adónde va usted, señor Clayden?

—A ver a esa persona, naturalmente.

—Pero no solo. Yo iré con usted. ¡Sargento Nicholson! Quédese aquí hasta la llegada del forense y los expertos en huellas.

—Sí, teniente.

En tanto que descendían por el ascensor, Lee murmuró:

—No es necesario que use la sirena, Staunton.

—Entendido —y así se lo transmitió éste al conductor del coche policial, que arrancó, cuando apenas se habían sentado en su interior.

—¿Lleva usted armas? —inquirió, de pronto, el policía.

Lee denegó, maldiciéndose por su descuido. Staunton sonrió y le entregó una pesada automática, sin decir palabra. El joven comprobó la carga y ya no habló hasta que llegaron al lugar deseado.

Se apearon de un salto. Staunton se volvió hacia el conductor:

—Si oye usted disparos llame refuerzos enseguida; sin perder un segundo —le recomendó.

La casa era antigua, de cuatro pisos, construida de ladrillos. Lee y el teniente se precipitaron por la escalera; pero cuando todavía se encontraban en el rellano del tercer piso, oyeron pasos y maldiciones sofocadas encima de ellos. Alguien soltó un gruñido de dolor.

De repente, tres hombres se les aparecieron a muy pocos metros de distancia. Uno de ellos, era evidente, no iba de buen grado.

—¡Quietos ahí! —ordenó Lee, vibrantemente, enseñando la pistola.

Pero, en lugar de obedecer, los dos forajidos obraron de una

manera totalmente inesperada y que cogió por completo de sorpresa a los recién llegados.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos «gánsters» agarraron a su prisionero, manejándolo con suma facilidad, ya que era de poca estatura. El hombrecillo chilló y se debatió al darse cuenta de la horrible suerte que le esperaba. Sin embargo, no la pudo esquivar.

Salió por encima de la barandilla. Su grito se fue alejando a medida que descendía cada vez con mayor velocidad. Y luego, un sordo choque llegó hasta los oídos de Lee con perceptible claridad, cortando el alarido de muerte en seco.

Los forajidos sacaron sus pistolas a continuación. Sin embargo, ya no podían hacer nada. Las dos automáticas de Lee y el teniente, llamearon estruendosamente, vomitando plomo y fuego.

En medio de los estampidos de los disparos, que hacían trepidar las paredes, los gritos de muerte de los asesinos se oyeron con toda claridad. Sin poder desenfundar sus armas, cayeron abrasados, en trágico y sangriento montón, rodando unos cuantos escalones antes de llegar al rellano en donde se inmovilizaron en la trágica quietud de la muerte. Rojas manchas se fueron extendiendo lentamente por debajo de sus ya flácidos cuerpos.

Mientras que Staunton examinaba los cadáveres de ambos «gánsters», Lee descendió las escaleras con toda rapidez, apartando con brusquedad a los curiosos que comenzaban a asomarse a las puertas de los pisos. Llegó abajo en un tiempo increíblemente breve.

Pero cuando se arrodilló al lado del cuerpo desmadejado, supo que Al Darnish, el *manager* de Harpo Salinaz, no hablaría más. Había sido silenciado rápida y eficazmente, y su muerte hacía sido instantánea.

CAPÍTULO VI

—¿A quién debo anunciar? —inquirió, ceremonioso, Baptiste.

Pero se le anticipó la dueña de la casa:

—No es necesario, Bap. Pase, señor Clayden.

Lee observó detenidamente el rostro de la joven, y le pareció ver disipadas las pequeñas nubes tormentosas que aparecieran la tarde anterior cuando se despidiera de ella para hablar con Dolores Salinas. Alargó su mano y Josephine se la estrechó con discreto calor.

—Venga. Iremos a mi estudio. Bap, ¿quiere servirnos unas bebidas?

De nuevo vestía Josephine su atuendo de trabajo. Se sentó en un amplio diván y con una deliciosa sonrisa invitó a Lee a hacer lo propio. No tardó mucho en venir el mayordomo con las bebidas y cuando de nuevo quedaron solos, ella fue la primera en romper el silencio.

—Sé que ayer no me porté muy bien con usted. Después de haberlo dejado, me pareció que mi conducta había sido la de una niña mal educada.

Dejando el vaso sobre la mesita situada a su alcance, Lee sonrió:

—Oh, no tiene la menor importancia. Además —y mintió galantemente—, yo no noté nada en absoluto.

—¿De veras? —Josephine pareció respirar aliviada. Luego continuó—: Ahora comprendo que la señora Salinaz tuviera tanto que hablar con usted. Me enteré de lo sucedido esta mañana por los periódicos. ¡Debió ser horrible!

Lee encendió un cigarrillo, sumamente pensativo:

—No fue muy agradable que digamos. Pero ello le dará una idea del poder y de la falta de escrúpulos de esa banda. ¿No sabe que hubo otro asesinato ayer tarde?

Las manos le temblaron visiblemente a Josephine.

—¿Cómo dice? —exclamó, atónita.

—Al Darnish, el *manager* de Harpo Salinaz fue arrojado ante mis propios ojos por el hueco de una escalera.

—¡Oh! Pero ¡eso es terrible! ¿Y qué fue de sus asesinos?

Lee expelió el humo rabiosamente:

—Sufrieron en el acto el condigno castigo que se merecían.

Lee no hubiera querido decir nada; más ante la apremiante insistencia de la joven, hubo de acceder, paliando la crudeza de lo ocurrido en cuanto le fue posible. Josephine escuchó con los ojos muy abiertos el relato, y cuando Lee terminó, no pudo contenerse.

Prendió una de sus manos, en impulsivo gesto, con las suyas:

—Por favor, señor Clayden —dijo—, tenga cuidado; mucho cuidado.

—Ya lo procuro —contestó él, sonriendo—. Pero ¿por qué tanto interés por mi humilde persona?

El rostro de Josephine se tiñó de un súbito carmín. Bajó sus párpados sombreados por larguísimas pestañas.

—Es que… —titubeó antes de decidirse—, a fin de cuentas usted me salvó de algo muy desagradable. ¿No he de estarle agradecida? Naturalmente, he de desear que no le pase nada malo —y de repente, sonrió maliciosamente—. ¿O acaso es pecado?

Lee soltó una alegre carcajada. Una extraña sensación invadía su espíritu y no hizo nada porque Josephine soltara sus manos.

—Ni mucho menos —repicó—. No podía, haberme dicho palabras que me alegraran más. Y ahora…

Lee iba a añadir que debían continuar la conversación cortada el día anterior por la súbita irrupción de la señora Salinaz, cuando unos nudillos sonaron discretamente en la puerta. Enrojeciendo de nuevo, Josephine soltó la mano del joven y concedió permiso.

El hierático mayordomo apareció en la puerta:

—Señora, la señorita De Sitter desea ser recibida.

Al ayudante del fiscal no se le escapó el gesto de desagrado que apareció repentinamente en el rostro de su huésped.

—Está bien —decidió al fin—. Condúzcala a la biblioteca; hágame el favor, Bap.

—Como guste la señora —se inclinó el mayordomo, retirándose.

Josephine, sonriente, se volvió hacia Lee.

—¿Tendrá la amabilidad de excusarme unos minutos, señor

Clayden?

Él asintió. Cuando la puerta se hubo cerrado, tomó de nuevo un sorbo de su vaso, apenas probado y comenzó a pasearse por el estudio. Admiró las obras pintadas por la dueña de la casa; pero de repente, el rumor de un diálogo, le hirió los tímpanos.

En los primeros momentos, miró desconcertado en torno suyo. No sabía de dónde le podían llegar los sonidos. Sin embargo, poco a poco, fue localizando el lugar de donde procedían.

Había en una de las paredes del estudio una antigua chimenea, ahora apagada y quizás inútil, salvo como adorno, a consecuencia de los modernos sistemas de climatización. Pero era allí donde se podía escuchar perfectamente el diálogo, un poco oscuro de tono acaso, más claramente audibles y diferenciables ambas voces.

—De modo que te interesas por ese fiscalillo, ¿eh, Joss? —decía la visitante.

—¿Te importa mucho? —inquirió Josephine, orgullosamente—. Cordelia, si solamente has venido para decirme eso…

Lee respingó. Cuando anunciaron la visita, el apellido De Sitter le había parecido vagamente conocido. Al relacionarlo con el nombre oído, reconoció instantáneamente a la famosa y espectacular estrella cinematográfica. No obstante, dejando a un lado sus divagaciones, aplicó de nuevo el oído.

—No, Joss. Pero he de decirte que la amistad de ese fiscalillo no te conviene en lo más mínimo.

Lee se imaginó a la joven irguiéndose altivamente.

—¿Desde cuándo te has convertido en tutora mía? ¿Quién te manda a darme consejos, sean de la clase que sean? O, ¿son amenazas, quizá?

—Joss, no hace muchos días estuviste a punto de sufrir algo muy grave. Aquello te ocurrió por, francamente sea dicho, meterte en lo que no te importa. Tuviste suerte de que el fiscalillo asomara las narices en el momento preciso y enviara a tus dos visitantes al infierno. Pero no siempre ocurrirá así; tenlo presente.

A Lee le chocó sobremanera el desgarrado lenguaje de la estrella. También le extrañó una palabra repetida en más de una ocasión. «Fiscalillo», había dicho Cordelia. Igual que aquellos dos «gangsters» que expulsara de su domicilio. El joven frunció el ceño. Pero continuó escuchando.

—Cordelia —repuso Josephine—, durante muchos años no supimos la una de la otra sino a través de las páginas de la prensa. ¿Puedes decirme a qué es debido tu súbito interés por mí?

La voz de la artista pareció dulcificarse:

—Joss, aunque, como tú has dicho, estuvimos mucho tiempo sin vernos, no por ello dejo de tenerte cariño. No quisiera que te ocurriera nada malo y…

—Eso es cuenta mía, Cordelia. Y si no tienes nada más que decirme…

—¡Joss! —gritó en aquel momento, excitada, la estrella—. ¡Deja a Clayden! ¡Déjalo! ¡Olvídalo! No es hombre para ti. Tú eres de sobra hermosa, y rica por añadidura para no encontrar otro hombre que sea tu igual; no un pobretón como ese fiscalillo. Te traerá la ruina. ¡Despídelo! ¡Que se vaya y que nunca más te vea! ¡Hazme caso, Joss; te lo suplico! Eres joven y es lógico que no quieras condenarte a una eterna viudez. Búscate otro hombre…

—¿Un Pierce Millman Número Dos? —exclamó, irónicamente, Josephine—. No. Gracias. Con el primero tuve bastante. Todavía no sé si quiero o no a Lee Clayden. Aún no estoy segura de mis sentimientos hacia él; pero ten en cuenta que me sería muy difícil hallar una persona igual…

Lee tuvo que dejar de escuchar a la fuerza. Lanzando una mental imprecación, abandonó su puesto de observación auditiva y en dos saltos se plantó en el centro del estudio, adoptando una postura indiferente. Unos nudillos acababan de sonar.

—¡Adelante! —exclamó.

—Para el señor —dijo.

—¿Para mí? —exclamó Lee, estupefacto—. Pero ¿quién sabe que me encuentro en casa de la señora Millman?

A Baptiste Le Troeur no le estaba permitido encogerse de hombros, por lo que se limitó a murmurar:

—Su nombre aparece escrito en el sobre, señor Clayden.

Éste tornó la carta.

—Gracias. Puede retirarse.

Rasgó el papel con nerviosos ademanes. Fijos sus ojos en la carta que acababa de recibir, no se dio cuenta de que Baptiste le observaba desde la puerta entreabierta y que cerró totalmente, con una especulativa expresión en su rostro, apenas vio que el joven

empezaba a leer.

> «¿Es usted aficionado al deporte, Fiscalillo? Le convendría asistir esta noche al combate entre Finney "Gun" Bothwell y "Torpedo" Hanson. Examine, por simple curiosidad, los guantes del primero. Le adjuntamos una localidad. Un amigo de Salinaz».

Durante unos momentos, Lee estudió pensativamente la misiva y luego el boleto de acceso. La pelea no se celebraría en el Madison, sino en una sala de segunda categoría, el «Manooga Arena».

Se paseó meditabundo. Incluso se le había borrado de la mente el hecho de que a pocos metros de él estuvieran discutiendo visitante y visitada. Aquella inesperada carta le había sumido en un mar de contradictorios pensamientos, que se resolvieron pocos minutos después cuando, con aire decidido, se sentó junto al teléfono que había en la mesita.

Primero disco un número por el que habló brevemente. Luego, llamó a otro lugar y en esta ocasión, su conferencia fue algo más larga, Hubo de repetir varias veces las cosas a fin de que su interlocutor quedara bien enterado del asunto y, con un suspiro de alivio, colgó. Ya sólo tenía que aguardar la hora del combate.

Apenas había terminado de telefonear, entró Josephine. Lee se dijo que era buena actora porque se dirigió a él sonriente, como si no hubiera ocurrido nada de particular. La muchacha alargó sus dos manos y el ayudante del fiscal se las tomó afectuosamente.

—Lamento haberle hecho esperar tanto tiempo, señor Clayden —dijo ella.

—Se encuentra usted en su casa —repuso él, galantemente—. Y ahora si me lo permite… ¿Tiene algún compromiso para esta noche?

Con los ojos brillantes, Josephine denegó.

—¡Espléndido! —aprobó él—. ¿Le gusta el boxeo?

—Pues… no mucho, la verdad sea dicha.

—Oh, es cosa de tres cuartos de hora a lo sumo. He reservado dos localidades en el «Manooga Arena». Solamente veremos un combate.

Josephine pareció comprender.

—Creo que le voy entendiendo, Lee… ¡Oh, perdón, señor Clayden!

—¿Por qué? —Se enfadó él—. ¿Por qué un tratamiento tan ceremonioso? ¿Acaso soy un venerable anciano de luenga y plateada barba?

Josephine se echó a reír. Sentía unas lejanas campanitas de plata en su corazón.

—De acuerdo… siempre que usted me corresponda. Me llamo Josephine; pero mis amigos me dicen Joss a secas. Aguárdeme unos momentos. Me cambiaré de ropa en un santiamén.

—Encantado, Joss —repuso Clayden, mirándola intensamente.

Ella se sonrojó repentinamente, y desasiéndose dio media vuelta.

Aún tuvo Lee que esperar un buen rato, pero, cuando al fin, apareció Josephine, radiante de hermosura, él dio por bien empleada la impaciente espera. Ella vestía un traje negro, amplio de vuelo, a cuya falda le faltaban veinte centímetros para llegar al suelo. En cierto modo, Lee era algo anticuado, por lo que le agradó sobremanera el discreto escote del vestido. Una capa de pieles completaba el tocado de Josephine, la cual, con delicioso gesto, se colgó del brazo de Lee.

—¿Dónde va a satisfacer mi caballero andante el feroz apetito de su hambrienta dama?

—Hay un lugar —contestó Lee, rebosante de satisfacción—, muy cerca del «Manooga Arena». Se come bien y, lo que es más importante para un hombre que tiene que vivir de su sueldo, baratito. ¿No tendrá usted inconveniente en descender unos cuantos peldaños?

La joven comprendió al momento la alusión:

—Yendo en su compañía, Lee, cualquier sitio es bueno. ¿Vamos? El coche nos está aguardando a la puerta.

—¿Con chófer? —se alarmó él, en tanto andaban ya.

Ella denegó con delicioso mohín. Lee suspiró aliviado y Josephine soltó una cristalina carcajada al notar el detalle.

Dos horas más tarde, después de haber pasado un rato maravilloso, entraban en el local donde se celebraban los combates de boxeo. A Lee no dejó de extrañarle que «Gun» Bothwell peleara allí; pero se dijo que el pugilismo tenía misterios insondables.

El «Manooga Arena» era bastante más pequeño que el Madison,

mas, no obstante, aún era bastante grande. Y su atmósfera era la misma que la de todos los lugares similares: gritos, aullidos, ladridos de los megáfonos, alaridos de los vendedores ambulantes y densa atmósfera, no ventilada suficientemente, contrapunteado todo ello por el metálico tañido de la campana a intervalos regulares.

Se acomodaron en el lugar elegido, en la fila octava. Desde el punto en que se encontraban, Lee miró disimuladamente, hallando, como suponía, una butaca vacía, a relativa poca distancia. Se dijo que convenía no perder de vista, aquel lugar y luego se dedicó a atender a la muchacha.

En aquellos instantes, el teniente Staunton cruzaba los pasillos, dirigiéndose a los vestuarios de pugilistas. Le seguía el sargento Nicholson, el cual portaba una gran caja cuadrada de cartón, debajo del brazo.

Caminaron con paso elástico y decidido durante unos momentos, hasta encontrar el vestuario buscado. Sin molestarse en pedir permiso, el teniente hizo girar el pomo de la puerta.

Les salió al paso un colérico masajista.

—¿Qué demonios…?

Staunton enseñó al descuido su placa.

—Policía —dijo secamente, y el otro se retiró amedrentado—. ¿Dónde se encuentra McPennor?

En un rincón del vestuario, Bothwell se disponía a calzarse los guantes, ayudado por el interpelado. Éste dejó a su «poulain» para acercarse al teniente.

—Aquí me tiene, agente —exclamó, de mal talante.

—Nada de eso. Teniente Staunton, de la Brigada de Homicidios. Me acompaña el sargento Nicholson.

—Tanto gusto —gruñó McFennor, con cara de todo lo contrario —. ¿Qué tripa se les ha roto por aquí? No se ha cometido ningún crimen, que yo sepa. De modo que ya se están largando…

Pero Staunton no hizo el menor caso de McFennor.

—No se ha cometido; pero nosotros venimos a evitarlo. ¿No sabe que, en cierto modo, también se nos paga por eso?

—¡Usted está loco! —refunfuñó el *manager*, muy airado.

—Puede —repuso el teniente, con todo descaro—. ¿Dónde están?

—¿Dónde están, qué? —preguntó McFennor.

—Los guantes.

—Teniente —McFennor se puso las manos en las caderas, al borde del grueso jersey de lana, que llevaba a pesar del calor reinante en aquellos lugares, y en cuya espalda se veían sus iniciales —, si no se explica mejor.

Staunton extendió su brazo y apartó a un lado al *manager*, dirigiéndose hacia Bothwell, que tenía puestos los guantes, faltándoles solamente el ser anudados con las cintas que pendían laciamente.

—Quítese esos guantes —ordenó el policía, secamente.

Bothwell lo miró estúpidamente. Luego consultó con la vista a su *manager*.

—Oiga… —empezó a protestar éste.

Pero Staunton continuó haciéndole el mismo caso que hubiera hecho de una hormiga. Con dos rápidos movimientos dejó las manos del púgil desnudas, apropiándose de los guantes. Luego se volvió:

—Nicholson —ordenó—, saque los guantes que hemos traído.

—Sí, señor —contestó el sargento indiferentemente.

Y con perfecta tranquilidad, como si todo aquello no fuera con él, deshizo el paquete en la mesa de masaje, del que extrajo una pareja de guantes.

—Déselos al señor McFennor —continuó el teniente quien, acto seguido, agregó—: Por si duda de nosotros, le diré que están precintados y contrastados por la Liga Atlética del Estado de Nueva York y que tienen el peso adecuado a la categoría de su pupilo. Buenas noches, señor McFennor.

El *manager* abrió la boca para reclamar; pero ya los dos policías habían desaparecido. Y en lugar de protestar, lanzó tal ración de juramentos e imprecaciones, que Bothwell y el otro se refugiaron en un rincón, completamente amedrentados. Nunca habían visto a su jefe de aquella manera.

En el corredor, Staunton olisqueó los guantes arrugando la nariz. Luego los arrojó al interior de la caja que Nicholson sostenía abierta en ambas manos.

—¡Uf! —rezongó—. Llévelos al Departamento de Medicina Legal. Ya sabe lo que tiene que hacer. Yo me quedo aquí.

—De acuerdo, teniente.

El combate de fondo era entre Bothwell y «Torpedo» Hanson, un boxeador que estaba casi en el principio de su carrera; pero que, no obstante, ya contaba con señalados triunfos. McFennor no había podido hacerse con él y no le convenía la ascensión de la futura nueva estrella. Por tal motivo había aceptado, y aun procurado, que su pupilo combatiera en aquel local.

Y Bothwell fue batido ignominiosamente aquella noche. «Torpedo» Hanson no tuvo apenas para comenzar con él. Jugó con su antagonista como el gato con el ratón y, cuando le pareció oportuno, lo envió al país de los sueños de un terrorífico derechazo que lo hizo planear toda la longitud del cuadrilátero, antes de tocar con sus espaldas la lona.

Mientras duró el combate, Lee no dejó de arrojar frecuentes miradas sobre la butaca vacía. Josephine no pudo menos que advertir la ansiedad de su acompañante, más supo ser discreta.

En algunas ocasiones, Josephine se sintió atraída por las fases de la pelea. Estudió con interés los rostros de ambos contendientes: pálido y denotando claramente la desmoralización de que estaba poseído, el de Bothwell; sereno y seguro de sí mismo, aunque sin orgullo alguno, el de Hanson.

Cuando más descuidada se encontraba, notó un súbito estremecimiento en el cuerpo de Lee, transmitido por el contacto de su codo. Mirando en la misma dirección que el ayudante del fiscal, se dio cuenta de que al fin, la butaca vacía se había ocupado.

Lee se sobresaltó al observar el detalle. Y quiso ponerse en pie.

—¿A dónde va usted? —inquirió Josephine.

La interrumpió un súbito griterío. Los ocupantes de las butacas posteriores se quejaban y en forma no muy correcta, precisamente.

Lee se sentó, vacilando sobre lo que debía hacer.

—¿Qué le ocurre? ¿Pasa algo grave? —preguntó Josephine, alarmada.

—No sé. Lo mismo puede pasar que no. —Y el joven se mordió el labio inferior.

En aquel momento, «Torpedo» Hanson concluyó con las últimas esperanzas que hasta entonces mantuviera Bothwell. Cuando el árbitro terminó su cuenta, un fenomenal escándalo se organizó en el «Manooga Arena», procedente, en su mayoría, de los defraudados jugadores que habían confiado en el vencido. El ganador saludó,

acompañado por unos cuantos aplausos, y se retiró prestamente, escoltado por media docena de fogonazos de magnesio. Sobre el *ring* comenzaron a caer cáscaras de naranja y cacahuete y tapones de las gaseosas consumidas, junto con monedas de ínfimo valor.

Soportando la lluvia de improperios, los cuidadores del perdedor, se lo llevaron, aún inconsciente, a los vestuarios. Lee ayudó a Josephine a ponerse la capa de pieles y apenas lo hubo hecho, no pudo contener una nueva mirada hacia la obsesionante butaca.

El corazón se le paralizó en el acto. El ocupante del asiento estaba inmóvil, con la cabeza doblada sobre el pecho. Había ocurrido lo que tanto temiera.

—No se mueva —rogó—. Vuelvo enseguida.

Hendió la masa humana con ímpetu y otro hombre se le unió en sus esfuerzos: el teniente Staunton.

—Me parece que llegamos tarde, señor Clayden —gruñó el policía.

Los dos hombres se abalanzaron sobre el espectador. Un redondo agujerito le aparecía en el pecho. La gente comenzó a arremolinarse, dándose cuenta de lo que sucedía. Comenzaron a llegar agentes de uniforme.

Con hábiles dedos, el teniente palpó el pecho del espectador. Todavía respiraba.

—¡Una ambulancia, aprisa! —pidió al primer policía que se le acercó. Y volviéndose a Lee, le dijo—: Creo que salvaremos su pellejo. La bala le dio un poco alta.

En aquel momento se les unió Josephine, la cual esbozó un gesto de horror al ver al hombre, aparentemente muerto. Por puro instinto, se oprimió contra Lee, el cual la rodeó el talle, sin que ella protestara.

—Tenía usted razón, señor Clayden —masculló el teniente—. La invitación era de mal agüero. ¡Menuda vista tuvo usted!

—A propósito —inquirió Lee—, ¿y…?

Staunton le guiñó un ojo:

—No se preocupe. Nicholson es de fiar. A estas horas hay un médico que los estudia en el Departamento de Medicina Legal.

Pero el teniente se engañaba de medio a medio. Porque el sargento Nicholson solamente conservaba la caja vacía, y en

aquellos momentos trataba de ponerse en pie, mareado por completo, en medio de un callejón sin salida, lleno de desperdicios y basuras, a consecuencia de un fortísimo culatazo descargado sin ninguna clase consideraciones. La prueba de las trampas de McFennor había sido hecha desaparecer.

CAPÍTULO VII

Arrojando despreocupadamente el costoso abrigo de pieles en los brazos de Jeannie, su doncella de color, Cordelia de Sitter cruzó el vestíbulo de su apartamento y pasó al «*living*».

Éste se encontraba a oscuras, aun cuando podía verse gracias a la claridad que penetraba de la habitación inmediata. Para lo que quería hacer Cordelia, la luz era más que suficiente.

Sin embargo, apenas se había inclinado sobre la mesita en que se hallaba el servicio de licor, se sobresaltó. Una lámpara se había encendido a sus espaldas.

Cordelia se volvió rápidamente.

—Buenas noches —dijo la voz del hombre que estaba sentado en una amplia butaca, frente a ella—. ¿Cómo se encuentra?

—¿Qué ha venido a hacer usted en mi casa, señor Clayden? —inquirió Cordelia con dureza—. ¿Quién le ha dado permiso…? Pero ya comprendo. Ahora mismo llamaré a Jeannie y la desped…

—No, no, no —Lee movió la cabeza a compás—. No podrá hacerlo porque la chica está ya en la calle. Es su día de salida; ¿no lo recuerda?

—Está bien —murmuró de mala gana—. Acabemos de una vez. ¿Qué es lo que desea de mí?

—La encuentro un poco nerviosa, señorita De Sitter. Normalmente, usted es mucho más… ¿cómo diría yo? Ah, sí. Mucho más dueña de sus sentimientos. ¿Le ocurre algo de particular?

Los ojos de Cordelia brillaron.

—No me ocurre nada; mas aun cuando así fuera, ¿cree que podría importarle mucho, señor Clayden?

Lee soltó una breve risita, en tanto que contemplaba la figura de la artista. Cordelia vestía un espectacular traje de noche, rojo de arriba abajo, sin hombreras, rasgado en la parte derecha a partir de la rodilla. Sus únicos adornos eran tres broches de diamantes. Uno

en la sien izquierda; otro en el centro del escote, y el tercero en la abertura inferior del vestido, completado por unos larguísimos guantes de la misma tela que casi le llegaban a los hombros. El conjunto total, contrastando con la fulgurante cabellera rubia, la hacía parecer una llama viva. Lee se dijo que la vida de la estrella debía ser una lucha constante con la dieta y los masajes para no recibir ofensas de la báscula y, al mismo tiempo, conservar la perfecta figura que tanta fama la había dado. Pero continuó, dejando a un lado sus meditaciones.

—En cierto modo sí, señorita De Sitter. Parte de sus actividades me interesan puesto que, en cierto modo, se relacionan conmigo. No obstante, y antes de aclararle éstas, al parecer, oscuras palabras, ¿por qué no cumple usted con sus deberes de buena ama de casa y me ofrece un trago?

La expresión de Cordelia se dulcificó. Vertió *whisky* en un vaso alto, poniendo luego dos o tres cubitos de hielo.

—¿Soda? —inquirió, aún vuelta de espaldas.

—Un poco. Sin abusar. Después viene la hidropesía y…

Cordelia exhaló una argentina carcajada, que a Lee le sonó en buena parte a hueco. Pero alargó la mano cuando ella se le acercó, ondulando de la misma manera que si se hallara bajo los «sunlights»[4].

—Gracias, señorita De Sitter.

Ella se sentó a su lado, sobre el brazo del sillón. Lee tomó un sorbo y luego, dejando el vaso a su alcance, sobre una mesita próxima, extrajo una pitillera. Encendió un cigarrillo, más apenas había inhalado el humo, dos dedos larguísimos, rematados por sangrientas uñas, se lo arrebataron de la boca para colocarlo en la femenina. Repitió la suerte.

—Decíamos —murmuró Cordelia con voz mucho más suave, la que usaba en sus escenas amorosas en la pantalla—, que se interesa por ciertas actividades mías, según usted, con cierta relación con las suyas, ¿no es así? ¿Le molestará aclararme tales conceptos?

«En estos momentos está observando conmigo la misma actitud que con Tony O'Leach, su pareja artística, en "Pasiones de Siglos", su último éxito», pensó Lee quien, acto seguido y sin titubear, replicó:

—El otro día sostuvo usted una conversación con cierta

persona… —se interrumpió para, tapar la redonda rodilla que había quedado al descubierto y prosiguió—: y la verdad es que no salí muy bien parado en ella. ¿Puedo saber por qué se interesa tanto por mí?

Si Lee esperaba que la artista se enfureciera y soltara el chorro de los improperios, se llevó una sorpresa mayúscula porque ocurrió precisamente todo lo contarlo.

Al mismo tiempo que se incorporaba, Cordelia soltó una carcajada que duró varios segundos. Luego, con el cigarrillo humeando en una mano y la otra apoyada en la cadera, se plantó frente a él.

—Pero… ¡qué iluso es usted, fiscalillo! ¿Preocuparme yo por usted, abogadete de tres al cuarto? ¿Quién se ha creído qué es? Es la señora Millman la que me preocupa; métase eso en la cabeza. Que a usted le peguen cuatro tiros o que le hagan Presidente, me trae sin cuidado. ¿Me ha comprendido?

Antes de contestar, Lee concluyó de vaciar el vaso. Luego inquirió:

—Comprendo su lógico interés por la señora Millman. En su lugar, a mí me pasaría lo mismo. Sé los lazos que las unen…

—¿Cómo lo ha averiguado usted? —inquirió de repente Cordelia, perdiendo su expresión bienhumorada.

Lee hizo un gesto ambiguo:

—Es mi profesión, señorita De Sitter, no lo olvide.

Averiguar cosas de las personas; indagar acerca de ellas; conocer sus debilidades; en fin…

—Sí, ya lo sé —admitió ella, de mala gana—. Bueno, ¿y qué más?

Apoyando los codos en las rodillas, Lee exclamó de repente:

—El otro día usó usted, al referirse a mí, como en el momento actual, una palabrita que, la verdad sea dicha, no me gusta. ¿Quién se la ha enseñado? Porque he de advertirle previamente que el primero que me llamó «fiscalillo», fue un notorio «gangster» llamado Jay Scanton. Me choca la coincidencia, seamos francos.

El rostro de Cordelia se demudó súbitamente al recibir tan inesperado ataque. Pero, actriz al fin y al cabo, se rehízo prestamente. Sonrió:

—No sé a qué se refiere usted, señor Clayden. Habrá sido una

coincidencia, ¿no?

—Puede —contestó Lee sin comprometerse.

De repente, los ojos de Cordelia se abrieron desmesuradamente.

—Oiga —barbotó—, ¿cómo es que está usted enterado de la conversación que sostuvimos Josephine y yo? Porque yo sí sabía que usted había ido a visitarla. Pero usted se encontraba en el estudio.

Lee se recostó en el sillón, echándose a reír:

—Dígale a la señora Millman que sería muy conveniente destruir una de las dos chimeneas. La de la biblioteca o la del estudio. Ambas se comunican, ¿sabe? Tienen un cañón común que empieza a dos metros del suelo. La pared que las separa también es la misma para las dos; pero a dicha altura cesa y, naturalmente, los sonidos se perciben con toda claridad, lo mismo en una habitación que en otra. ¿Comprendido ahora?

Cordelia se mordió los labios. Pero luego irguió su hermosa cabeza, sonrientemente desafiadora.

—Entonces, no es preciso ser una adivina para saber que usted escuchó todo el diálogo y que, por mi parte, no fue nada agradable para usted, ¿verdad?

—Si viera el poco caso que he hecho de sus palabras… —sonrió tranquilamente Lee quien, de repente, enserió su expresión y extendió el índice acusadoramente—. Le voy a dar un consejo, señorita De Sitter. Está jugando con fuego. Apártese de las llamas o se quemará. De no ser quién es y no precisamente por usted misma, no se lo diría. Pero en los momentos actuales tiene las manos llenas de brasas y usted misma no lo sabe. Déjelos. Váyase. Regrese a Hollywood y reanude su carrera. De lo contrario… Bien, no dirá que no la he advertido.

La artista adelantó agresivamente su barbilla:

—Sus palabras tienen una respuesta, fiscalillo. Métase sus consejos donde salieron. Déselos a quién los necesite. Yo haré lo que me dé la gana, pese a quién pese. Ahora necesito estar en Nueva York. He decidido independizarme y ser mi propia productora. No puedo, por tanto, regresar a Hollywood, en tanto no haya ultimado los menores detalles. Y, ahora, que ya lo sabe todo, ¿por qué no se pone en pie y se larga de una vez, impertinente fiscalillo?

Lee obedeció sin que se alterase ni uno solo de sus músculos. Se inclinó:

—Lamento haberla irritado tanto, mi encantadora anfitriona. Sólo me resta pedirle perdón y…

Pero en aquel momento, sus frases fueron interrumpidas por el ruido de la puerta al abrirse. Una voz gritó:

—¡Cordelia, Cordelia! ¿Dónde estás? ¿Dónde diablo te has metido?

La actriz se mordió los labios, furiosa. Era evidente que la molestaba la inoportuna visita, a más no poder. Quiso dirigirse hacia el vestíbulo más, antes de que diera dos pasos, un trío de hombres penetró en la estancia.

McFennor y Scanton se quedaron convertidos repentinamente en estatuas de piedra al reconocer a Lee. Pero no así Bothwell, que era el tercero, y que inquirió:

—¿Quién es este tío?

—¡Cállate, idiota! —Mascó rabioso el miro, su *manager*.

Lee se volvió hacia Cordelia.

—Ahora ya sé con toda seguridad, quién le enseñó eso de «fiscalillo», señorita De Sitter. —Y luego miró nuevamente a los recién llegados—: ¿Verdad, Scanton?

—¿Qué hace este hombre aquí? —preguntó, abruptamente, el «gangster».

Cordelia abrió la boca; pero se le anticipó Lee.

—Oh, nada, nada; simplemente una visita de cortesía. La señorita De Sitter y yo teníamos que tratar asuntos…; digamos personales. Sin ninguna relación con sus negocios y los suyos —concluyó, volublemente, el joven.

—Está bien. Si terminó, lárguese de una vez. —Y agitó, Scanton, el pulgar en dirección a la puerta—. Cuando se haya ido, abriremos las ventanas. Esto huele a demonios.

Pero Lee no se dio por aludido. Por el contrario, sonrió desafiador.

—¿Es suyo el apartamento, acaso?

Lanzando un rugido de cólera, Scanton se precipitó sobre Lee, levantando el puño. Clayden lo aguardó a pie firme.

Cuando el puño estaba ya a unos centímetros de su mandíbula. Lee dio un paso lateral. Al mismo tiempo, disparó su mano derecha,

haciendo una férrea e indestructible presa en la mano del pandillero. Luego, retorció aquel brazo, al mismo tiempo que alzaba su rodilla, incrustándola en el vientre de Scanton.

El resultado fue que éste salió botando hacia un rincón, en donde se quedó sentado, apretándose con las manos la parte afectada, gimiendo monótonamente.

«Gun» Bothwell quiso arrojarse hacia Lee, pero su *manager* lo contuvo extendiendo el brazo.

—Quieto, pedazo de mula. Aquí no. Ya tendremos ocasión.

—Esto es lo que usted se cree, McFennor. Opina que hará conmigo lo mismo que con el sargento Nicholson, ¿eh? Buen golpe, *manager*. Una prueba contundente de sus sucias maquinaciones desaparecida. Unos guantes embadurnados de belladona, para procurar cegar momentáneamente al adversario de su pupilo y así ganar con toda facilidad la pelea, ¿verdad? Pero no se preocupe; ya les echaremos otro guante, Nosotros sabemos tener paciencia. Y la silla eléctrica, más todavía. La silla eléctrica aguarda a los asesinos de mi padre; a los que ordenaron la muerte de D'Altea; a los que hicieron matar a Darnish y a Dolores Salinaz para evitar que hablaran… No se preocupe, tendremos paciencia…; y mi día los haremos entrar en la habitación de la cual no se sale… *vivo*.

A medida que iba hablando, el rostro de McFennor palidecía más y más. Pasó, después de haber enrojecido, por todos los colores de la gama del espectro y, apenas había terminado el joven, hirviéndole la sangre, perdió los estribos.

En sus tiempos, Walter McFennor había sido un notable boxeador de pesos ligeros. Pero con el inevitable transcurso de los años, la buena vida que se daba le hacía emplear más tela en la cintura de los pantalones y, asimismo, sus chalecos eran también más amplios. Quizá hubiera sido un enemigo de cuidado de no haber enloquecido de repente; pero su misma ciega furia le hizo descuidar las precauciones más elementales del pugilismo.

Por contra, tenía enfrente a un hombre en la plenitud de su vida y que, si bien no era un artista del boxeo, sí en cambio tenía fortaleza y agilidad, dos cosas de las que, por desgracia, carecía ya McFennor.

Por lo tanto, la cosa fue mucho más sencilla de lo que el mismo Lee hubiera esperado.

Disparó su puño izquierdo y el *manager* se dobló agónicamente, con un rictus de dolor contrayendo su lobuno rostro. En el mismo momento, Lee, también bastante encolerizado, levantó sobre aquella nuca que se le ofrecía tan atractivamente, sus dos manos entrelazadas por los dedos.

McFennor se estiró súbitamente, como si dentro de su cuerpo tuviera un resorte. Cayó sobre la alfombra sin pronunciar palabra. Cualquiera que lo hubiera visto, lo habría creído muy entretenido en contar los nudos.

Pero en el mismo momento, Lee sintió un golpe fenomenal en el hombro que lo hizo pensar en los antiguos arietes romanos. Una especie de sexto sentido lo advirtió del demoledor derechazo que le disparaba el boxeador y logró desviarse unos milímetros, recibiendo en pleno rostro el terrorífico golpe que, de haberlo alcanzado en la mandíbula, allí mismo concluyera radicalmente la pelea apenas empezada.

La violencia del golpe fue tal que, a su pesar, hubo de retroceder. Tropezó con un diván y volteó al otro lado. Babeando de cólera, «Gun» Bothwell se le echó encima.

Lee se dijo que su nuevo adversario era de muchísimo cuidado. Aun siendo más pesado que McFennor, en diez kilos al menos, puesto que éste pertenecía a la categoría de los semipesados y Les daba más de ochenta y cinco en la báscula, esta desventaja quedaría de sobra compensada con la innegable habilidad de Bothwell, conocedor, por otra parte, de todos los trucos y malas artes empleados en los *rings*.

Clayden giró sobre sí mismo, en el preciso instante en que su antagonista caía sobre él. En el mismo suelo, su puño derecho golpeó con fuerza la oreja de Bothwell. Éste gruñó.

Los dos contendientes se levantaron de un salto, simultáneamente. Leo levantó un brazo y consiguió parar un golpe al mentón, pero recibió un directo en pleno pecho que, tras vaciarle por completo el aire de los pulmones, lo arrojó contra una mesita que se hizo astillas al recibir su peso.

Quedó sentado en el suelo, jadeando penosamente procurando inspirar. Bothwell cargaba de nuevo.

Lee se puso en pie, cubriéndose el rostro y pecho con ambos brazos. Soportó unos cuantos golpes estoicamente, en tanto

procuraba respirar con cierta normalidad. Y de repente, levantó su pie derecho.

Cualquier cosa se hubiera esperado «Gun» Bothwell menos aquel violentísimo pisotón que le machacó los dedos de un pie. Lanzó un feroz aullido y, por unos momentos, se dedicó a atender la parte afectada, cojeando ridículamente.

En medio de la escena, una carcajada resonó claramente. La artista no se había podido contener y, olvidando la indudable gravedad de la situación, reía a mandíbula batiente.

Pero Lee no dejó de aprovecharse. Disparó, uno tras otro, sus dos puños, haciendo retroceder violentamente a su contrincante. Éste cayó sobre el sillón, e hizo volcar el mueble. Rugiendo de cólera se levantó en el acto.

Bothwell amagó con la derecha y pegó con la izquierda. A pesar de que Lee lo vio venir y, no pudiendo hacer otra cosa, echó la cabeza hacia atrás, le pareció como si se la arrancasen. Se vio obligado a tumbarse en el suelo.

Sacudió la cabeza para despejar las espesas brumas que se le ponían delante de los ojos. El boxeador se le echaba nuevamente encima.

Lee se dijo que era preciso dejar a un lado las contemplaciones. Acabaría inevitablemente por ser vencido si proseguía con tal conducta. Dejó que el otro se le abalanzara y, en el mismo momento, sus dos pies se dispararon.

Abriendo los brazos en cruz, Bothwell, de cuya boca se escapó un rugido infrahumano, retrocedió hasta tropezar con la mesita de los licores que volcó, con estruendo de vidrios rotos. Se hirió en una mano; mas no hizo el menor caso.

El sifón había quedado intacto. Antes de incorporarse, todavía de rodillas, lo cogió, arrojándolo con terrible violencia contra el joven. Éste agachó la cabeza prestamente.

La explosión de la botella de soda resonó como un cañonazo, haciendo retemblar las paredes. Todavía vibraban en el aire los ecos del estampido cuando Bothwell se lanzó a la carga una vez más.

Sin embargo, ahora Les estaba ya prevenido. Lo dejó aproximarse.

Mugiendo como un búfalo herido, el pugilista se abalanzó sobre Lee. La pata de la mesita que éste tenía en la mano se alzó en el

aire.

Cuando el fragmento de madera se hubo volatilizado en menudos trocitos, que se esparcieron por los aires, «Gun» Bothwell puso los ojos en blanco. Las rodillas se le doblaron, como si de repente se le hubieran vuelto de mantequilla. Suspiró hondamente y al fin cayó de bruces sobre la alfombra, al lado del todavía inconsciente McFennor.

Pero si el joven ayudante del fiscal se creía que ya había terminado, su equivocación era completa. Scanton se acababa de recuperar y estaba en pie, a unos metros de él.

El pandillero metió mano dentro de la americana. Cordelia adivinó sus intenciones y gritó horrorizada.

No obstante, Lee no estaba desprevenido. Distendiendo ágilmente los músculos de sus piernas, se lanzó hacia adelante, en espléndido «plongeon» que no hubiera mejorado en sus tiempos de futbolista universitario. Detuvo la mano armada, aun antes de que ésta saliera fuera.

Los dos hombres rodaron por el suelo, debatiéndose ferozmente. Scanton también era bastante fuerte y Lee se dijo que le iba a costar bastante trabajo reducirle. El «gangster» renegaba espantosamente.

El joven aguantó como pudo el vivísimo dolor que le causó un inesperado rodillazo. Atenazando la muñeca armada, levantó su puño.

Las narices de Scanton comenzaron a echar sangre. Lee repitió el golpe, al mismo tiempo que procuraba retorcer la muñeca, con objeto de hacerle soltar el arma.

Fueron de un lado a otro de la estancia, contemplados por los ojos muy abiertos de Cordelia. Al fin, con un feroz bramido, los dedos de Scanton se aflojaron. El arma cayó, blandamente, sobre la alfombra.

Pero en el mismo momento, el joven salió despedido. El forajido había logrado colocarle un buen golpe en la mandíbula y Lee vio todas las estrellas. Cayó de espaldas.

Lanzando un grito de alegría, Scanton se inclinó sobre su pistola. Sus dedos tocaron, más no consiguieron asirla. Rodó por el suelo cuando la artista, interviniendo súbitamente, le dio un fortísimo empujón por la espalda, que lo hizo alejarse del arma.

Lee aprovechó la relativa confusión del pandillero para ponerse

en pie de un salto. Scanton estaba ya medio incorporándose; pero el joven no se anduvo ahora con rodeos. Disparó su pie derecho.

La mandíbula de Scanton crujió siniestramente. La violencia del golpe fue tal que lo arrojó al otro lado de la estancia, en donde su cabeza chocó contra la pared con seco ruido. El pandillero se quedó inmóvil.

Con las piernas abiertas, los nudillos y los pómulos desollados, jadeante, Lee se quedó en el centro de la habitación, aguardando alguna reacción de sus enemigos. Pero ninguno de éstos se movió.

Cordelia corrió hacia él. Lee sonrió.

—Muchísimas gracias, señorita De Sitter —dijo—. Su afortunada intervención me ha salvado la vida.

Los labios de Cordelia se curvaron en una despreciativa mueca:

—Diga mejor que se la salvé a ellos. No podían cometer mayor estupidez que tratar de asesinarlo.

Lee jadeó:

—De todas formas… gracias otra vez. —Se inclinó, apoderándose del arma—. ¿Quiere traerme del cuarto de baño una toalla mojada? No me atrevo a dejarlos solos.

Cuando la actriz regresó con lo pedido, Lee sintió un infinito alivio al pasársela por la cara. Luego procuró rehacer un poco su maltrecho atavío.

Devolvió el paño, al mismo tiempo que decía:

—Recuerde mis consejos, señorita De Sitter. Tire esas brasas encendidas que tiene en las manos.

Los ojos de Cordelia se ensombrecieron bruscamente. Pero desvió la conversación con habilidad, procurando sonreír:

—Creo que, al fin, va a resultar un buen marido para Josephine —dijo.

—Falta que ella opine lo mismo. Sin embargo, no vine a hablar de ese asunto.

Las manos de Cordelia se crisparon súbitamente sobre la toalla:

—¡Es imposible! —murmuró sordamente—. ¡Imposible! Estoy embarcada en una nave sin botes salvavidas.

Y me es imposible arrojarme al mar, porque está rodeado de tiburones. ¿Me comprende?

—Aún está a tiempo —sugirió él—. Déjelos de lado. Hágalo por… por… Josephine, si es que la quiere tanto como dice.

—¡No! ¡No! —gimió, sordamente, la actriz.

De repente, se echó a llorar. Sus redondos hombros se agitaron bruscamente a impulsos del llanto que la acometió; súbitamente también, alzó sus ojos empañados.

—¡Váyase, fiscalillo, váyase!

—¿Y éstos? —inquirió Lee, señalándolos con la mandíbula.

—Tendrán que decir que se emborracharon y se pelearon entre ellos. No les conviene mencionar su nombre, Clayden. Y ahora, ¡váyase, por el amor de Dios, váyase, y olvide, que me ha visto!

Lee inclinó la cabeza y salió lentamente, sin volverse ni una sola vez. Se encaminó en derechura a su domicilio, sin suponer siquiera que le aguardaba una sorpresa.

CAPÍTULO VIII

La sorpresa no podía ser más agradable para Lee. Abrió la puerta y casi en el mismo momento, Josephine se levantó.

El hermoso rostro de la joven sonreía al verle; pero sólo fue un instante. En el acto varió su alegre expresión por otra de susto.

Corrió hacia él y dejó que el ayudante del fiscal le tomara sus manos. Observó los hematomas del rostro y las desolladuras de los nudillos.

—¿Qué le ha ocurrido, Lee? —inquirió anhelosa—. Dígamelo, pronto, por el amor de Dios; no me tenga sobre ascuas.

Lee procuró sonreír; pero hizo una mueca en su lugar. Le dolía mucho el labio superior.

—Bueno —exclamó chancero—, ¿por qué preocuparse? Me salió una esquina al paso y…

—Lee, usted me engaña. Necesito que me cuente todo lo ocurrido —apremió Josephine, con cierta impaciencia.

—Pero si no ha sido nada. Solamente un borracho que…

En aquel momento, el ama de llaves apareció en el cuarto. Se llevó las manos a la cabeza al ver el maltratado aspecto del joven.

—¡Cielos! —se lamentó—. ¿Qué le ha ocurrido, Lee? Pero —añadió—, ¿es que en esta casa no se va a poder gozar de cierta tranquilidad? Ande, venga, yo misma le curaré y le dejaré como nuevo.

Lee soltó las manos de Josephine:

—Ya lo ve usted —sonrió—. Griselda no quiere dejarme…

—Quiero que disfrute usted del todo con el pastel que está terminando de dorarse. Y no es correcto ofrecer la mesa a los invitados, en tales condiciones, Lee.

Éste arqueó las cejas:

—¿Invitados, ha dicho, Griselda?

El ama de llaves sonrió maternalmente.

—Dejémoslo en invitada. Señora Millman, perdónenos un momento. Enseguida se lo devuelvo.

—Es usted muy amable, señora…

La mujer agitó una mano con desdén:

—Deje los tratamientos a un lado, señora Millman, Llámeme Griselda, como lo hace Lee, y como lo hacía su pobre… Oh, perdóneme, muchacho. Vamos, vamos, venga conmigo.

Quince minutos más tarde, Lee regresó. Llevaba unas tiras de esparadrapo en la mejilla izquierda y en los nudillos de la mano derecha, pero, salvo este detalle, su aspecto, con otra ropa limpia, era casi totalmente normal. Se sentó al lado de Josephine.

Ella clavó su límpida mirada en el rostro de Lee:

—¿Querrá ahora explicarme lo ocurrido? —preguntó ella.

Lee accedió, aunque procuró paliar en lo posible la crudeza de la lucha. Pero no pudo evitar el tener que mencionar el diálogo con Cordelia.

En los ojos de Josephine aparecieron unas sospechosas huellas de humedad. Inclinó la cabeza, en tanto que Lee procuraba animarla, palmeándola una mano.

—Ea —dijo—, no se preocupe. Todo se ha pasado ya. Procuraremos sacar a Cordelia del atasco en que se ha metido y verá cómo, al final, todo termina bien.

Las palabras de Clayden consolaron un tanto a Josephine, la cual, haciendo un esfuerzo, consiguió sonreír. Lee, contento por el éxito, prosiguió:

—Ahora prepárese para la cena. Griselda resulta a veces un tanto despótica; pero, en cambio, en un campeonato culinario, se llevaría la copa de calle.

—¡Embustero! —terció la aludida llegando en aquel momento—. Estoy segura de que la señora Millman, en cuanto salga de aquí, buscará un restaurante lo más aprisa posible. Y lo siento, porque me gusta. Vamos, a cenar.

La pareja se levantó.

—Estoy segura de que no encontraría otra cena mejor en toda la ciudad, Griselda —sonrió Josephine, dejándose llevar por Lee del brazo hasta el comedor.

—¡Dios la oiga! —exclamó, fervorosamente, el ama de llaves, en cuyo rubicundo rostro se notaban aún las señales de su pelea con el

horno—. Nada me gustaría más que ser su ama de llaves cuando usted y Lee se hayan casado.

—¡Eh! —protestó éste, enrojeciendo—. Que nadie ha hablado de tal cosa, Se adelanta usted…

Pero Griselda proseguía impertérrita:

—Estoy segura de que serán muy felices y que tendrán muchos hijos, que llegarán a subírseme por las rodillas y vaciarme los pasteles de la despensa…

—Bueno, bueno, basta ya —atajó Lee, observando a Josephine con el rabillo del ojo y notándola intensamente turbada.

Se colocó detrás para ayudarla a sentarse y luego pasó a su sitio en la mesa, frente a ella.

El comedor estaba en una discreta semi penumbra. A excepción de una lámpara encendida en un rincón, solamente las dos velas de la mesa daban luz. Cuando Griselda sirvió los postres, dijo:

—No hace falta que me elogien la cena. Quizá no tenga que fregar los platos a mi vuelta.

—¿A su vuelta? —inquirió, extrañado, Lee.

—Sí. —Allí mismo el ama de llaves comenzó a desanudarse el delantal—. La señora Doyle me invitó esta noche al cine. Ponen la última película de Cordelia de Sitter, y creo que es una maravilla.

Lee se echó hacia atrás, satisfecho:

—Pues que se divierta mucho, Griselda. Ya me dirá mañana…

—Gracias, hijo. El café está hecho ya. En la nevera hay hielo, por si lo necesitan. Ah, y espero que este noche obtenga el sí tan anhelado. Me llevaría un disgusto si no lo consiguiera, Lee.

—Veo que Griselda le trata con mucha confianza, Lee —observó Josephine, mordisqueando indiferentemente una pasta, cuando la mujer hubo desaparecido.

—Así es, en efecto. Entró a nuestro servicio cuando acababa de morir mi madre, hará de ello unos doce años. Entonces yo andaba por los dieciséis. Ella enviudó y no tuvo hijos… Bien, creo que me ha tomado bastante cariño. Y yo también, dicho sea entre paréntesis.

Apenas había hablado, se levantó. Sirvió el café, y luego, volvió a sentarse frente a la joven, con una taza humeante en sus manos.

—Lee —dijo, de pronto, Josephine—, ¿cómo podríamos apartar a Cordelia de esos granujas?

Antes de replicar, Lee tomó un sorbo de café. Luego dejó la taza sobre la mesa:

—Lo veo muy difícil, Joss —contestó con sinceridad—. Me gusta ser franco con usted, aun cuando, como en esta ocasión, la franqueza haya de ser desagradable.

—Podríamos intentar… Oh —se lamentó Josephine—. No sé qué pensar. Si fuera cuestión de dinero solamente…

—Esa banda —comentó, pensativamente, Lee—. Es muy poderosa y no carece ciertamente de dinero. Su organización se lo proporciona indudablemente. Es probable que, haciendo lo que usted sugiere, lográramos calmarlos una temporada. No obstante, a la larga o a la corta, reincidirían. Es una cosa axiomática, compréndalo, Joss. Esto poniéndome en su lugar. En el mío, desde luego, no hay compasión. Mataron a mi padre por su hombría de bien y su valor al hacer condenar a Riccioli. Éste, a su vez, mató, delante de usted misma, a D'Altea, el cual se mostraba dispuesto a hablar. La misma banda mató a Dolores Salinaz y a Darnish. Han atentado contra usted y contra mí. ¿Cree, en justicia, tolerable que, sea quien sea el autor de tales crímenes, pueda seguir viviendo, orondo y satisfecho?

Josephine inclinó la cabeza:

—No —musitó, con voz apenas audible.

—Y recibirá su castigo. Y sus cómplices le acompañarán; no lo dude, Joss.

—Pero… ¿y Cordelia? —objetó ella débilmente.

El rostro de Lee se ensombreció:

—Ya le he dicho que haremos todo lo posible por apartarla a un lado. Sin embargo, ella debiera ser la primera interesada… y no quiere.

—O no puede —sugirió Josephine.

—Sí que puede. Querer es poder. ¿Acaso ha olvidado usted el viejo aforismo?

—Pero la matarían, si tal hiciera.

—Nosotros la protegeríamos. Es una mujer muy conocida. No se atreverían, especialmente, si Cordelia manifestara a la Prensa que era objeto de amenazas de muerte.

Josephine sonrió levemente:

—Todo el mundo creería que eran fantasías de su agente de

publicidad. «Cordelia de Sitter, la gran estrella de cine, amenazada de muerte por una pandilla de forajidos». Las risas se oirían en ambos Polos. «¡Qué ganas tienen algunas artistas de que se hable de ellas!», sería el comentario general. ¿No le parece, Lee?

El joven exhaló con furia el humo del cigarrillo que acababa de encender.

—Tiene usted razón, Joss. —Se quedó un punto silencioso, y luego la miró—. Pero no nos dejaremos amilanar por ello, Joss; téngalo por seguro.

Josephine sonrió.

—Gracias. —Y su mano cruzó la mesa para apoyarse cálidamente sobre la de Les.

Éste murmuró:

—Lo siento de veras, Joss. Es la primera invitación que le hago en mi casa y, la verdad, no se puede decir que lo haya pasado muy bien.

—No se preocupe, Lee. Contrariamente a lo que usted se cree, estos momentos, aun con las sombras surgidas en la conversación, han sido realmente maravillosos.

El decaído ánimo del joven se esperanzó Un tanto.

—¿Lo cree usted así, Joss? ¿O son sus frases pura fórmula de cortesía?

—No es muy correcto dudar de las palabras de una dama —sonrió ella, maliciosamente—. Es tarde ya; he de retirarme. Lee.

—La acompañaré hasta su casa —repuso él, levantándose rápidamente y ayudándola a hacer lo propio.

—A propósito —inquirió ella, en tanto Lee le colocaba sobre los hermosos hombros la capa de pieles—, ¿qué sabe usted del herido en el «Manooga Arena»?

—Pues que, gracias a Dios, se encuentra mucho mejor.

—¿Cómo pudo ocupar su butaca, Lee? —Ya caminaban los dos hacia la salida.

El ayudante del fiscal se echó a reír:

—Era, simplemente un aprovechado que quiso ver mejor las últimas fases del combate. Creo que ha jurado no pisar una sala de boxeo en el resto de sus días.

—Pero aquella bala estaba destinada a usted, Lee.

—Ya lo sé. Por ello cambié las localidades.

El ascensor llegó y los dos se introdujeron en el aparato, que comenzó su descenso en el acto. Josephine miró extrañada a su compañero.

—No le entiendo. ¿Dice que cambió las localidades?

—Sí. Cuando estuve en su casa, hace tres días, la noche del suceso, alguien me envió una entrada. Lo que no comprendo es… —se interrumpió de repente, con expresión desconcertada.

Josephine respetó el silencio de Lee. Una vez en la planta, salieron y él abrió la portezuela del coche.

—¿Le molesta que lo conduzca yo? —inquirió—. Perdone mi silencio tan repentino. Pero ¿estará Baptiste a estas horas en su casa?

—Es claro que sí —contestó ella, intrigada—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque, a mi vez, tengo yo que hacerle unas cuantas preguntas en cuanto lleguemos. Con su permiso, naturalmente, Joss.

Embragó y arrancó, apartándose de la acera. Se sumergió en la riada del tránsito. Millares y millares de luces hacían brillar el húmedo asfalto, duplicando así su intensidad. Atento a la conducción, Lee, escuchó la respuesta de la millonaria.

—Es usted muy dueño, Lee. Baptiste tendrá mucho gusto en colaborar con usted. —Y de repente, se ladeó para mirarle con expresión de alarma—. Oiga, Lee, no me irá a decir que sospecha de él, ¿verdad? Porque ya hace más de veinte años que nos sirve. Casi, casi, podría decir que me vio nacer.

Lee soltó una breve risita.

—No tema, Joss —dijo—. El mayordomo sospechoso solamente se da en las novelas y en las películas… y luego resulta que el asesino es el secretario o el vendedor de periódicos de la esquina. Pero, con las prisas del otro día, olvidé por completo preguntarle por la persona que le entregó la invitación para mí.

—Una invitación para la muerte —musitó ella, recostándose sobre el asiento.

—Cierto.

—¿Con qué dispararon? Porque no se oyó la detonación, Lee.

—Con el viejo y desacreditado método de la carabina de aire comprimido. Lamento decirle que no se pudo hallar el menor rastro del presunto asesino. Le salieron alas de repente, ¿me comprende?

La muchacha abrió la boca para contestar; pero de repente ocurrió algo extraño y totalmente inesperado que la impidió emitir palabra.

Para mayor facilidad de conducción, había evitado Lee deliberadamente el trozo de la calle 42, puesto que era ya la hora, de salida de los teatros. Estaban ya a punto de desembocar por la calle 40 a la Quinta Avenida, frente al Parque Central, y ya Clayden hacía girar el volante, cuando sus ojos captaron súbitamente un peligro.

Subiendo en dirección contraria, un enorme y pesadísimo camión de transporte, rodaba a toda velocidad, roncando su motor poderosamente. A mayor abundamiento llevaba las luces apagadas, por lo que Lee no lo percibió hasta que Casi lo tenían encima.

—¡Cuidado, Joss! —gritó. Y en el mismo momento hizo lo único que cabía hacer para evitar una muerte segura.

Era una solución desesperada, más no le cabía otra. Frenar hubiera sido suicida: hubieran sido alcanzados y aplastados sin remisión. Virar no podía, porque una enorme y recargada farola les cerraba el paso. El camión arrastraría coche y farola. Sólo podía Lee hacer una cosa y la hizo.

Su pie hundió el acelerador a fondo. El automóvil gimió, como si fuera un ser vivo que protestase de un trato desconsiderado e inhumano. Crujieron todos y cada uno de sus tornillos, rechinaron las ballestas, los neumáticos rodaron velocísimamente.

El coche saltó literalmente hacia adelante, como un caballo espoleado con impiedad. El motor aumentó sus revoluciones al máximo.

El conductor del camión se dio cuenta de la maniobra del coche. También pisó, el acelerador, al mismo tiempo que viraba hacia su derecha, con el fin de alcanzar a sus víctimas. Y lo consiguió.

Afortunadamente para Lee y Josephine, solamente en parte. El morro del pesado vehículo de transporte chocó, con horrísono estruendo, contra la parte delantera del convertible. Éste fue levantado en vilo por su parte trasera.

El morro del pesado camión le le vino encima.

Giraron locamente sus ruedas posteriores al perder el contacto con el asfalto. El coche se ladeó, inclinándose peligrosamente. Hábil conductor el joven, dio un violento golpe de volante hacia su derecha, con el fin de prever el momento en que el vehículo reanudara su marcha. Los metales abollados continuaban

asordándoles.

Durante unos segundos inacabables, el automóvil danzó y rebotó. Sus ocupantes fueron zarandeados brutalmente, y al fin, el coche fue arrojado a un lado, resbalando de costado. Si motor renegó.

Firmemente asido al volante. Lee procuró dominar el enloquecido convertible. Quitó el pie del acelerador y frenó rápida, aunque gradualmente, hasta estabilizarlo. Y cuando lo hubo conseguido, asió nerviosamente por los hombros a Josephine.

—¿Se encuentra bien? —inquirió, alarmadísimo.

La joven tenía una mano en su frente, de la que brotaba un hilillo de sangre. Lee se la quitó, descubriendo que se trataba únicamente de un simple golpe contra el parabrisas que, afortunadamente, había resistido. Tranquilo a este respecto, saltó a la acera opuesta, junto al parque, donde, por la violencia del terrible golpazo, habían ido a parar.

El camión se perdía de vista ya. Una sirena policíaca resonó, acercándose al lugar del suceso. Lee no había salido desprevenido y, durante medio segundo, pensó en sacar su pistola y emprenderla a tiros. Pero desistió en el acto. «Sería como cazar leones con piedras», murmuró para sí, amargamente.

El patrullero de la Policía aparco a su lado. Un agente se les dirigió, inquiriendo las causas del accidente. Pero al dar Lee su nombre, la actitud del agente varió radicalmente. El joven no quiso que se diera publicidad al hecho y le encargó que llamara un remolque para llevar el coche a un taller de reparaciones. Ellos continuarían en un taxi, dijo Les, más cuando los policías se ofrecieron a llevarlos en su automóvil, aceptó gustoso.

No estaban a gran distancia de la mansión de Josephine. A pie les hubiera costado poco más de un cuarto de hora. En el patrullero policía la distancia fue recorrida en dos minutos escasos, pero cuando ya estaban de pie en la acera y Lee se inclinaba para agradecerles la atención, otro automóvil apareció a toda marcha.

—¡Agáchese, Joss! —gritó.

La joven obedeció al instante.

—¿Qué rayos…? —inquirió, extrañado, uno de los agentes, dándose cuenta de que Lee desenfundaba su pistola.

Aquel automóvil, también con los faros apagados, surgió de

repente, a toda velocidad. Lee se escudó, tras el motor del patrullero, aguardando da un momento a otro la salva de tiros, pero, ante su infinito asombro, no ocurrió tal cosa.

Una mano apareció en la ventanilla posterior, sosteniendo una cosa blanca, que arrojó. El objeto rebotó un par de veces antes de quedar inmóvil, junto al bordillo de la acera.

Lee saltó al centro del arroyo y desde allí, procurando apuntar con todo cuidado, disparó varias veces, hasta agotar toda la carga de su pistola. Vio con toda claridad como algunas de las balas rebotaban en el asfalto, levantando chispas y, de repente, el coche se tambaleó con violencia.

Zigzagueó de un lado para otro, alarmantemente, recorriendo casi toda la extensión de la anchurosa Quinta Avenida. Pero muy pronto recobró la estabilidad y aumentó el ritmo de su marcha.

—¡Síganlo! —ordenó Lee a los guardias.

Éstos, sin vacilar un segundo, arrancaron tras los forajidos. El bramido de su sirena comenzó a llenar la noche.

Josephine ya, se había levantado y estaba pálida, aunque relativamente tranquila.

—¿Qué será eso que nos han arrojado? —preguntó.

—Ahora lo veremos —repuso Lee, inclinándose.

Más aún no había tocado el misterioso paquete, cuando un grito de ella lo sobresaltó.

—¡Cuidado! Puede ser una bomba. Lee.

El joven soltó una risita.

—Si lo fuera, no lo estaríamos contando tan tranquilamente.

Acto seguido, cogió el objeto y luego, tornando el brazo de ella, dijo:

—Éste no es lugar para examinarlo.

Se metieron en casa rápidamente. En la biblioteca.

Lee, observado curiosamente por Josephine, deslió el envoltorio y apenas lo había hecho, cuando no pudo evitar una defraudada exclamación.

Era un ejemplar del «*New York Herald News*», en su edición nocturna, la que tiraba a la salida de los espectáculos, y en cuya primera plana podía leerse, en escandalosos titulares:

¿HA PERDIDO EL MIEDO EL FISCAL?

«Al decir esto, no nos referimos al conspicuo Wyndham McLean, sino a su joven ayudante, Lee Clayden, el hijo del infortunado Allan B. Clayden, muerto, por cumplir con su deber, en las trágicas circunstancias que todos recordamos.

»Sabemos, porque estamos bien informados, que el joven, desmintiendo las primeras acusaciones que se le dirigieron y que ponían en entredicho su valor personal, está trabajando activamente para desenmascarar a los asesinos de su padre y…».

Pero no era solamente el periódico, con su enorme indiscreción, lo que exasperó al joven, sino la nota que, sujeta con un clip, venía adherida al mismo.

«No sea tonto, fiscalillo, y deje las actitudes heroicas para otros. Siga con su miedo y vivirá luengos años. Josephine Millman es muy bonita, le quiere, y millonaria por añadidura. ¿Qué más desea? Recapacite, le conviene».

Lee arrugó el papel, tremendamente encolerizado. La presencia de Josephine le coartó.

Calló unos instantes y luego, dándose cuenta de la pequeña herida sufrida por la joven, la ayudó a curarse. Pero, apenas acababa de poner la última tira de esparadrapo sobre aquella tersa frente, cuando, de súbito, recordó una cosa.

—Oiga, Joss. Aparte del gusto de acompañarla, yo vine aquí, porque quería hablar con Baptiste.

—Es cierto —asintió ella, extrañada—. Preocupados por los sucesos de esta noche, no nos hemos dado cuenta de que no ha acudido a abrirnos la puerta.

—¿Dónde estará? —preguntó Lee, súbitamente interesado.

Ninguno de los miembros de la servidumbre supo dar razón alguna de la inexplicable desaparición del mayordomo, tan inexplicable cuando aquél no era el día de su salida. Y ya se disponía el joven a telefonear a la Policía, cuando sintieron que la puerta de entrada se abría.

Corrieron hacia el amplio vestíbulo, deteniéndose estupefacto él, horrorizada ella. Baptiste entraba, con una mano puesta sobre el

pecho totalmente empapado de sangre.

Dio unos pasos vacilantes y, de súbito, roncando espantosamente, se derrumbó como una masa inerte. Quedó inmóvil, de bruces sobre la alfombra que comenzó a mancharse de rojo.

CAPÍTULO IX

Earl Marquis, alcaide de la Penitenciaría de Sing-Sing,
releyó, aún incrédulo, el documento que le tendía Lee.

—Me parece mentira, señor Clayden —dijo al fin.

—Pues es verdad —repuso éste—. Pero todo depende de la actitud de Riccioli. ¿Vamos a verle?

—Al momento, señor Clayden —contestó obsequiosamente Marquis, levantándose tras de su mesa.

Antes de salir, golpeó con el índice una de las palanquitas del intercomunicador y dio unas breves órdenes. Luego extendió la mano.

—Por aquí, hágame el favor.

Lee no pudo por menos que sufrir un estremecimiento al hallarse en la fatídica Casa de los Muertos; en el corto corredor con diez celdas a cada lado, en el cual no se apagaba nunca la luz y que si bien tenía una entrada, la salida, la única que cabía, estaba en el lado opuesto: una puerta lisa, de acero, casi confundido su gris acero con el cemento del mismo tono. Por allí se iba a la silla eléctrica.

Había un par de guardianes en la galería da los condenados a muerte. Uno de ellos se paseaba incesantemente; el otro estaba sentado frente a una celda, cuyo ocupante no se podía ver desde la puerta de acceso.

A medida que avanzaban, Lee no pudo menos que mirar a izquierda y a derecha. Algunas celdas estaban vacías. Otras tenían su correspondiente ocupante, la mayoría de los cuales les contemplaron con curiosidad, aunque más de uno continuó en su camastro, tumbado indiferentemente a los recién llegados.

Marquis se detuvo junto a la celda en que se hallaba el vigilante que se había puesto en pie, al verlos venir.

—Abra, Larry.

—Sí, señor Marquis —dijo el funcionario, e hizo girar la llave en la cerradura.

Sin más palabras, Clayden se metió en la celda, cuya puerta quedó cerrada de nuevo.

Se volvió hacia el alcaide:

—Déjenos solos, se lo ruego.

—A su gusto, señor Clayden. Larry, apártate de aquí, pero no dejes de vigilar atentamente, ¿me comprendes?

—Sí, jefe.

Lee se apoyó indolentemente en la pared. Sacó un paquete de cigarrillos del que extrajo uno, arrojando el resto sobre el lecho, junto a Riccioli. Éste encendió otro cigarrillo y exhaló el humo con cierta insolencia.

—¿Qué se lo ha perdido por la Casa de los Muertos, fiscalillo? —preguntó indolentemente.

Lee no quiso replicar directamente. Metiendo la mano en el bolsillo de su americana, extrajo un documento doblado que, al igual que el tabaco, arrojó con indiferencia hacia el camastro.

—¿Qué diablos me trae aquí, fiscalillo?

—¿Sabes leer?

Con gesto nervioso, el condenado desplegó el documento. Su vista se paseó por los renglones mecanografiados y, de súbito, saliendo de su inmovilidad despectiva, se sentó en el borde de la cama, mirando fijamente a Lee.

—Esto es una trampa; un ardid de mala ley.

—Riccioli —contestó, reposadamente, el joven—, no eres tú la persona más indicada para hablar de tales cosas. Cómo puedes ver, el documento está firmado en blanco. El gobernador ha querido ser buena persona… confiando en que tú sabrás corresponderle.

—¿He de hacer el Mario Lanza?

—Tú lo has dicho. Canta y cuando sepa quién es el jefe de la banda, el cerebro criminal que ordenó el asesinato de mi padre, el de Dolores Salinaz y el de Darnish, yo, en presencia del alcaide y de cuántos testigos quieras, incluso de tu abogado, si no te fías de nosotros, pondré tu nombre en esa casilla en blanco. La silla eléctrica se quedará sin cliente, al menos por esta noche.

—¿Me lo jura? —inquirió ansiosamente Riccioli, poniéndose en

pie.

—¿Acaso no te basta mi palabra?

Pero de repente, el condenado hizo algo raro. Se puso en pie y rompió a reír nerviosa, histéricamente, a grandes carcajadas. Las ondas sonoras rebotaban en las paredes de la celda y salían al corredor, expandiéndose por todo el ámbito de la Casa de los Muertos.

Pasaron varios minutos antes de que Riccioli pudiera recuperar el habla. Al fin, todavía con el rostro congestionado por el súbito ataque de hilaridad, cogió el documento de indulto y, rompiéndolo en cuatro trozos, lo arrojó al rostro de Lee.

Clayden dejó que los papeles revolotearan hasta llegar al suelo. Pero no habló. Aguardó a que su interlocutor lo hiciera.

—Tiene gracia —jadeó Riccioli, finalmente—. Devolverme la vida, cuando demasiado saben que no puedo decir nada.

—Tú conoces la identidad del asesino.

—¿Yo? Usted está loco, fiscalillo.

—No seas idiota —gruñó Lee, ásperamente—. Te quedan menos de ocho horas de vida. ¿Crees que ese criminal se merece que tú mueras por él? Fíjate en lo que te digo: él estará tan contento cuando hayan dado las doce de la noche. Se frotará las manos de gusto…

—No sea estúpido, Clayden. No sé quién es.

—Riccioli, ese falso concepto del honor te acarreará la muerte. Piénsatelo bien. Puedo reproducir el documento que has roto.

Los ojos del condenado a muerte llamearon.

—¿Cree que, si pudiera, no lo diría? Pero no lo sé. ¡No lo sé, fiscalillo! Pregúnteselo a Scanton; quizá éste lo conozca. O a Mickey Staught.

—Sin embargo, alguien te mandó liquidar a D'Altea —observó, pensativamente, Lee.

—Eso es cierto. Fue Scanton; pero ¿de qué le va a servir mi declaración? ¿Qué pruebas podrá alegar para detenerle? Además, a usted la muerte de D'Altea le importa un pito, ¿no es eso?

Lee inclinó la cabeza afirmativamente.

—Pues bien, no lo sé. Y no crea que si lo supiera no se lo diría. No tengo madera de héroe. Por salvar mi vida, haría cuánto me fuera posible. Pero ya no hay remedio. ¡Váyase, váyase de aquí,

maldito!

Lee salió de
Sing-Sing
con un amargo regusto, diciéndose que no solamente había perdido lastimosamente el tiempo, sino que, por añadidura había hecho el ridículo más espantoso, delante del gobernador y de McLean. Crispó los puños con impotente rabia.

Se paseó nervioso por el andén de la estación de Ossining. Ya se había hecho de noche y las luces de la Penitenciaría brillaban muy próximas. Antes de seis horas, cierto grupo de ellas se oscurecería durante breves momentos y cuando hubieran recobrado su potencia habitual, una vida humana habría sido segada por el implacable peso de la Ley.

Consultó nervioso su reloj. Todavía faltaban quince minutos para la llegada del próximo tren. Deliberadamente, no había querido ir en automóvil, sabiéndose vigilado con toda seguridad. Buscó con la vista una cabina telefónica y, cuando cerró la puerta tras sí, pidió una conferencia.

Durante los breves momentos que tardaron en dársela, Lee movió les pies con impaciencia. Al fin, una voz le llegó al otro lado del hilo, y se dio a conocer.

—…

—¿Es cierto? Gracias. Iré a verle enseguida.

—…

—¿Cinco minutos? No son ustedes muy generosos; pero más vale eso que nada.

—Me alegro sinceramente. Gracias de nuevo.

—…

Salió al andén, por dónde se paseó nervioso e impaciente hasta que llegó tronitronante, el tren, que se detuvo con fragor de hierros y resoplidos de vapor expulsado a elevada presión.

Durante todo el trayecto desde Ossining a Nueva York, el cerebro del joven trabajó activamente. Tenía algunas sospechas; pero le faltaba la confirmación y, más aún que ésta, las pruebas. Si Riccioli hubiera hablado… Pero no; parecía sincero. Era muy probable, casi seguro, que ignorase quién era el jefe de la cuadrilla. Debía ser un tipo muy listo. No dejaba que su mano izquierda supiera lo que hacía la derecha. Quizá tampoco Scanton y Staught

conocieran su identidad. No obstante, la gestión que ahora iba a hacer era de vital importancia. Podía decir que una vez resuelta, habría dado un paso de gigante hacia su meta.

En la estación del. Gran Central cogió un taxi.

—Al Hospital General —ordenó, arrellanándose en el asiento. Se notó ligeramente nervioso y se dijo que un cigarrillo le tranquilizaría bastante.

Pero, cuando el coche se aproximaba ya a la acera, vio que otro negro acababa de parar, frente a la entrada del edificio. No le hubiera concedido importancia, ni tampoco a los dos individuos que descendieron del vehículo, a no ser porque éstos llevaban los sombreros muy echados sobre las cejas. Uno de ellos tenía el impermeable puesto. ¿Por qué? No llovía y el tiempo era excelente.

Los dos hombres lanzaron sendas y rápidas miradas a los lados, antes de cruzar la acera. Al ver su gesto, Lee se echó hacia atrás en su asiento, aplastándose contra el mullido. Reconoció inmediatamente a uno de ellos y no dudó ya de cuáles eran sus intenciones.

Alargó mecánicamente un billete al conductor y aguardó a que los dos forajidos hubieran penetrado en el Hospital. Entonces, sin esperar siquiera el cambio, saltó fuera del taxi, cruzando la acera en cuatro largas zancadas.

Desde la puerta los divisó ante el mostrador de información. Luego vio cómo se dirigían hacia uno de los ascensores. Y encontró algo raro en su manera de obrar.

Aquel elevador no correspondía a…

Súbitamente la luz se hizo en su cerebro. Comprendió instantáneamente, con toda claridad, las intenciones de los dos pistoleros. Penetró rápidamente en el amplio vestíbulo, dirigiéndose hacia el inmediato ascensor.

Tuvo que tascar el freno, impaciente, hasta que se abrió la puerta. Varios visitantes más quisieron entrar, pero Lee lo impidió, enérgico.

—¡Policía! —exclamó, aun a sabiendas de que, en cierto modo, mentía—. ¡No se puede usar este aparato!

El ascensorista quiso replicar, más ya la mano del joven hacía trabajar los controles. El elevador ascendió rápidamente.

De nuevo quiso protestar el empleado; pero se calló

prudentemente cuando vio a Lee extraer la pesada «Colt» automática de la funda axilar y comprobar su perfecto estado de funcionamiento. Se oprimió contra un rincón.

—No tema —sonrió el joven—. No va para usted.

Y escúcheme. En cuanto haya salido, lárguese para abajo como un rayo y avise al teniente Staunton, de la Brigada de Homicidios. Teniente Staunton, ¿me ha comprendido?

—Sí… —replicó el ascensorista, tragando saliva.

—Y ni una palabra a nadie.

Al fin, tras un rato que a Lee se le hizo interminable, llegaron a su destino. La puerta del elevador se corrió y el ayudante del fiscal, precautoriamente, antes de salir, oteó el corredor.

Hizo bien. Se metió rápidamente, aplastándose contra la pared. Los dos individuos caminaban por el iluminado pasillo, mirando detenidamente los números de las habitaciones. Al fin se detuvieron frente a una puerta, por la que desaparecieron.

—¡Haga lo que le he dicho! —recomendó Lee, echando a correr en aquella dirección.

El ascensorista hizo funcionar el aparato a toda velocidad.

Aproximándose de puntillas. Lee escuchó sin que sus tímpanos pudieran percibir ningún sonido. Luego, ya decidido a todo, cogió el pomo de la puerta con la mano izquierda, en tanto que la otra empuñaba firmemente la automática.

Abrió muy despacio, en perfecto silencio. Los «gangsters» no se dieron cuenta de que una tercera persona se encontraba en la habitación vacía de pacientes.

Al instante adivinó Lee las intenciones de los forajidos. Scanton, que era el de la gabardina, había sacado de ésta un rifle de extraña construcción, en tanto que su compinche alzaba el bastidor de la ventana. Éste sostuvo con una mano las cortinas con el fin de que Scanton pudiera disparar cómodamente.

El pandillero se llevó el rifle a la cara. Apuntó cuidadosamente.

—Yo, de usted, no haría tal cosa, Scanton —dijo, en aquel preciso momento, Lee.

Los dos forajidos se volvieron como picados por un áspid. Sin embargo, no se entretuvieron en hacer muchas preguntas. Sabían que todo aquel que estuviera en la estancia tenía que ser forzosamente enemigo.

Lee iba a haber añadido que tirara el arma Scanton; pero éste no le dio tiempo. Casi sin apuntar, disparó el rifle de aire comprimido.

La reacción del forajido no cogió desprevenido a Lee. Saltó bruscamente a un lado, en el momento en que se oía una especie de taponazo de champaña. La bala se clavó sordamente en la pared, a sus espaldas.

En el mismo momento, Staught desenfundó su pistola. Medio arrodillado, apoyándose en el suelo con la mano izquierda, Lee, sabiendo que, de momento, Scanton estaba inutilizado, puesto que no podía recargar tan fácilmente el rifle, hizo fuego en dirección a su más inmediato antagonista, anticipándose a su disparo en fracciones de segundo.

Oprimió el gatillo repetidas veces. Las detonaciones salieron de la boca del arma muy juntas, casi sin solución de continuidad, haciendo vibrar las paredes con su clamor.

Las pesadas balas fueron clavándose en las carnes de Staught. A medida que le iban entrando, el cuerpo del pandillero se estremecía horriblemente y sus piernas, independientemente ya de su voluntad, le hicieron retroceder hasta que la pared le salió al paso. Con un agónico ronquido se deslizó hasta el suelo, sin que su mano soltara, no obstante, el arma, cuyos dedos no tenían fuerza para apretar el disparador.

El «gangster» se quedó sentado, apoyado en la pared, con una horrible mueca de sufrimiento y estupefacción en su desencajado rostro. La mandíbula le colgó flácida y los ojos se le vidriaron casi al instante.

En aquel momento, Lee sintió un fortísimo golpe en el pecho que lo derribó hacia atrás. La pistola se le escapó de las manos, resbalando por el reluciente suelo de baldosas hasta debajo de una de las dos camas que allí había.

Lanzando un rugido de cólera, Scanton metió mano a la pistolera, No pudiendo, en tanto que Lee hacía fuego, obrar de otra manera, había arrojado el inservible rifle el cual, volteando en el aire, había chocado centra el pecho de éste por la culata.

El joven se vio perdido. No tenía posibilidad alguna de recuperar su pistola antes de que Scanton hiciera funcionar la suya. Sintiendo un vivísimo dolor en el pecho, reaccionó, buscando la única salida viable para aquel peligroso atolladero.

Devolvió el golpe. No tuvo tanta fortuna como Scanton, puesto que el forajido apenas si sufrió daño alguno. Sin embargo, Lee consiguió su objetivo. El rifle golpeó el brazo armado, en el preciso instante en que Scanton apretaba el gatillo. La bala salió alta.

En el mismo instante, Lee se abalanzó sobre Scanton, sin darle tiempo a repetir su disparo, atenazándole la muñeca armada. Gritos y carreras se percibían ya en el exterior.

Descargó un fortísimo puñetazo en el estómago del pandillero. Scanton bramó de dolor, pero replicó, machacando la oreja de Lee. Durante unos segundos, los dos hombres, golpeándose ferozmente, fueron de un lado para otro de la estancia.

De repente, Lee sintió que se le doblaban las rodillas. Cayó de espaldas sobre una de las dos camas. Scanton trató de aprovecharse de la situación.

El ayudante del fiscal extendió sus piernas, y el forajido recibió el impacto de ambos pies en pleno pecho. Su rostro se desfiguró por una mueca de dolor e, inconscientemente, la pistola se le escapó de sus dedos.

Lee disparó de nuevo su puño derecho. Scanton trastabilló, retrocediendo hasta muy cerca de la puerta. Pero era un hombre fuerte y se rehízo al instante. Lanzando un rugido de fiera, se abalanzó sobre Lee.

Éste no tuvo tiempo de apartarse. Sólo podía obrar de una manera y lo hizo. Se inclinó hacia adelante extendiendo sus brazos.

En el mismo momento, Scanton caía sobre él Fallido su golpe, sus brazos no encontraron otra cosa que el vacío. Se sintió rodear la cintura por los de Clayden.

El pandillero perdió el contacto con el suelo. Lanzó un alarido desgarrador al comprender, en una centésima de segundo, cuál era la horrorosa suerte que le esperaba.

Voló, sin poderlo evitar, hacia la abierta ventana, agitándose con loco frenesí. Sus manos intentaron, sin conseguirlo, asirse al marco. Y luego, todo su cuerpo salió fuera, proyectado al espacio.

El grito de Scanton martirizó cruelmente los tímpanos de Lee. Pero se fue perdiendo a medida que el «gangster» descendía velocísimamente hacia la muerte que le esperaba catorce pisos más abajo. Lee no pudo evitar la curiosidad, y se asomó, sacando medio cuerpo por el alféizar.

Como si fuera un pájaro monstruoso, empequeñeciéndose a medida que se alejaba, aleteando desesperadamente con brazos y piernas, Scanton descendió con fulgurante velocidad. Se convirtió en un puntito oscuro que, de repente, detuvo su caída con terrible brusquedad. La negrura de su cuerpo se manchó súbitamente de rojo, al aplastarse contra el cemento.

Jadeante, convulso todavía, Lee se apoyó para recuperar la normalidad de su respiración. Se pasó instintivamente una mano por la frente, encontrándola húmeda de sudor. Y la puerta se abrió, dejando entrar a un excitado tropel de gente perteneciente al personal del nosocomio.

Explicó en cuatro palabras lo ocurrido, ordenando luego dejar libre la estancia hasta que viniera el teniente Staunton, cosa que no tardó mucho en suceder. Y cuando éste se enteró con suficiente amplitud de lo ocurrido, Lee, rehecho en parte, se dirigió al cuarto que ocupaba el mayordomo de Josephine.

Llamó y una enfermera le abrió a su requerimiento. No pudo evitar un pequeño grito de pavor al verlo llegar tan maltrecho y, ante su exclamación, otra mujer salió al centro de la habitación.

Josephine no lo pudo evitar. Fue más fuerte que ella el sentimiento que la impulsó a arrojarse en brazos del joven. Sin necesidad de que se lo dijeran, supo que había sido Lee quien sostuviera aquella feroz lucha cuyos ecos habían conmovido a todo el hospital.

—Bueno, bueno —dijo Clayden al cabo, visiblemente complacido—. No es necesario que esos ojos tan bonitos lloren por mí. A fin de cuentas, y aunque un poco averiado, tengo el pellejo intacto. ¿No es eso lo que más interesa por ahora?

Sin deshacer el abrazo, Josephine alzó la cabeza.

—¡Oh, Lee! —se lamentó—. ¿Cuándo cesará todo? ¿Cuándo podremos respirar tranquilos?

—Mucho más pronto de lo que usted se cree, Joss. Precisamente he venido a ver a Baptiste para hacerle algunas preguntas que, para mí, son de vital importancia.

Sólo al oír nombrar a su mayordomo, se dio cuenta la muchacha de que todavía seguía abrazada al hombre a quién, sin decírselo, ni tampoco a ella misma, sabía que amaba intensamente. Se separó, no sin que un leve rubor tiñera sus delicadas mejillas.

Lee se dirigió entonces a la enfermera:

—Telefoneé desde Ossining. ¿Cómo sigue el paciente?

—¿Es usted el señor Clayden? Sí; ya estoy avisada. No le moleste mucho rato. Todavía está bastante débil.

—De acuerdo, señorita —contestó Lee, pasando, junto con Josephine al otro lado del biombo.

Los ojos de Baptiste se animaron al reconocerle. Abrió la boca para hablar; pero Lee se lo impidió.

—No —exclamó—. Yo haré preguntas y usted contestará sí o no, simplemente. Aunque sea con los párpados, ¿me ha entendido?

El mayordomo asintió con un débil gesto. Cogiendo una silla, Clayden se sentó a la cabecera de la cama.

—Escúcheme, Baptiste, Es de gran importancia para todos el que usted responda con franqueza, con absoluta franqueza, a todas mis preguntas. A todos nos conviene… especialmente a usted, ¿estamos?

—Sí… señor Clayden… —murmuró el herido, cuyo rostro aparecía afilado a consecuencia de la pérdida de sangre—. Ande, co… comience.

Durante un buen rato, más de los cinco minutos que le permitieran, Lee habló. A veces el propio Baptiste rectificaba algún concepto erróneo en la forma, más acertado en el fondo; pero generalmente las preguntas del ayudante del fiscal eran acertadas. Ya a punto de terminar, la enfermera intervino:

—Señor Clayden, el paciente está ya muy fatigado y…

—Gracias, señorita. No era necesario. Ya sé cuánto precisaba saber. Creo será obvio el decirle que debe guardar un absoluto secreto sobre todo cuanto hemos hablado aquí, ¿verdad?

La mujer pareció ofenderse; pero Lee no le hizo caso. Se volvió hacia Baptiste:

—Un millón de gracias. Le deseo que se mejore muy pronto y, en nombre de la señora Millman, le prometo que, en cuanto se halle en condiciones, volverá a ocupar el puesto que estuvo a punto de perder definitivamente, ¿no es cierto, Joss? Y ahora —continuó Lee —, vayámonos. Usted y yo también tenemos que sostener una muy interesante conversación.

CAPÍTULO X

El timbre del teléfono restalló y la mujer cruzó tranquilamente la estancia. Descolgó el aparato. Una voz se percibió, al otro lado del hilo.

—¿Griselda?

—Sí. ¿Quién es? —contestó el ama de llaves de Lee Clayden.

—Escuche, soy la señora Millman. Quisiera pedirle un favor.

—Usted me manda, señora Millman —contestó Griselda, amablemente—. ¿De qué se trata?

—Esta noche… Oh, no sé cómo decírselo… Bien, tendré que decidirme y… El caso es que Lee y yo nos hemos prometido. Naturalmente, no vamos a celebrar una gran fiesta; pero sí he invitado a un reducido grupo de amigos a una cena íntima. Necesitaría de sus servicios; solamente por esta noche, claro está. La gratificaría y…

—Oh, no es necesario, señora Millman. No sabe cuánto me alegra la noticia. ¿De verdad que se prometieron usted y Lee? Ya era hora que el chico buscara una esposa como se merece.

—Es usted muy amable, Griselda. Ya sabe usted, se lo habrá dicho Lee con toda seguridad, que mi mayordomo sufrió un accidente y se encuentra ahora en el hospital, ¿verdad?

—Sí, es cierto.

—Yo podría haber pedido uno a la agencia de colocaciones, pero… la verdad, Griselda, no me fío. Es rara la vez que estoy, junto a Lee que no le oigo mencionarla a usted y sé cuánto la aprecia. ¿Querrá, por él, hacerme ese favor?

—Señora Millman, no podía haber hecho usted nada mejor que llamarme. Le prometo que sus invitados no tendrán queja de mí.

—Un millón de gracias, Griselda. Ya sabía yo que podría confiar en usted. Hasta la noche, pues.

El teniente Staunton abrió la puerta y se coló de rondón en el gimnasio. Docenal de jóvenes hacían gimnasia, saltaban a la comba, levantaban pesos y, en fin, hacían toda clase de ejercicios físicos.

Staunton arrugó la nariz en tanto que oteaba especulativamente el lugar. Al fin divisó a la persona que buscaba y avanzó decidido.

—¡Hola, McFennor!

Éste se volvió.

—¿Qué se le ha perdido por aquí, polizonte?

—Venga conmigo. Le aguardan.

—¿Cómo? ¿No ve que estoy trabajando?

Staunton alargó el brazo.

—Venga conmigo. Es ya hora de cenar. Le traigo una invitación.

—¡Suélteme! —Gruñó, furioso, el preparador—. No tengo ganas…

—McFennor, si me obliga, haré que entren aquí dos robustos agentes, al lado de los cuales, sus pupilos enrojecerán de vergüenza. Vamos, póngase la chaqueta y sígame. Ah, y no se preocupe. La etiqueta no es obligatoria.

El hombre alargó el dedo índice y treinta segundos después, la puerta se abrió.

—No son horas de visitas… —empezó a decir el doctor Connant, pero el otro no le dejó seguir.

—Ya lo sé. Es hora de cenar. Véngase conmigo; le traigo una invitación.

—¿Está loco? ¿Quién es usted? —inquirió el médico.

—Sargento Nicholson, de la Brigada de Homicidios.

Y démonos prisa, *doc*. Es de muy mal gusto llegar tarde y…

Connant inclinó, apesadumbrado, la cabeza.

—Tenía que llegar —murmuró con un hilo de voz—. Un día u otro tenía que llegar. Aguarde un momento, sargento. Seré con usted al instante.

La propia Josephine, en unión de Lee, recibía a los invitados. Los hacían pasar a la biblioteca y, a medida que iban llegando más de uno se asombraba de ver allí caras que no hubiera soñado encontrarse jamás.

—¿Qué es esto? —protestó furioso McFennor, dirigiéndose a Frank Peyton—. ¿Una mascarada? Si es una tomadura de pelo…

—Cálmese, McFennor… —empezó a decir el Presidente de la Liga Atlética.

En el mismo instante, coartado por aquel ambiente de lujo y distinción al que evidentemente no estaba acostumbrado, apareció Finney «Gun» Bothwell.

—Jefe —se dirigió a su *manager*—, ¿qué diablos de idea…?

Le interrumpió la entrada de otra persona. El doctor Connant, quien, sin pronunciar palabra, temeroso hasta de su sombra, se refugió en un rincón. El boxeador y su *manager* continuaron charlando excitadamente.

—Esto no me gasta un pelo, McFennor. Yo me largo de aquí…

—¡Imbécil! ¿No te has dado cuenta de que has venido a la fuerza?

—Es igual. Hay allí una ventana y…

—Cada día me admiro más de tu estupidez. A estas horas la casa está cercada por un ejército de «polis». No hagas nada; meterías más aún el remo.

Gruñendo airadamente, John Carrick, el defensor de Riccioli durante el juicio fue empujado hasta el centro de la biblioteca en la cual, y a pesar de no ser ya la época, ardía un buen fuego de leña. Miró con cara de pocos amigos a McFennor pero, viendo en una mesita servicio de licores, se acercó a ella, sirviéndose una generosa dosis que bebió de largo trago.

Un instante después, Lee, hablando tranquilamente con McLean, penetró en la biblioteca. McFennor se fue enfurecido hacia ellos.

—¡Escuchen! —gritó—, ¿qué comedia es ésta?

Pero los dos hombres pasaron junto a él, sin prestarle la menor atención. El *manager* se quedó con la boca abierta.

Inmediatamente se oyeron pasos precipitados. Taconeando rápidamente, Cordelia de Sitter hizo su aparición, precediendo a la dueña de la casa, que entró con perfecta tranquilidad.

De nuevo McFennor se dirigió al fiscal:

—Escuche, yo quiero, exijo, saber para y por qué se me ha traído aquí atropellando todos mis derechos.

McLean lo miró con benignidad:

—Repítale la pregunta a mi ayudante. Yo también soy un invitado, ¿sabe?

Pero fue Carrick quién se anticipó.

—Oigan, no se hagan los graciosos. Sí, usted, McLean o usted, Clayden. —Y se encaró con este último—. ¿Es que se siente detective a lo Philo Vance y pretende organizar, por su cuenta, una especie de «cena de los acusados»?

—Solamente un «cocktail», señor Carrick, solamente un «cocktail» —sonrió el joven.

Acto seguido, se volvió hacia la dueña de la casa:

—¿Quiere ordenar que nos traigan los combinados, señora Millman?

El rostro de Lee giró de nuevo hacia el centro de la biblioteca. Excepto el del fiscal McLean, todos tenían hoscas expresiones, cuando no de aburrimiento, como la de Cordelia de Sitter, o amedrentados, como el del doctor Connant. Lee no perdía su sonrisa.

—Es lo que procede antes de la cena, ¿verdad?

Apenas había tocado Josephine el timbre, Cordelia se le echó encima:

—Escucha, Joss; no sé qué demonios pretendes hacer, pero sí puedo anticiparte que todo esto me parece de un gusto pésimo. La verdad, me defraudas —concluyó entre despectiva y furiosa.

Un momento después, la puerta de la biblioteca se abría y Lee, con rápida zancada se acercó, cogiendo la mesita apenas había asomado.

—Muchas gracias. Ya repartiré yo mismo las copas. Aguarde fuera hasta que se le necesite —dijo a una persona que no se podía ver por los restantes invitados.

El ayudante del fiscal empujó el carrito, recorriendo la amplia estancia. Algunos tomaron su copa; no faltó quien, como el médico, denegara con seco gesto, y el *manager* bufó y resopló al rechazar el licor.

Cuando hubo terminado, Lee se enderezó y se colocó en el centro de la biblioteca, procurando no dar la espalda a ninguno de los concurrentes.

Con voz perfectamente tranquila, comenzó a hablar:

—Señoras, señores —dijo—, les he reunido aquí para, con permiso de mi inmediato jefe, el fiscal McLean, descubrir un criminal: el que mató a mi padre, a Harpo y Dolores Salinaz y a su *manager* Darnish; sin contar, claro está, a D'Altea ni a sus

asalariados que murieron en los inútiles atentados que se me hicieron, atentados asimismo instigados por ese asesino. El criminal, repito, está en la casa, y no pasarán muchos minutos sin que sea descubierto, con tal cúmulo de pruebas en contra suya, que le será de todo punto imposible eludir el condigno castigo a que se ha hecho acreedor.

—¡Qué bonito! —exclamó, sarcásticamente, Carrick—. Igualito que en las novelas policíacas. Siga, siga…

—… fiscalillo, iba a decir, ¿verdad, señor Carrick? Gracias por sus palabras de aliento. Empezaré por una cosa no muy agradable, puesto que en ella se encuentra mezclada nuestra encantadora anfitriona, la señora Millman, y se refiere a su anterior marido, Pierce Millman. Todo el mundo lo conoció como gran hombre de negocios, de inteligencia despierta y triunfador en la vida, especialmente en las finanzas. Pero lo que muy pocos, quizá solamente los interesados, conocen, es otra faceta de sus actividades, precisamente la que le condujo a la muerte. Seré breve. Pierce Millman era muy aficionado a los deportes y concretamente al boxeo. Sin embargo, quizá por pura presunción, petulancia, o como lo quieran llamar —ansia de ser un «*snob*», diría yo—, se mezcló con la gente que anda en el otro lado del boxeo. Como tenía dinero, todo fue bien al principio. Pero luego se encontró metido de hoz y coz en el asunto y hubo una persona, a la cual no gustó poco ni mucho la aparición de aquel entrometido. No porque Millman pensara en erigirse dueño de tan sucio cotarro, ya que, como he dicho, más que nada lo hacía por pura diversión, por ansia de rozarse con gentes de mundo opuesto a aquél en que se desenvolvía habitualmente. Pero dicha persona no estaba conforme; claro, ignoraba las pretensiones de Millman: solamente veía en este alguien que le podía hacer sombra y, con el poderío de sus millones, desbancarle, arrojándole de la ubre de la vaca, valga la paradoja. En consecuencia, aquella persona se deshizo de Millman y todo fue tan bien hecho, que aún hoy día, su muerte sigue considerándose un suicidio debido acaso a una pasajera depresión causada por el exceso de trabajo.

—Luego, si Millman no se suicidó, ¿quién fue su asesino? —inquirió repentinamente el abogado, interrumpiendo a Lee.

—Ya se lo dije al principio, señor Carrick —contestó el joven—.

El mismo que mató a mi padre.

Cordelia alzó una mano:

—A todo esto, ¿puede saberse qué pinto yo aquí?

—Usted lo sabe mejor que nadie, señorita De Sitter. Tal pregunta holgaba. Pero —Lee se acarició la barbilla—, me parece que lo de señorita De Sitter no está bien aplicado. Señora McFennor suena mucho mejor, ¿no es así?

Carrick abrió una boca enorme. Los ojos de Connant se dilataron desmesuradamente. El *manager* renegó con suciedad.

—Sí, es claro —prosiguió Clayden, tranquilamente—. Ustedes dos se casaron cuando, concluida la carrera de McFennor como pugilista, se metió a preparador. Entonces, usted, Cordelia, era jovencísima, y nada hacía presumir la espléndida artista que surgió luego. No porque ello importe hoy al público, sino precisamente porque todo el mundo sabe que McFennor no ha sido nunca trigo limpio, usted, señorita De Sitter (y uso su nombre artístico para llamarla) ha instado muchas veces la separación; pero su marido se ha negado siempre rotundamente. No le conviene, claro está. Un día pueden venir mal dadas y la fortuna de su esposa, adquirida a lo largo de su carrera cinematográfica, es harto confortable como para no pensar en una vida tranquila y sin más preocupaciones. McFennor no deja de ser un hombre astuto. Además, sabe que usted no puede irse a Reno a residir allá por el tiempo indispensable para que le sea concedida la separación. Es muy conocida y los reporteros especializados lanzarían enseguida la noticia a los cuatro vientos. Por lo tanto, tenía que tascar el freno y continuar en tal situación. Por eso se encontraba ahora en Nueva York: no para fundar una productora propia, sino por conseguir un secreto divorcio de McFennor, cosa a la que éste no accedía.

La artista no se inmutó. Tenía un cigarrillo y fumaba tranquilamente. En cambio, su esposo mascaba nervioso, un habano que se había olvidado de encender. Lee continuó:

—Pero además, quedan todavía unas cuantas cosas por aclarar.

Carrick agitó levemente una mano.

—Todavía no sabemos quién es el criminal, señor Clayden. Me parece que toda la fuerza se le está yendo por la boca.

Lee lo miró con expresión bienhumorada.

—No es posible —dijo—, comenzar a construir una casa por el

tejado. Y yo estoy ahora en los cimientos, ¿comprende? Continuaré, con su permiso. El asesino sabía que yo trataría de descubrirlo. No por un estricto espíritu de venganza, sino por amor a la justicia Y si no acepté el puesto que se me ofrecía, no fue precisamente por cobardía, sino porque de haberlo hecho, y proseguido la investigación desde tal punto, hubiera sido muy probable acabar igual que mi progenitor. Con lo cual, el criminal hubiera conseguido plenamente su objetivo. Por ello no dudó en apostar uno de sus secuaces, concretamente Scanton, en una de las claraboyas del «Manooga Arena» con un fusil de aire comprimido. Yo me he devanado mucho los sesos. ¿Por qué me enviaban a investigar los guantes de Bothwell impregnados de belladona?…

—¡Yo no lo sabía! —protestó vivamente el aludido, levantándose.

—No había más que verle pelear para comprender al instante que todos sus humos se le bajaron en cuanto se vio sin aquel truco que tanto contribuyó a la muerte de Salinaz. Y cállese; le conviene, Bothwell.

El boxeador se sentó, amedrentado. Lee siguió:

—Por un lado me enviaban a ver el combate y por otro me enteraban de la sucia faena de McFennor y su pupilo. ¿Cómo se concebía tal cosa? Muy sencillo. Tenían que mencionar los guantes a la fuerza. Aun arriesgándose. Era atrevido, osado; pero ciertamente muy ingenioso. El asesino se dijo: «Clayden va esta noche al combate. Hasta después de éste no examinará los guantes, porque antes querrá cerciorarse de que Bothwell ha ganado. Pero no llegará a los vestuarios, porque antes Scanton lo dejará seco de un tiro». Hasta ahí, el razonamiento no podía ser más lógico. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario: yo saqué dos localidades y envió por delante al teniente Staunton quien confiscó los guantes preparados y así, mi presunto matador, tuvo tiempo de desesperarse hasta que vio que la butaca vacía se ocupada. Entonces, con cierta precipitación, sin fijarse mucho en el espectador, porque ya el combate tocaba a su término, Scanton disparó. Cuando quiso darse cuenta de que no era yo el herido, la cosa no tenía remedio. Lo siento por aquel pobre diablo —rió el ayudante del fiscal—, aunque, afortunadamente, ya se halla fuera de peligro. Pero creo que odiará el boxeo para el resto de sus días. Bien, prosiguiendo, diré que el

asesino, al ver frustrados sus planes, dándose cuenta de que los guantes preparados eran un arma contra él, hizo seguir al sargento Nicholson que los llevaba al Departamento de Medicina Legal y se los arrebataron por la fuerza.

Cordelia miró con admiración a Lee.

—Menudo guion para una película con Humphrey Bogart de «duro», fiscalillo —dijo.

Lee inclinó la cabeza, como agradeciendo el cumplido.

—Bueno, bueno —refunfuñó McFennor—; pero el caso es que, hasta ahora, todo ha sido hablar, sin que sepamos quién rayos es el asesino. Y yo tengo mucho que hacer, ¿me comprende, señor Clayden?

—A ello vamos, *manager* —sonrió Lee—. No tardaremos mucho en saberlo. Máxime cuando tengo un testigo directo, cuya acusación será irrebatible. Él nos dirá el nombre del criminal.

Las palabras del joven causaron sensación. Todos los presentes se miraron unos a otros, aprensivamente. Lee prosiguió, imperturbable:

—Todos cuantos están aquí, a excepción, naturalmente de la dueña de la casa, del fiscal McLean y mía, tienen algo que ver con tan sucio asunto.

—¡Protesto! —clamó, airadamente, Carrick—. Sus imputaciones, señor Clayden, son altamente injuriosas para mí y le demandaré por difama…

—Usted, señor Carrick, haría mucho mejor en callar. De sobra sabemos cuáles son sus trapacerías y argucias para defender a pistoleros y demás canalla. Sí puedo asegurarle que no saldrá de aquí esta noche sin haber sido baja en el Colegio de Abogados.

—¿Quiere decirme qué papel es el mío? —inquirió Cordelia, sonriéndole desafiante.

—Ya lo dije: el de esposa de McFennor y, como tal, enterada de todas las malas acciones realizadas por su marido. Comprendo, naturalmente, que el temor de perder su carrera a causa de un escándalo, la impidiera denunciarlo y por ello seremos benignos con usted. Su pena será muy leve.

—¡Oh! —exclamó la artista, enrojeciendo, y calló.

—En cuanto a Bothwell se le retirará la licencia de boxeador, sin perjuicio de investigar sobre la muerte de Salinaz, en la que

también tiene su parte de culpa el doctor Connant. Con este seremos benévolos igualmente. Sabemos las causas que le indujeron a firmar el certificado.

—Bien, pero ¿el asesino? —inquirió Peyton, silencioso hasta aquel momento—. ¿Cuál es la persona que nos lo va a señalar?

—Tonio Riccioli —reveló Lee, secamente.

—Está en
Sing-Sing
—protestó McFennor—, y, además, ¿qué sabe él?

—Mucho más de lo que usted se cree, *manager*. Cuando yo, el mismo día que intentaron matar a Baptiste, el mayordomo de la señora Millman, estuve a ver a Riccioli en
Sing-Sing,
creía haberme anticipado a Carrick, que había presentado recurso de apelación contra la sentencia, logrando se retrasara la ejecución de su patrocinado. Pero el abogado llegó antes y por ello Riccioli desempeñó tan bien su papel, que consiguió engañarme por el momento. Era lógico: sabía que aquella noche no moriría «tostado». Pero el nuevo recurso también ha sido denegado y únicamente le queda a Riccioli la esperanza de hablar para salvar su cuello. Y hablará, no lo duden.

—¿Acaso lo ha invitado usted también a este «cocktail»? —inquirió el abogado con sarcasmo.

—Usted lo ha dicho —contestó serenamente Lee.

Se acercó a uno de los paneles de la biblioteca y oprimió un resorte en él apenas visible. Uno de los lados de la estantería giró y tres personas penetraron en la estancia.

—Uno de los trucos favoritos de Pierce Millman, el cual tamban era muy dado a novelerías —sonrió Lee.

Escoltado por dos fornidos agentes de paisano, Riccioli penetró en la estancia. Parpadeó deslumbrado y guiñó los ojos un par de veces antes de entrar en situación.

—Antes de que Riccioli hable, deberemos ejercer con él y sus acompañantes las leyes de la hospitalidad. Observo que, sobre la mesita no hay suficientes copas. Señora Millman, ¿quiere llamar, por favor?

Josephine asintió con mudo gesto y un momento después, Griselda penetraba en la biblioteca. Pero las frases que le dirigió Lee

fueron muy distintas de cuánto esperaban los concurrentes, asombrándolos:

—Griselda, el hombre que preparó la trampa que mató a mi padre, se presentó como supuesto electricista. Dijo que tenía que reparar una avería. ¿No es así?

—Cierto, señor Clayden.

—¿Usted no observó algo raro en él?

—Sí. También es cierto. Y hasta hace pocas horas no recordé el detalle.

—Perfectamente. El falso electricista se presentó con gafas oscuras y una gorra muy parecida a la de los jugadores de *baseball*, de modo que por el rostro le sería a usted imposible el reconocerlo, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Díganos qué detalle observó usted en aquel electricista simulado.

—Llevaba en el dedo un anillo, con un rubí. Pero me golpeó enseguida y…

—Está bien. Mire las manos de todos los presentes. Señálelo usted. Sin miedo, Griselda.

Hubo una pausa de angustiosa tensión. Más de uno se miró las manos instintivamente. Al fin, Griselda se detuvo delante de Peyton.

—¡Ése es! —gritó triunfalmente—. ¡El mismo que me dio un puñetazo la segunda vez, cuando mató a Dolores Salinaz! Me dejó marcado el anillo en la cara. Aún tengo la señal…

—¡Es falso! ¡Es una mentira colosal! —Peyton se puso en pie, enrojeciendo, descompuesto—. Es cierto que tengo un anillo con un rubí, pero joyas como éstas las hay a centenares, ¿qué digo?, a millares en todo Nueva York. Si casi son de bisutería…

—No, señor Peyton, no —le amenazó el fiscal—. Usted se presentó primero como electricista. La segunda vez, para matar a la viuda Salinaz no podía usar tal argucia. Temía ser reconocido. Así, pues, apenas abrió Griselda la puerta, la golpeó duramente en la mandíbula, derribándole sin conocimiento. Así pudo matar a Dolores, y luego arrastró a Griselda hasta la cocina, abriendo las llaves del gas. Cuando la vio meterse en nuestro coche, dedujo que la viuda Salinaz sólo podía ir a dos sitios: a mi casa o a la de la señora Millman. Telefoneó aquí y al saber que no estaba, me llamó

a mi casa, fingiéndose el señor McLean. Luego, el resto fue bien sencillo.

—Todo ello es un cúmulo de falsedades —respondió Peyton.

—¿Falsedades? —tronó Lee—. Veremos lo que dice Baptiste, el mayordomo de la señora Millman. No podrá acusarle porque usted es su hermano; pero no podrá negar esta coyuntura. Usted no se llama Peyton, sino Carbble, y el auténtico nombre de Baptiste es el de Fred. Éste es honrado y no podía tolerar que a su señora se le hiciera daño alguno. Por eso fue a verle y usted disparó contra él, al ser amenazado. Baptiste conocía sus ardides de mala ley y nunca dijo nada, porque, a fin de cuentas, también le quería: llevan la misma sangre. Por eso se cambió el nombre: para evitar cualquier tropezón en el honesto empleo que tenía. Pero cuando Josephine Millman empezó a ser amenazada, ¡ah!, eso ya no se lo toleró y fue a verle.

—Está usted loco. ¡Loco de remate!

—¿Loco? —repitió Lee, sonriendo—. Veremos lo que dice el amigo Riccioli cuando se entere de que su última apelación ha sido rechazada y que no tiene más que un camino para salvar el pescuezo…

—¡Sí! ¡Es cierto! —aulló en aquel momento el «gangster», perdiendo los estribos—. ¡Él, Frank Peyton es…!

—¡Traidor! —rugió el presidente de la Liga Atlética, sacando de súbito una pistola y disparando, con loco frenesí.

El estampido sonó como un cañonazo. Riccioli se llevó ambas manos al pecho, al mismo tiempo que, de sus labios, blancos repentinamente, salía un ronco gemido. Giró convulsivamente sobre la punta de uno de sus zapatos y en las contorsiones de su agonía, intentó asirse a uno de sus custodios.

Instantáneamente resonó otra detonación. Y luego otra y otra.

La puerta se había abierto y Staunton y Nicholson disparaban sobre Peyton. Las balas penetraron en su cuerpo, y el cuerpo del criminal era sacudido horriblemente. Gritó de una manera espantosa, consciente de su suerte. La pistola se le escapó de sus dedos y rodó sobre la alfombra. Arrojó una última mirada de odio sobre Lee y murió.

En aquel momento, McFennor y Bothwell, enloquecidos ambos, perdidos los estribos, se abalanzaron al unísono sobre una ventana,

con ánimo de saltar al jardín y así eludir su castigo. Pero no lo consiguieron.

Un fusil ametrallador, desde fuera, dejó oír su potente bramido. El arma tableteó sonoramente y un chorro continuo de fuego y plomo fue proyectado hacia los dos compinches. Bothwell y McFennor fueron empujados de un lado para otro por aquellos dedos quemantes que los atravesaban de parte a parte y, al fin, estrechamente abrazados, unidos en la muerte como antes lo estuvieran por sus ardides, rodaron por el suelo, en donde se agitaron unos momentos antes de quedar definitivamente inmóviles.

Cuando el silencio se rehízo, Lee se encaró con Carrick y Connant, que se levantaban del suelo.

—Espero sabrán lo conveniente que es para ustedes no moverse —advirtió Lee—. Sobre todo usted, Carrick. En cuanto a usted, doctor, creo que saldrá relativamente bien de este asunto. Lo mismo que la señorita De Sitter.

Como si no hubiera pasado nada, como si allí no hubiera cuatro cadáveres, Cordelia se puso en pie, sonriente.

—Así lo espero —murmuró—… Y si no, ¿de qué me serviría tener por hermano político a un ayudante del fiscal? ¿Verdad, Joss?

Dio media vuelta con su habitual desenvoltura, más al llegar a la puerta, no se pudo contener. Estalló en sollozos y echó a correr, desapareciendo en pocos instantes. Y Josephine comprendió que no lloraba precisamente por McFennor.

Lee la ciñó por el talle, sacándola de aquel lugar de muerte en donde Staunton y los suyos comenzaban a hacer su labor. Pasaron al estudio.

La joven sufría aún los efectos nerviosos de la horrible escena presenciada, Lee procuró tranquilizarla.

—Gracias a Dios, todo acabó ya, cariño —dijo ella, al cabo.

—¿Todo? —sonrió él—. Tendré que pensar si tu hermana dijo verdad en lo de tener un cuñado ayudante del fiscal.

—¿Cordelia?

—Sí. Y por cierto, ¿qué causas te indujeron a cambiar el apellido?

—¡Tonto! —le reprochó ella, de una manera encantadora—. Nos llamamos Smith. Pero ¿crees que es un apellido que va bien para una artista de cine? Yo lo perdí al casarme, como es lógico. Ella se

lo cambió por el de De Sitter que es más sonoro y llamativo. Así está mejor, ¿comprendes? Hacía muchos años que no nos veíamos; pero cuando vio mi nombre en la prensa con motivo de la muerte de D'Altea, decidió venir a verme y advertirme de los peligros que podían acecharme. De uno de ellos me salvaste tú, querido.

—Está bien. No hablemos más de ello, cariño —y Lee rodeó con sus brazos el talle de Josephine.

Griselda abrió la puerta del estudio y quiso decir algo, pero lo que vio la hizo desistir.

—No les importará que el pastel de manzana esté quemado —murmuró.

—No se preocupe —sonrió, a su lado, McLean—. ¿Dónde está esa joya del arte culinario? La boca se me hace agua y…

Con todo cuidado, Griselda cerró la puerta del estudio, sonriendo satisfecha. Efectivamente, en aquellos momentos, Lee y Josephine se cuidaban muy poco de los pasteles de manzana.

FIN

Para el bravo inspector de Servicio Secreto americano, la vida era una lucha constante en defensa de la justicia, sin tiempo para dar paso a problemas personales...

Este es el protagonista que

ALAR BENET

nos presentá en su último y más apasionante relato:

LA MUERTE LLEGA CON RETRASO

¡Gangsters en acción en lucha despiadada con la ley para realizar un contrabando de armas!

LA MUERTE LLEGA CON RETRASO

¡La más sensacional novela publicada hasta la fecha!

COLECCION SERVICIO SECRETO

se la ofrecerá la próxima semana

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 PTAS.

COLECCION "BISONTE"
456. — A. Rolcest
EL VALLE PERDIDO

COL. "SERVICIO SECRETO"
320. — Clark Carrados
EL FISCAL TIENE MIEDO

COLECCION "BUFALO"
158. — Alf Regaldie
TERROR EN EL VALLE

COLECCION "PANTERA"
90. — Sam Fletcher
EL FANTASTICO BILLY

COLEC. "Salvaje TEXAS"
21. — M. L. Estefanía
UNA SOLA PALABRA: ¡MUERTE!

COLECCION "POPULAR"
NUEVAS CANCIONES DE PELICULAS

A 5'50 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
515. — Trini de Figueroa
EL CASTILLO DEL SILENCIO

COLEC. "MADREPERLA"
411. — María Martí
UN EMBROLLO DIVERTIDO

COLECCION "ROSAURA"
355. — Mercedes Muntó
QUINCE AÑOS SIN VIVIR

COLECCION "AMAPOLA"
243. — Corín Tellado
SU VENGANZA

COLECCION "ALONDRA"
194. — Amparo Lara
EN SEÑAL DE PAZ

COLECCION "CAMELIA"
136. — Armando Sandoval
ACORDES PERDIDOS

COLECCION "ORQUIDEA"
105. — Sergio Duval
TRAS LAS TINIEBLAS

Las obras más selectas, los autores más populares, la presentación más sugestiva, los hallará siempre en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto, 2 - Barcelona » Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

COLECCION TECNICA AL DIA

La más completa biblioteca para el hombre moderno, le ofrece esta misma semana, el volumen que usted precisaba

Equivalencia de válvulas

Cuidado estudio y descripción de las distintas válvulas empleadas para montajes de toda índole, con numerosas e interesantes ilustraciones

EQUIVALENCIA DE VALVULAS

¡Un título que debe ocupar un lugar de honor en su biblioteca!

Precio: 30 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

El carácter rebelde y aventurero de los indómitos escoceses, fué magistralmente plasmado por el famoso autor

WALTER SCOTT

en una novela excepcional:

ROB ROY

Emocionantes aventuras e intrigas se suceden sin cesar en sus páginas, constituyendo una lectura amena e interesantísima.

Por todo ello

COLECCION HISTORIAS

fiel a su lema de seleccionar obras adecuadas para la juventud, le ofrece la más cuidada adaptación de esta obra en su doble modalidad de texto e ilustraciones

ROB ROY

¡Un regalo que sus hijos o hermanos pequeños le agradecerán!

256 páginas y más de 250 ilustraciones

Precio: 25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

Bajo el triple signo de emoción, dinamismo y aventuras apasionantes, aparece esta misma semana el primer volumen de la nueva serie

COLECCION ARIZONA

Trepidantes relatos desarrollados en el siempre sugestivo escenario del Oeste norteamericano, debidos a los más destacados autores del género

A. Rolcast

es la firma seleccionada para el primer volumen que lleva por título

EL CABALLO DE FUEGO

¡Recuerde bien el distintivo de esta nueva serie!

COLECCION ARIZONA

¡Encargue con tiempo su ejemplar!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

Chistes y narraciones humorísticas, forman el contenido de

SELECCIONES DE HUMOR DEL D. D. T.

¡La más completa recopilación de firmas nacionales y extranjeras!

Próxima aparición

Reserve con tiempo su ejemplar, porque usted no puede dejar de leer

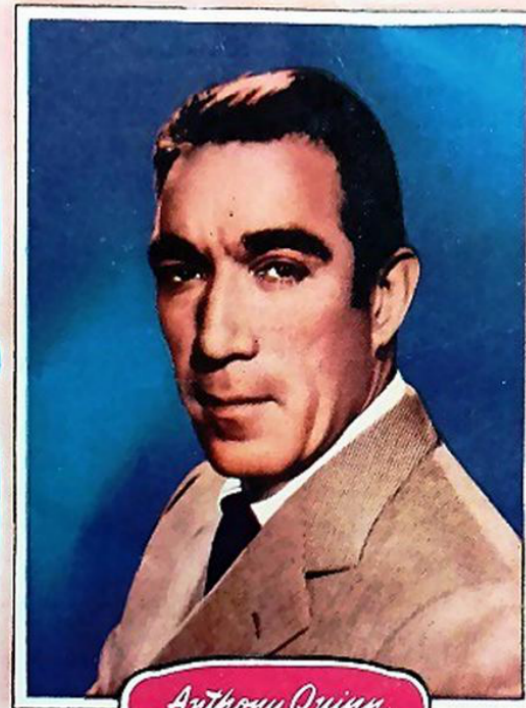
SELECCIONES DE HUMOR DEL D. D. T.

¡Comprimidos de alegría al módico precio de 2 ptas. ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Anthony Quinn

N.° 335 Nacido en Méjico. Está casado con Katherine De Mille, hija adoptiva del famoso director. Anthony empezó en el cine con papeles de indio. Ha destacado en "¡Viva Zapata!" y "La calle desnuda".

Foto AS FILMS S. A.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 5 ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: $ ⁂

NOTAS

[1] Es arma de fuego, desde pistola a cañón. < <

[2] En los Estados Unidos equivale al 28 de diciembre español. (N. del E.). < <

[3] Totalmente verídico. (N. del E.). < <

[4] Focos, reflectores. (N. del E.). < <